LAS TRIBULACIONES DE UN CHINO EN CHINA

JULIO VERNE

CAPÍTULO PRIMERO

Donde se van conociendo poco a poco la fisonomía y la patria de los personajes.

- Sin embargo, es preciso convenir en que la, vida tiene cosas buenas, dijo uno de los convidados que tenía los codos sobre los brazos de su asiento de respaldo de mármol y estaba chupando una raíz de nenúfar con azúcar.

- Y malas también, respondía, entre dos accesos de tos, otro que había estado a punto de ahogarse con una espina de aleta de tiburón.

- Seamos filósofos, dijo entonces un personaje de más edad cuya nariz sostenía un enorme par de anteojos de grandes cristales, montados sobre armadura de madera. Hoy corre el riesgo de ahogarse y mañana todo pasa como pasan los sorbos de este suave néctar.

Esta es la vida, ni más ni menos.

Esto diciendo aquel epicúreo de genio acomodaticio, se bebió una copa de excelente vino tibio, cuyo ligero vapor se escapaba lentamente
de una tetera metálica.

- A mí, dijo otro convidado, la existencia me parece muy aceptable cuando no se hace nada y se tienen los medios de estar ocioso.

-¡Error! Repuso el quinto comensal. La felicidad consiste en el estudio y en el trabajo. Adquirir la mayor suma posible de conocimientos es buscar la dicha...

- Y llegar a saber que en resumidas cuentas no se sabe nada.

-¿No es ese el principio de la sabiduría?

-¿Y cuál es el fin?

La sabiduría no tiene fin, respondio filosóficamente el de los anteojos. La satisfacción suprema sería tener sentido común.

Entonces el primero de los comensales se dirigió al anfitrión que ocupaba la cabecera de la mesa, es decir, el sitio más malo, como lo exigen las leyes de la cortesía. El anfitrión, indiferente y distraído, escuchaba, sin decir nada, aquella disertación *ínter pocula*.

Veamos, ¿Qué piensa nuestro huésped de esas divagaciones entro copa y copa? ¿Encuentra la existencia buena o mala? ¿Está en favor o en contra de ella?

El anfitrión estaba comiendo negligentemente pepitas de sandía y se contentó, por toda respuesta, con adelantar desdeñosamente los labios, como hombre quien no interesa la conversación.

-¡Pse! Dijo.

Ésta es la exclamación, por excelencia, de los indiferentes. Dice todo, y no dice nada; es propia de todas las lenguas, y debe figurar en todos los diccionarios del globo; es

un gesto articulado. Los cinco convidados a quien daba de comer aquel aburrido personaje le estrecharon entonces con sus argumentos, cada uno en favor de su tesis. Querían, de todos modos, saber su opinión. Al principio, se negó a responder; pero, al fin, concluyó por decir que la vida ni era buena, ni era mala. A su entender, era una invención bastante insignificante y, en suma, poco agradable.

- Esa opinión pinta a nuestro amigo.

-¿Y cómo puede usted hablar así, cuando ni una hoja de rosa ha turbado jamás su descanso?

-¡Y cuando es joven!

-¡Y cuando, además, tiene buena salud!

-¡Y cuando, sobre todo, es rico!

-¡Muy rico!

-¡Riquísimo!

-¡Demasiado rico, tal vez!

Estas interpelaciones se cruzaron como petardos de un fuego artificial, sin producir siquiera una sonrisa en la impasible fisonomía del anfitrión. Se había contentado con encogerse ligeramente de hombros, como hombre que, ni por una hora siquiera, había querido nunca hojear el libro de su propia vida y que no había abierto ni las primeras páginas.

Sin embargo, aquel indiferente tenía, todo o más, treinta y un años, salud robustísima, gran caudal y un talento regularmente cultivado. Su inteligencia era mas que mediana; tenía, en fin, todo lo que falta a tantos otros para ser uno de los felices de este mundo. ¿Por qué no lo era?

¿Por qué?

La voz grave del filósofo se levantó entonces y, hablando como un corifeo del coro antiguo, dijo:

- Amigo, si no eres feliz en este mundo, es porque, hasta aquí, tu felicidad ha sido negativa. Sucede con la felicidad lo que con la salud; para gozar bien de ella, es preciso haber sentido su falta alguna vez. Ahora bien, tú no has estado nunca enfermo, ni has sido tampoco desdichado. Eso es lo que falta a tu vida. ¿Cómo puede apreciar la dicha quien no ha conocido la desgracia ni siquiera por un solo instante?

Hecha esta sabia observación, el filósofo alzando la copa llena de champagne de la mejor marca exclamó:

- Bebo a que se presente alguna mancha en el sol de nuestro huésped y tenga algunos dolores en su vida.

Después de lo cual, vació la copa de un trago.

El anfitrión hizo un ademán de sentimiento y volvió a caer en su apatía a habitual.

¿Dónde ocurría esta conversación? ¿Era en un comedor europeo en París, en Londres, en Viena, o en San Petersburgo? ¿Los seis convidados conversaban en el salón de una fonda del antiguo o del nuevo mundo? ¿Quiénes eran aquellos hombres que trataban semejantes cuestiones en una comida, sin haber bebido mas de lo que era de razón?

En todo caso, no eran franceses, pues que no hablaban de política.

Los seis convidados estaban sentados la mesa en un salón de regular, extensión, lujosamente adornado. A través de los cristales azules o anaranjados de la habitación pasaban, a aquella hora, los últimos rayos del sol. Exteriormente, la brisa de la tarde movía guirnaldas de flores, naturales o arti-

ficiales y algunos farolillos multicolores mezclaban sus resplandores pálidos con la luz moribunda del día. Sobre las ventanas, se veían arabescos con diversas esculturas, representando bellezas celestes y terrestres, animales o vegetales de una fauna y de una flora fantásticas.

En las paredes del salón, cubiertas de tapices de seda, resplandecían grandes espejos, y, en el techo, una *punka* agitaba sus alas de percal pintado, haciendo soportable la temperatura.

La mesa era un gran cuadrilátero de laca negra. No tenía mantel, y su superficie reflejaba la vajilla de plata y porcelana, como hubiera podido hacerlo una mesa del más puro cristal. No había servilletas. Hacían el oficio de tales, cuartillas de papel adornadas de divisas, de las cuales cada convidado tenía cerca de sí una cantidad suficiente. Alrededor de la mesa había sillas con respaldo de mármol, muy preferibles, en aquella latitud, a los respaldos almohadillados del mueblaje moderno. Servían a la mesa muchachas muy amables, cuyos cabellos negros estaban adornados de azucenas y crisantemos y llevaban brazaletes de oro o de azabache en los brazos. Risueñas y alegres, ponían o quitaban los platos con una mano, mientras que, con la otra, agitaban graciosamente un grande abanico que reanimaba las corrientes de aire movidas por la *punka* del techo.

La comida no había dejado nada que desear. No podía imaginarse cosa más delicada que aquella cocina, a la vez aseada y científica. El cocinero a la moda, sabiendo que daba a comer a estómagos conocedores, se había excedido a sí

mismo en la confección de los ciento cincuenta platos que se componía el *menú* de la comida

Al principio, como para entrar en materia, figuraban tortitas azucaradas de caviar, langostas fritas, frutas secas y ostras de *Ning-po*. Después, se sucedieron, en cortos intervalos, huevos escalfados de ánade, de paloma y de ave-fría, nidos de golondrina con huevos revueltos, fritos de *Ging-seng*, agallas de sollo en compota, nervios de ballena con salsa de azúcar, renacuajos de agua dulce, huevas de cangrejo guisadas, mollejas de gorrión, picadillo de ojos de carnero con punta de ajo, macarrones con leche de almendra de albaricoque, holoturias a la marinera, yemas de bambú con salsa, ensaladas de raicillas tiernas con azúcar, etc. Anades de Singapore, almendras garapiñadas, almendras tostadas, mangues sabrosos, frutos del *Long-y*en, de carne blanca, y de *Lit-chi*, pulpa pálida, castañas, naranjas de Canton en confitura, formaban el último servicio de aquella comida que duraba desde tres horas antes, acompañada de una gran cantidad de cerveza, champagne, vino de *Chao-chigne*, y cuyo arroz indispensable, puesto entre los labios de los convidados por medio de palitos, iba a coronar, a los postres, aquella lista científica de manjares.

Llegó al fin el momento en que las jóvenes sirvientes llevaran, no esos vagos a la moda que contienen un líquido perfumado, sino servilletas empapadas en agua caliente, que cada uno de los convidados se pasó por la cara, con la mayor satisfacción.

Aquel sin embargo, no era mas que un entreacto de la comida. Una hora de *farniente* para escuchar los acentos de la música.

En efecto, una compañía de cantantes e instrumentistas entró en el salón. Las cantantes eran lindas jóvenes, de aspecto modesto y decente. ¡Pero qué música y qué canto! Maullidos, graznidos sin método y sin tono se elevaban en notas agudas hasta los últimos límites de la percepción del sentido auditivo. En cuanto a los instrumentos, eran violines, cuyas cuerdas se enredaban entre los hilos del arco, guitarras cubiertas de piel de culebra, clarinetes chillones, armónicas que parecían pequeños pianos portátiles que eran dignos del canto y de las cantantes a quienes acompañaban con gran estrépito.

El jefe de aquella orquesta, o mejor dicho, de aquella cencerrada, había presentado al entrar el programa de su repertorio. El anfitrión hizo un gesto que quería decir que tocaran lo que quisieran y los músicos tocaron *el ramillete de las diez flores*, fantasía muy a la moda que gustaba mucho la sociedad elegante.

Después la compañía cantante y ejecutante, bien pagada de antemano, se retiró saludada por muchos bravos, pasando a otras casas en cuyos salones esperaba recoger una cosecha de aplausos.

Los seis convidados se levantaron de sus asientos; pero únicamente para pasar de una mesa a otra, lo cual hicieron no sin grandes ceremonias y cumplimientos de toda especie.

En aquella segunda mesa, cada cual encontró delante de sí una tacita con tapadera, adornada del retrato de

Budhidharama, el célebre monje budista, en pie sobre su balsa tradicional. Cada cual recibió también un puñadito de té y echó en infusión sin azúcar en el agua hirviente que contenía la taza, bebiéndolo casi inmediatamente.

¡Pero qué té! No era de temer que la casa de Gibb-Gibb y compañía que le había vendido, lo hubiese falsificado con la mezcla deshonrosa de hojas extrañas, ni que hubiera sufrido ya otra infusión y no sirviese más que para lavar las alfombras, ni que un preparador poco delicado la hubiera teñido de amarillo por medio de la curcunina, ni de verde por medio del azul de Prusia. Era el té imperial en toda su pureza; eran esas hojitas preciosas semejantes a la misma flor, esas hojas de la primera recolección del mes de marzo, que raras veces se hace porque mata al árbol a consecuencia de ella, esas hojas en fin que sólo tienen derecho a recoger los niños con las manos cuidadosamente cubiertas de guantes.

Un europeo no habría tenido bastantes interjecciones laudatorias para, celebrar aquella bebida que los seis convidados tomaron a sorbitos, sin extasiarse, porque eran conocedores que ya tenían la costumbre de tomar aquel té.

En efecto, no era la primera vez que podían apreciar las delicadezas de aquel excelente brebaje. Personas de buena sociedad, ricamente vestidas con la *jan-chaol*, ligera camiseta, con el *ma-cual*, túnica corta, y con la *jaol*, larga túnica que se abotonaba al costado; calzados con babuchas amarillas y calcetines calados; vestidos de pantalones de seda, sujetos a la cintura con una faja de borlas; llevando sobre el pecho el escudo de seda bordado de labores finas, en el cinturón el

abanico, habían nacido en el mismo país en que el árbol del té da una vez al año su cosecha de hojas odoríferas. Los manjares de aquel banquete, entre los que figuraban nidos de golondrina, holoturias, nervios de ballena y aleta de tiburón, los habían saboreado como merecían por la delicadeza de sus platos. Un extranjero le hubiera admirado; mas para ellos no era cosa sorprendente.

Sin embargo, ninguno esperaba la comunicación que les hizo el anfitrión en el momento de ir a dejar la mesa. Entonces supieron por qué les había convidado aquel día.

Las tazas estaban todavía llenas; y, en el momento de vaciar la suya por la última vez, el indiferente, poniendo los codos sobre la mesa y con la mirada distraída, se expresó en estos términos:

- Amigos míos: oidme sin reír. La suerte está echada; voy a introducir en mi existencia un elemento nuevo que tal vez disipará su monotonía. ¿Será un bien? ¿Será un mal? El porvenir lo dirá. Esta comida, a la cual os he invitado, es mi banquete de despedida de la vida de soltero. Dentro de quince días estaré casado y...

- Y serás el hombre más dichoso de mundo, exclamó el optimista. Mira; los pronósticos te favorecen.

En efecto, mientras las lámparas chisporroteaban despidiendo pálidos resplandores, las maricas chillaban en los arabescos de las ventanas y las hojillas de té flotaban perpendicularmente en las tazas: otros tantos agüeros felices que no podían engañar. Todos felicitaron a su huésped, el cual recibió los cumplimientos con la mas completa frialdad; pero como no había nombrado la persona destinada a de-

sempeñar el papel de elemento nuevo, ninguno tuvo la indiscreción de preguntárselo.

El filósofo no había contribuido con su voz al concierto. Con los brazos cruzados, los ojos medio cerrados y sonriendo irónicamente, parecía no aprobar ni a los felicitadores, ni al felicitado.

Este se levantó entonces, le puso la mano en el hombro y, con voz que parecía menos tranquila que de costumbre, le dijo:

-¿Soy, por ventura, demasiado viejo para casarme?

- No.

-¿Demasiado joven?

- Tampoco.

-¿Te parece que hago mal?

- Quizá.

- La persona elegida, y a quien tú conoces, tiene todo lo que necesita para hacerme feliz.

- Lo sé.

-¿Y entonces?.

- Eres tú el que no tienes lo que necesitas para serlo. Aburrirse solo en la vida es malo; pero aburrirse en compañía es peor.

- No podré ser nunca feliz

- No, mientras no hayas conocido la desgracia.

- La desgracia no puede alcanzarme a mí.

- Tanto peor, porqué entonces serás incurable.

-¡Qué filósofos! Exclamó el más joven de los convidados. No hay que hacerles caso; son máquinas de teorías y a cada momento las están fabricando de toda especie: came-

lote puro qué no vale nada cuando se usa. Cásate, amigo mío, cásate; yo haría otro tanto si no me lo impidiese el juramento que he prestado de no hacerlo. Cásate y, como dicen loa poetas, que los dos fénix se te aparezcan siempre tiernamente unidos. Amigos míos, brindo a la felicidad de nuestro huésped.

- Y yo, dijo el filósofo, brindo a la próxima intervención de alguna divinidad protectora, que, para hacerle feliz, la haga pasar por la prueba de la desgracia.

Con este brindis bastante extraño, los convidados se levantaron, juntaron los puños como hubieran hecho los pugilistas en el momento de la lucha, y, después de haberlos bajado y subido, sucesivamente inclinando la cabeza, se despidieron unos de otros. Por la descripción del comedor en que se daba este banquete; por la lista de los platos exóticos de que se componía, por el traje de los convidados; por su modo de hablar y tal vez por la singularidad de sus teorías, habrá adivinado el lector que eran chinos, no de esos chinos que parecen arrancados de un biombo o de un vaso de porcelana, sino de esos modernos habitantes del celeste imperio ya *europeizados* por efecto de sus estudios, de sus viajes y de frecuentes comunicaciones con los hombres civilizados del Occidente.

En efecto, era en un salón de uno de los *barcos-flores* del río de las Perlas de Canton donde el rico Kin-Fo, acompañado de su inseparable Wang, el filósofo, acababa de dar de comer a cuatro de los mejores amigos de su juventud, que eran: Pao-Shen, mandarín de cuarta clase y botón azul; In-

Pang, rico negociante en sederías de la calle de los Farmacéuticos; Tsin; el epicúreo endurecido, y Hual, el literato.

Esto pasaba el día 27 de la cuarta luna, en primera de las cinco vísperas en que tan poéticamente se distribuyen las horas de la noche china.

CAPÍTULO II

En el cual se presentan de un modo mas claro
los caracteres de Kin-Fo y del filósofo Wang.

Kin-Fo, acababa de dar aquella comida de despedida a sus amigos de Canton, había pasado en esta capital de provincia una parte de su adolescencia. De los muchos compañeros que cuenta un joven rico y generoso, los cuatro convidados del barco-flor eran los únicos que le quedaban en aquella época. Le hubiera sido imposible reunir a los demás que se habían dispersado según las vicisitudes de la vida.

Habitaba entonces en Shanghai y, para pasear su aburrimiento y
Divertirle con un cambio de aires, había ido a residir unos cuantos días en Canton. Pero aquella noche misma debía tomar el vapor que hace escala en los puntos principales de la costa y volver tranquilamente a su *Yamen*.

Si Wang había acompañado a Kin-Fo, era porque el filósofo no se separaba nunca de su discípulo, prodigándole con frecuencia sus lecciones, de las cuales éste, por lo demás, no hacía ningún caso. Eran otras tantas máximas y sentencias

perdidas; pero la máquina de teorías, como le había llamado el epicúreo Tsin, no se cansaba de producirlas.

Kin-Fo era el tipo de esos chinos del Norte, cuya raza tiende a transformarse y que jamás se ha fundido con los tártaros. No se hubiera podido, encontrar un hombre semejante en las provincias del Sur, donde las clases altas y bajas se han mezclado mas íntimamente con la raza manchú. Ni por su padre, ni por su madre, cuyas familias estaban retraídas desde la conquista tenía una sola gota de sangre tártara en sus venas. Alto, bien formado, mas blanco que amarillo, con las cejas trazadas en línea recta y los ojos casi horizontales, inclinándose apenas en línea diagonal hacia las sienes, la nariz recta, la cara achatada, habría sido notable aun entre los mejores mozos de las poblaciones de Occidente.

En efecto, Kin-Fo, si parecía chino, era tan sólo por su cráneo cuidadosamente afeitado, su frente y su cuello sin un pelo y su magnífica coleta, que, naciendo en el occipucio, se desarrollaba sobre su espalda como una serpiente de azabache. Muy aseado en su persona, llevaba un bigote fino que formaba un semicírculo alrededor de su labio superior y una perilla que figuraba exactamente por debajo una nota de música. Sus uñas se alargaban hasta mas de un centímetro, prueba que pertenecía a esa clase de personas afortunadas que pueden vivir en la ociosidad.

Quizá también su andar negligente y su actitud altiva contribuían a darle aquel aspecto aristocrático que rodeaba toda a su persona.

Por otra parte, había nacido en Pekín, ventaja que los chinos se muestran muy orgullosos y podía contestar soberbiamente al que le interrogaba: “yo soy de arriba”. En efecto, cuando nació su padre, Chun-heu, vivía en Pekín y el joven Kin-Fo tenía seis años cuando pasó a establecerse definitivamente en Shanghai.

Aquel digno chino, de una excelente familia del Norte del imperio, poseía, como sus compatriotas, una aptitud notable para el comercio.

Durante los primeros años de su carrera, todo lo que produce aquel rico territorio tan poblado, papeles de Swatow, sedería de Su-cheu, azúcar cande de Formosa, té de Han-ku y de Fu-chú, hierros de Horán, cobre rojo o amarillo de la provincia de Yunan, todo fue elemento de negocio y materia de tráfico. Su principal casa de comercio, o sea su Hong, estaba en Shanghai; pero tenia factorías en Nan-King, en Tien-Tsin, en Macao y en Hong Kong. Teniendo frecuentes comunicaciones con los europeos, los vapores ingleses transportaban sus mercancías y el cable eléctrico le daba los precios de las sederías en Lyon y del opio en Calcuta. Ninguno de esos agentes del progreso, que se llaman el vapor y la electricidad, le había encontrado refractario como a la mayor parte de los chinos que están bajo la influencia de los mandarines y del gobierno, cuyo prestigio se va disminuyendo poco a poco a medida que se introducen en el país adelantos de la vida civilizada.

En una palabra, Chung-heu se manejó tan hábilmente, así en el comercio con el interior del imperio como en sus tratos con las casas portuguesas, francesas, inglesas, nor-

teamericanas de Macao y de Hong Kong, que, en el momento en que Kin-Fo vino al mundo, su caudal pasaba ya de cuatrocientos mil duros.

Durante los años que siguieron, este capital debía duplicarse por la creación de un nuevo tráfico, que podía llamarse el comercio de coolies del nuevo mundo.

En efecto, sabido es que la población de la, China es superabundante y desproporcionada para la extensión de su vasto territorio, llamado poéticamente Celeste imperio, imperio del centro, imperio o tierra de las flores.

No se calcula esta población en menos de 360 millones de habitantes, lo cual equivale a casi una tercera parte de la población de toda la tierra. Ahora bien, por poco que coma el chino pobre come, y la China, aun con sus muchos arrozales y sus inmensos campos de mijo y de trigo, no basta para alimentar a todos.

De aquí que la población sobrante tenga que escaparse y se escape voluntariamente por las brechas que los cañones ingleses y franceses han hecho en las murallas materiales y morales del Celeste Imperio.

Esta población sobrante se dirige principalmente hacia la América del Norte y, sobre todo, al Estado de California: pero se ha precipitado allá con tal violencia, que el Congreso de los Estados Unidos ha tenido que adoptar medias restrictivas contra esta invasión, llamada, bastante descortésmente, peste amarilla.

Algún observador ha dicho que cincuenta millones de emigrantes chinos en los Estados Unido no habrían causado disminución sensible en la población china y, sin embargo,

habrían absorbido la raza anglosajona en provecho de la raza mogola.

Sea de esto lo que quiera, el éxodo se verificó en grande escala y los coolies, viviendo con un puñado de arroz, una taza de té y una pipa de tabaco y siendo aptos para todos los oficios, prosperaron rápidamente en el lago Salado, en Virginia, en el Oregon y, sobre todo, en el Estado de California, donde hicieron bajar considerablemente el precio de los jornales.

Formáronse, pues, compañías para el transporte de estos emigrantes tan baratos y desde luego hubo cinco de ellas que los recogían en las cinco provincias del Celeste Imperio y una sexta que se fijó en San Francisco. Las primeras enviaban y la última recibía la mercancía y una agencia, llamada la Ting-Tong, la re exportaba.

Esto exige una explicación.

Los chinos consienten de buena gana en expatriarse para buscar fortuna entro los *melicanos*, nombre que dan a los americanos; pero con la condición de que sus cadáveres serán fielmente devueltos a la tierra natal para ser enterrados en ella. Ésta es una de las condiciones principales del contrato, una cláusula *sine qua non* que obliga a las compañías y que no es posible eludir.

La Ting-Tong, o, por otro nombre, la agencia de los muertos que dispone de fondos particulares, está encargada de fletar buques para los cadáveres. Estos buques salen cargados de San Francisco para Shanghai, Hong Kong, o Tien-Tsin, y forman un nuevo ramo de comercio, una nueva fuente de ganancia.

El hábil y emprendedor Chung-heu lo comprendió así y cuando murió en 1866 era director de la compañía Kuang-Thon en la provincia de su nombre y subdirector de la caja de fondos de los muertos de San Francisco.

Kin-Fo, huérfano de padre y madre, heredó un caudal de 4.000.000 de francos, colocados en acciones del Banco Central de California que tuvo el buen acuerdo de conservar.

El joven heredero tenía cuando murió su padre diecinueve años y es habría encontrado solo si no hubiera tenido a su inseparable Wang para hacer las veces de mentor y de amigo.

¿Quién era este Wang? Hacía diecisiete años que vivía en el Yamen de Shanghai y había sido comensal de padre antes de serlo del hijo. ¿Pero de dónde venía? ¿Qué antecedentes tenía? Éstas eran cuestiones bastante oscuras a las cuales solo Chung-heu y Kin-Fo habrían podido responder. Si hubieran juzgado conveniente hacerlo, lo cual no era probable, se habría sabido lo siguiente.

Nadie ignora que la China es por excelencia el país donde las insurrecciones pueden durar muchos años y sublevar centenares de miles de hombres.

En el siglo XVII hacía ya trescientos años que reinaba la célebre dinastía de los Ming, de origen chino, cuando, en 1644, el jefe de esta dinastía, demasiado débil contra los rebeldes qua amenazaban su capital, pidió auxilio a un rey tártaro.

Éste no se hizo de rogar, acudió a China, derrotó a los rebeldes, se aprovechó de la situación para derribar al empe-

rador que había implorado su socorro y proclamó a su propio hijo Chun-Che.

Desde aquella época la autoridad tártara reemplazó a la autoridad china y quedó el trono ocupado por emperadores manchúes.

Poco a poco, sobre todo en las clases inferiores de la población, las dos razas se confundieron; pero entre las familias ricas del Norte la separación entre chinos y tártaros se mantuvo mas estrictamente, y los diversos tipos se distinguen todavía sobre todo en las provincias septentrionales del imperio, donde se establecieron los irreconciliables que continuaron fieles a la dinastía caída.

El padre de Kin-Fo era de estos últimos y no desmintió las tradiciones de su familia que se había negado a entrar en pactos con los tártaros. Una sublevación contra la dominación extranjera, a pesar de haber pasado trescientos años, le habría encontrado dispuesto a favorecerla.

Inútil es añadir que su hijo Kin-Fo participaba por completo de sus opiniones políticas.

En 1860, reinaba todavía aquel emperador Shien-Fong que declaró la guerra a Inglaterra y Francia, guerra terminada por el tratado de Pekín, firmado en 25 de octubre de aquel año.

Pero, antes de esta época, una insurrección formidable amenazaba ya a la dinastía reinante. Los Chang-Mao o Tai-Ping, o sean los *rebeldes de largas cabelleras*, se habían apoderado de Nan-Kingen en 1853 y de Shanghai en 1855. Shien-Fong murió y su pobre hijo tuvo que hacer grandes esfuerzos para rechazar a los Tai-Ping; y sin el virrey Li, sin el

príncipe Kong y, sobre todo, sin el coronel inglés Gordon, quizá no hubiera podido salvar su trono.

Los Tai-Ping, enemigos declarados de los tártaros y fuertemente organizados para la rebelión, querían remplazar la dinastía de los Tsing con la de los Wang.

Formaban cuatro ejércitos distintos: el primero, que llevaba bandera negra, estaba encargado de matar: el segundo, unido bajo, la bandera roja, tenía la comisión de incendiar; el tercero, con bandera amarilla, se entregaba al pillaje, y el cuarto, bajo la bandera blanca, estaba encargado de proporcionar provisiones a los otros tres.

Hubo operaciones militares importantes en el Kiang-Su. Las ciudades de Su-Chen y de Kia-Hien, situadas a cinco leguas de Shanghai, cayeron en poder de los insurrectos, y no sin gran trabajo, pudieron recobrarlas las tropas imperiales. Shanghai, muy atacada y amenazada en 1868, en el momento en que los generales Grant y Montauban tomaron el mando del ejército anglo-francés, cañoneaba los fuertes del Pei-ho.

Ahora bien, en aquella época Chun-heu, el padre de Kin-Fo, ocupaba una habitación cerca de Shanghai, no lejos del magnífico puente que los ingenieros chinos habían construido sobre el río de Su-Chen. No había visto con malos ojos la sublevación de los Tai-Ping, pues que se dirigía principalmente contra la dinastía tártara; y en esta situación en la noche de 18 de agosto, luego que los rebeldes fueron rechazados de Shanghai, abrió bruscamente la puerta le la habitación de Chun-heu.

Un fugitivo, que había podido librarse de los que lo perseguían, vino a caer a sus pies. El desgraciado no tenía arma ninguna para defenderse, y si aquel cuya casa había buscado asilo entregaba a la soldadesca imperial, estaba perdido.

El Padre de Kin-Fo no era hombre capaz de entregar a un Tai-Ping, que había buscado refugio en su casa.

Volvió a cerrar la puerta, y dijo:

- No quiero saber, ni sabré jamás quien eres, ni lo que haz hecho, ni de dónde vienes. Eres mí huésped y basta; estás seguro en mi casa,

El fugitivo quiso hablar para expresar su gratitud, pero no tuvo fuerzas para tanto.

-¿Cómo te llamas? Le preguntó Chun-heu.

- Wang.

Era Wang, en efecto, salvado por la generosidad de Chun-heu, generosidad que hubiera costado caro a este último, si es hubiera sospechado que había dado asilo a un rebelde. Pero Chun-heu era uno de esos hombres a la antigua para quien todo huésped era sagrado.

Pocos días después, la sublevación quedaba definitivamente reprimida, y en 1864 el emperador de los Tai-Ping, sitiado en Nankin, se envenenaba para no caer en manos de los imperiales.

Wang permaneció, desde aquel día, en la casa de su bienhechor. Jamás tuvo que responder de su vida pasada; nadie le preguntó nada sobre este punto; quizá temían saber demasiado. Las atrocidades cometidas por los rebeldes, según se decía, habían sido espantosas. ¿Bajo qué bandera había servido Wang, bajo la amarilla, la roja, la negra o la

blanca? Mas valía ignorarlo, en último resultado, y conservar la ilusión que había pertenecido a la columna de provisiones.

Wang, contento con su suerte, permaneció, pues siendo comensal de aquella casa hospitalaria. Después de la muerte do Chun-heu, su hijo no quiso separarse de él, tan acostumbrado estaba a la compañía de aquel amable personaje.

Pero, a la verdad, en la época en que comienza esta historia ¿quién hubiera podido descubrir un antiguo Tai-Ping, un asesino, ladrón o incendiario, según se quiera, en aquel filósofo de cincuenta y cinco años, en aquel moralista de anteojos, en aquel chino tan chino, de ojos tan oblicuos que subían hacia las sienes y de bigote y coleta tradicionales? Con su larga túnica de color oscuro, su cinturón levantado sobre el pecho a causa de un principio de obesidad, su bonete arreglado según el decreto imperial, es decir, una especie de sombrero de alas que rodeaba un casquete de donde se escapaban unos flecos rojos, presentaba el aspecto de un honrado profesor de filosofía, de uno de esos doctores que pueden hacer uso corriente de los ochenta mil caracteres de la escritura china, de un letrado de dialecto superior, de un primer laureado en el examen de doctores, con derecho a pasar por la gran puerta de Pekín, reservada a los *Hijos del Cielo*. Quizá, en resumidas cuentas, el rebelde, olvidando su horroroso pasado, se había mejorado al contacto del honrado Chun-heu, y, abandonando su primer camino, había tomado el de la filosofía especulativa.

Y véase por qué, aquella noche, Kin-Fo y Wang, que nunca se separaban, se hallaban en Canton, y por qué, después de aquel banquete de despedida, ambos se dirigieron a

los muelles, en busca del vapor que debía llevarles rápidamente a Shanghai.

Kin-Fo caminaba en silencio, un poco pensativo. Wang miraba a la derecha e izquierda, filosofando sobre la luna y las estrellas; pasaba bajo la puerta de la Eterna Pureza, que no le parecía demasiado alta para él, bajo la puerta de la Eterna Alegría, cuyas hojas le parecían abiertas sobre su propia existencia, y llegó, por fin, a perderse en la sombra de las torres de la pagoda de las Quinientas Divinidades. El vapor *Perma* estaba allí, dispuesto a marchar, Kin-Fo y Wang se instalaron en los dos camarotes que habían alquilado. La rápida corriente del río de las Perlas, que arrastra diariamente, con el fango de sus orillas, los cadáveres de los ajusticiados, imprimió al barco una gran velocidad. El vapor pasó como una flecha entre las ruinas que habían dejado los cañones franceses delante de la pagoda de nueve pisos llamada de la Mitad del Camino, delante de la punta Jardyine, cerca de Wampoa, donde anclan los buques de mayor porte entre los islotes y las estacadas de bambúes de las dos orillas. Los 150 kilómetros o sean los 375 *lis*, que separan a Canton de la embocadura del río, fueron recorridos en aquella noche.

Al salir el sol, el *Perma* pasaba por la *Boca del Tigre*; después, atravesaba las dos barras del Estuario; luego apareció, entre la bruma matinal, el pico Victoria de la isla Hong Kong, de 125 pies de altura; y, por último, después de una feliz travesía, Kin-Fo y el filósofo, cortando las aguas amarillas del río Azul, desembarcaban en Shanghai en la costa de la provincia de Kiang-Nan.

CAPÍTULO III

Donde el lector, sin cansarse, podrá dirigir una hojeada a la ciudad de Shanghai.

Un proverbio chino dice:

“Cuando los sables están enmohecidos y las rejas del arado relucientes.”

“Cuando las cárceles están vacías y los graneros llenos.”

“Cuando los escalones de los templos están gastados por el paso de los fieles y los patios de los tribunales cubiertos de yerba.”

“Cuando los médicos van a pie y los panaderos a caballo.”

“El imperio está bien gobernado”

El proverbio es bueno. Podría aplicarse justamente a todos los Estados del viejo y nuevo mundo, pero, si hay un país en que este bello ideal se encuentre lejos de la realidad, es precisamente el Celeste Imperio. Allí son los sables los que relucen y los arados los que se enmohecen; las cárceles, las que están llenas, y los graneros los que están vacíos; allí los panaderos huelgan mas que los médicos; y si las pagodas

atraen a los fieles, en cambio los tribunales están llenos de pleitistas y de acusados.

Por lo demás, un reino de 180.000 millas cuadradas, que, desde el Norte al Sur, tiene una extensión de mas de 800 leguas, y, del Este al Oeste, mas de 900, y que cuenta 18 grandes provincias, sin hablar de los países tributarios, como la Mogolia, la Manchuria, el Tíbet, el Ton-King, la Corea, las islas Liu-Chu, etc., no puede menos de estar muy mal administrado. Sí los chinos lo sospechan, los extranjeros no pueden hacerse ilusiones sobre este punto. Solamente, quizá, el Emperador, encerrado en su palacio, cuyas puertas no traspasa sino muy rara vez, y protegido por las murallas de una triple ciudad; solamente aquel Hijo del Cielo, padre y madre de sus súbditos, que hace y deshace las leyes a su voluntad, que tiene derecho de vida y muerte sobre todos, y a quien pertenecen, por derecho de nacimiento, las rentas del imperio; solamente aquel soberano, ante el cual se arrastran las frentes en el polvo, encuentra que todo va bien en el mejor de los mundos posibles, y no aconsejaríamos a nadie que tratase de demostrarle su error. Un Hijo del Cielo no es engaña jamás. ¿Había tenido Kin-Fo alguna razón para pensar que vale mas ser gobernado a la europea que a la china? Parecía probable, porque habitaba, no en Shanghai, sino fuera de la población, en a parte de la concesión inglesa que se mantiene en una especie de autonomía muy apreciada.

Shanghai, la ciudad propiamente dicha, está situada en la orilla izquierda del pequeño río Huang-Pú, que, reuniéndose en ángulo recto con el Wusung, va después a mezclar sus a-

guas con las del Yang-Tse-Kian río Azul, y, desde allí, se pierde en el mar Amarillo.

Es un óvalo formado de Norte a Sur, rodeado de altas murallas e interrumpido por cinco puertas, que se abren sobre sus arrabales. Forma un laberinto de callejuelas cubiertas de losas que estropearían muchas barrederas mecánicas para poderlas limpiar. Sus infinitas tiendas no tienen mostradores, ni escaparates; en ellas los tenderos están desnudos hasta la cintura. No se ve un carruaje, ni un palanquín, y apenas se encuentra gente a caballo; hay algunos templos indígenas y algunas capillas extranjeras; por todo paseo hay un jardín de té y un campo de maniobras bastante pantanoso, establecido sobre un suelo de aluvión, que cubre antiguos arrozales y está sujeto a emanaciones palúdicas. A través de aquellas calles y en el fondo de aquellas casas estrechas, pulula una población de doscientos mil habitantes, formando una ciudad poco envidiable para habitación, pero de gran importancia comercial.

Allí, en efecto, después del tratado de Nan-King, los extranjeros obtuvieron, por primera vez, el derecho de establecer factorías. Aquella fue la puerta abierta, en China, al comercio europeo. Por eso fuera de Shanghai y de sus arrabales, el gobierno, mediante una renta anual, concedía tres lotes de territorio a los franceses, a los ingleses y a los norteamericanos que viven allí en número de más de dos mil personas.

De la concesión francesa hay poco que decir; es la menos importante. Confina casi con el recinto Norte de la ciudad, y se extiende hasta el arroyo de Yang-King-Pang que la

separa del territorio inglés. Allí se levantan las iglesias de los lazaristas y de los jesuitas, y, a cuatro millas de Shanghai poseen también el colegio de Tsi-Kave, donde forman bachilleres chinos. Pero esta pequeña, colonia francesa no tiene la importancia que sus vecinas, ni mucho menos. De las veinte casas de comercio fundadas en 1861, no quedan mas que tres, y la Caja de Descuentos ha preferido establecerse en territorio inglés.

El norteamericano ocupa el recodo que forma el Wusung y está separado del territorio inglés por la ensenada del Su-cheu, sobre la cual se ha echado un puente de madera. Allí están el hotel Astor y la iglesia de las Misiones; y allí se abren los arsenales instalados para la reparación de los buques europeos.

Pero, de las tres concesiones, la más floreciente, sin disputa es la concesión inglesa. Habitaciones suntuosas en los muelles; casas con balcones corridos y jardines; palacios de los príncipes del comercio; el Banco oriental, el Hong de la célebre casa Dent con su razón social de Lao-Chi-Chang, las factorías de los Jardyne, de los Russell y de otros grandes negociantes; el club inglés, el teatro, el juego de pelota, el parque, el hipódromo, la biblioteca; tal es el conjunto de esa rica creación de los anglosajones, que ha merecido justamente el nombre de *Colonia Modelo*.

Por eso, como dice el señor León Rousset, no hay que admirarse de encontrar en aquel territorio privilegiado y bajo el patrocinio de una administración liberal, una ciudad china de un carácter especial y que no tiene semejante en ninguna parte.

En aquel rincón de tierra, el extranjero que llega por el camino pintoresco del río Azul, va ondear cuatro pabellones al soplo de la brisa: el tricolor francés, el *yacht* del Reino Unido, las estrellas americanas, y la cruz de San Andrés, amarilla sobre fondo verde, del Imperio de las Flores.

En cuanto a los alrededores de Shanghai, el país llano, sin un árbol, cortado por estrechos caminos empedrados y por senderos trazados en ángulo recto, agujereado por cisternas y por acequias que distribuyen el agua a inmensos arrozales, surcado de canales por donde navegan juncos, que atraviesan los campos, como los barquichuelos a través de las campiñas de Holanda, constituye una especie de gran cuadro, de tonos muy verdes, al cual faltara el marco. El *Perma*, a su llegada, atracó al muelle del puerto indígena, delante del arrabal de Shanghai, y allí desembarcaron Wang y King-Fo, antes del Medio día. El movimiento de gente apresurada era enorme en la orilla e indescriptible en el río. Los juncos por centenares, los barcos-flores, los sampanes, especie de góndolas conducidas por medio de la espadilla, los gigs y otras embarcaciones de varios tamaños, formaban una ciudad flotante, donde vivían por lo menos cuarenta mil almas, población que no sale de una situación inferior, y cuya parte mas acomodada no puede levantarse hasta la clase de letrados mandarines.

Los dos amigos pasearon un poco por el muelle, entre aquella multitud heterogénea, compuesta de mercaderes de toda especie, vendedores de naranjas, de nueces de arec o de pamplenusas, marinos de todas las naciones, aguadores, adivinos, bonzos, lamas, sacerdotes católicos vestidos a la chi-

na, con coleta y abanico, soldados, indígenas, *ti-paos*, agentes de policía del país, y *compradores*, especie de corredores que hacen los negocios de los comerciantes europeos.

Kin-Fo, con el abanico en la mano, paseaba su mirada indiferente sobre la muchedumbre, y no tomaba interés ninguno en lo que pasaba en torno suyo. Ni el sonido metálico de los duros mejicanos, ni el de los taeles de plata, ni el de los zapeques da cobre (el tael vale 30 reales, y el zapeque medio céntimo de peseta) que vendedores y chalanes cambiaban entre sí, no habían podido distraerle: verdad es que tenía dinero bastante para comprar el arrabal entero.

Wang, por su parte había desplegado, su gran quitasol amarillo adornado de monstruos negros, y, *orientado* sin cesar como debe serlo un chino de raza, buscaba en todas partes materia para alguna observación.

Al pasar por delante de la puerta del Este, su mirada se detuvo por casualidad en una docena de jaulas de bambú donde estaban las cabezas de los criminales que habían sido ejecutado la víspera.

- Quizá, dijo, habría otra cosa mejor que hacer que cortar cabezas, y es darles mayor solidez y mayor juicio.

Kin-Fo no oyó, sin duda, la reflexión de Wang, que ciertamente le habría admirado procediendo de un antiguo Tai-Ping.

Ambos continuaron por el muelle, dando vuelta a los muros de la ciudad china.

Al extremo del arrabal, en el momento en que iban a poner el pie en la concesión francesa, vieron un indígena vestido de una larga túnica azul, el cual daba golpes con un

palito sobre un cuerno de búfalo que producía un ruido estridente. En torno de aquel indígena se había formado un corro de gente.

- Allí tenemos un Sien-Chang, dijo el filósofo,

-¿Qué nos importa? Exclamó Kin-Fo.

- Vamos a que te diga la buenaventura. Te vas a casar y es oportuno preguntar por tu suerte.

Kin-Fo quiso continuar su camino, pero Wang le detuvo.

El Sien-Chang es una especie de profeta popular que por algunos zapeques predios el porvenir. No tiene mas utensilios profesionales que una jaula que contiene un pajarillo y que leva colgada de un botón de su túnica, y una baraja de sesenta y cuatro cartas que representaban figuras de dioses, hombres o animales. Los chinos de todas clases generalmente supersticiosos, no desdeñan las predicciones del Sien-Chang, que por su parte no las toma por lo serio probablemente.

Wang hizo señas al adivino y éste extendió por tierra una alfombra de algodón, dejó en ella su jaula, sacó las cartas, las barajó y las extendió sobre la alfombra de modo que las figuras fueran invisibles.

Entonces abrió la puerta de la jaula; salió el pajarillo; eligió una de las cartas y se volvió a entrar después de haber recibido un grano de arroz por recompensa.

Sien-Chang volvió la carta, la cual tenía una figura de hombre y una divisa escrita en kunanruna, la lengua de los mandarines del Norte; lengua oficial que es la de las personas instruidas.

Entonces drigiéndose a Kin-Fo, le predijo lo que los adivinos de todos los países predicen invariablemente sin comprometerse, a saber: que, después de alguna prueba próxima, gozaría de diez mil años de felicidad.

- Con uno, respondió Kin-Fo, me contento y te doy de barato los demás.

Después arrojó al suelo un tael de plata, sobre el cual el profeta se precipitó como un perro hambriento sobre un hueso sustancioso. Semejante propina era para él muy extraordinaria.

Wang y su discípulo se dirigieron hacia la colonia francesa, el primero pensando en la predicción que concordaba con sus propias teorías sobre la felicidad, y el segundo persuadido que no podría alcanzarle ninguna desgracia.

Así pasaron delante del consulado de Francia, subieron hasta el puente construido sobre el Yang-King-Pang, atravesaron el riachuelo y torcieron a través del territorio inglés para llegar al muelle del puerto europeo.

Daban entonces las doce. Los negocios, muy activos durante la mañana, cesaban como por encanto. El día comercial, por decirlo así, había concluido y la calma iba a suceder al movimiento hasta en la ciudad inglesa que, bajo este concepto era ciudad china.

En aquel momento, llegaron al puerto varios buques extranjeros, la mayor parte con pabellón del Reino Unido. Debemos decir que de cada diez de estos buques, nueve iban cargados de opio, sustancia embrutecedora, veneno con que la Inglaterra inunda la China y que produce el 300 por 100 de beneficio, empleándose en este negocio un ca-

pital que pasa de 260 millones de francos. En vano el gobierno chino ha querido impedir la importación de opio, en el Celeste Imperio; la guerra de y el tratado de Nan-King han dado libre entrada a la mercancía inglesa y sentenciado el pleito a favor de los príncipes del comercio. Debemos añadir también, por otra parte, que si el gobierno de Pekín llegó hasta imponer pena de muerte a todos los chinos que vendieran opio, hay acomodamientos con los depositarios de la autoridad que hacen la vista gorda mediante alguna cantidad y hasta se cree que el mandarín gobernador de Shanghai se embolsa anualmente un millón de francos, sólo por cerrar los ojos sobre la conducta de sus administrados en este punto.

Ni Kin-Fo, ni Wang se dedicaban a la detestable costumbre de fumar opio, costumbre que destruye todos los resortes del organismo y conduce rápidamente a la muerte.

Jamás había entrado una onza de esta sustancia en la rica habitación a donde los dos amigos llegaron una hora después de haber desembarcado en el muelle de Shanghai.

Wang, cosa que hubiera sorprendido de parte de un Tai-Ping, había dicho:

- Quizá habría otra cosa mejor que hacer que importar el embrutecimiento a todo un pueblo. Bueno es el comercio; pero la filosofía es mejor. Seamos filósofos ante todo, seamos filósofos.

CAPÍTULO IV

EN EL CUAL KIN-FO RECIBE UNA CARTA IMPORTANTE QUE TIENE YA OCHO DÍAS DE RETRASO.

Un Yamen es un conjunto de edificios diversos situados en dos líneas paralelas cortadas perpendicularmente por otra línea de kioscos y de pabellones. Por lo general, sirve de habitación a los mandarines de elevada categoría y pertenece al Emperador; pero no está prohibido a los chinos ricos poseer un Yamen en propiedad, y uno de éstos era el que habitaba el opulento Kin-Fo.

Wang y su discípulo se detuvieron a la puerta principal, abierta en el frente del vasto recinto que rodeaba las diversas construcciones del Yamen, sus jardines y sus patios.

Si en vez de la morada de un simple particular hubiera sido la de un magistrado o mandarín, habría habido en el portal pintarrajeado un gran tambor donde día y noche habrían negado a dar golpes los que hubieran tenido que reclamar justicia. Pero en lugar del tambor de las reclamaciones, había grandes jarrones de porcelana que contenían té frío, incesantemente renovado, gracias al cui-

dado del mayordomo. El contenido de aquellos jarrones estaba a disposición de los transeúntes, generosidad que hacía honor a Kin-Fo, el cual por lo mismo estaba muy bien visto entre sus vecinos del Este y del Oeste.

A la llegada del amo, la familia de la casa corrió a la puerta para recibirle. Ayudas de cámara, lacayos, porteros, mozos de sillas de mano, palafreneros, cocheros, criados, vigilantes nocturnos, cocineros, toda la gente que compone la servidumbre china, formaron calle a las órdenes del mayordomo, y detrás había una docena de coolies alquilados por mozos para los trabajos mas penosos.

El mayordomo dio la bienvenida al amo, el cual hizo apenas una solía con la mano y pasó rápidamente.

-¿Sun? Preguntó Kin-Fo.

-¡Sun! Respondió Wang sonriéndose; si Sun estuviese ahí, no sería Sun.

-¿Dónde está Sun? Repitió Kin-Fo.

El mayordomo tuvo que confesar que ni él, ni nadie sabía lo que se había hecho de Sun.

Sun era nada menos que el primer ayuda de cámara, especialmente agregado a la persona de Kin-Fo y sin el cual éste no podía pasar un momento.

¿Era Sun un criado modelo? No, al contrario, era imposible servir peor. Distraído, torpe de manos y de lengua, glotón, cobarde, un verdadero chino de biombo; pero fiel en suma y el único al fin y al cabo que tenía el don de conmover a su amo. Kin-Fo encontraba veinte ocasiones al día de enfadarse contra Sun y no le castigaba más que diez; pero al menos estas diez le hacían salir de su indiferencia habitual

y ponían su bilis en movimiento. Era, pues, como se ve, un, servidor higiénico.

Por lo demás, Sun, como sucede a la mayor parte de los criados chinos, tomaba por si mismo la iniciativa, sometiéndose al castigo cuando lo había merecido. Su amo entonces lo castigaba; llovían los palos sobre sus espaldas; pero Sun no hacía caso y solamente se mostraba sensible a los cortes sucesivos que Kin-Fo imponía a su coleta, que le caía sobre la espalda, cuando se trataba de alguna falta grave.

Nadie ignora, en efecto, lo mucho que se cuidan los chinos de este apéndice extravagante.

La pérdida de la coleta es el primer castigo que se aplica a los criminales; es un deshonor para la vida. Así el desgraciado sirviente nada temía mas que el ser condenado a perder una punta de su coleta. Hacía cuatro años, cuando entró al servicio de Kin-Fo, su trenza era una de las más hermosas del Celeste Imperio, pues medía un metro y 25 centímetros; pero en el momento en que le presentamos al lector no le quedaban más que 57 centímetros. A continuar así, dentro de dos años Sun debía estar completamente pelón.

Wang y King-Fo, seguidos de la servidumbre de la casa, atravesaron el jardín, cuyos árboles, la mayor parte colocados en tiestos de barro y cortados con arte sorprendente pero lamentable, presentaban formas de animales fantásticos. Después dieron vuelta al estanque poblado de garamis y de peces colorados, y cuyas aguas límpidas desaparecían bajo las anchas flores rojas del *nelumbo*, el mas hermoso de los nenúfares originarios del Imperio de las Flores. Saludaron un jeroglífico cuadrúpedo pintado con colores vivísimos

en una pared construida *ad hoc* como un fresco simbólico y llegaron al fin la puerta de la habitación principal del Yamen.

Era una casa compuesta de un piso bajo y otro principal y levantada sobre un terrero al cual daban acceso seis escalones de mármol.

Persianas de bambú colocadas delante de las puertas y las ventanas, hacían soportable la temperatura ya excesiva, favoreciendo la circulación del aire en lo interior. El techo plano contrastaba con los tejados fantásticos de los pabellones esparcidos acá y allá en todo el recinto, y cuyas tejas multicolores y cuyos ladrillos labrados de finos arcos divertían la vista.

En lo interior, a excepción de los cuartos reservados para Wang y Kin-Fo, no había más que salones, rodeado de gabinetes de tabiques transparentes adornados de guirnaldas de flores pintadas de inscripciones que contenían esas sentencias morales de que son tan pródigos los habitantes del Celeste Imperio. Por todas partes había sillas de extrañas figuras de barro, de porcelana, de madera o de mármol, cubiertas de cojines; por todas partes, lámparas o faroles de diversas formas, de vidrios matizados, de colores suaves y adornados de bellotas, franjas y penachos como una mula española; por todas partes también mesitas para tomar té, llamadas cha-ki, complemente indispensable de un mueblaje chino. En cuanto a las cinceladuras de marfil, a los bronces, a las lacas con filigrana de oro en relieve, a los jarrones de un color blanco lechoso o verde esmeralda, los vasos redondos o prismáticos de la dinastía de los Ming o de los Tsing, a las porcelanas, mas buscadas aun, de la dinastía de los Yen, a los

esmaltes de color de rosa o amarillo traslucido, cuyo secreto no se ha podido encontrar, se hubieran necesitado muchas horas para contarlos. Aquella lujosa habitación contenía todas las comodidades europeas unidas a todos los objetos de la fantasía china.

En efecto, Kin-Fo, como ya hemos dicho, y como lo probaban sus aficiones, era un hombre de progreso. Ninguna invención moderna de los occidentales lo encontraba refractario; pertenecía a la categoría de esos Hijos del Cielo, demasiado raros todavía, a quienes seducen las físicas y químicas. No era de aquellos bárbaros que cortaron los primeros hilos eléctricos que la casa Reynolds quiso establecer hasta Wusung con el objeto de saber mas rápidamente la llegada de los correos ingleses y norteamericanos; ni era tampoco de aquellos mandarines atrasados, que, por no dejar que el cable submarino de Shanghai a Hong Kong se fijase en ningún punto del territorio, obligaron a los encargados de tenderlo, a fijarle en un barco flotante en medio del río.

No Kin-Fo se unía a aquellos compatriotas suyos que habían aprobado que el gobierno fundase los arsenales de Fu-chao bajo la dirección de ingenieros franceses. Poseía acciones de la compañía, de vapores chinos que hacen el servicio entre Tien-Sing y Shanghai en interés puramente nacional, y estaba también interesado en la empresa de esos buques de gran celeridad que iban y venían a Singapur, y que adelantan tres o cuatro días al correo inglés. El progreso material se había introducido hasta en su interior. En efecto, aparatos telegráficos ponían en comunicación los diversos

edificios de su Yamen. Campanillos eléctricos unían los aposentos diversos de su casa. Durante la estación fría mandaba encender fuego y se calentaba sin vergüenza, más juicioso en esto que sus conciudadanos que se hielan delante del hogar vacío, bajo su cuádruple o quíntuple vestido. Se alumbraba con gas, como el inspector general de aduanas de Pekín, como el riquísimo Yang, principal propietario de los Montes de Piedad del Celeste Imperio. En fin, abandonando el uso anticuado de la escritura, en su correspondencia íntima había adoptado, como se verá muy pronto, el fonógrafo, recientemente perfeccionado por Edison.

Así, pues, el discípulo del filósofo Wang, tenía, en la parte material de la vida, tanto como en la parte moral todo lo que necesitaba para ser feliz. Sin embargo, no lo era. Tenía a Sun para sacarle de su apatía cotidiana; pero el mismo Sun no bastaba para darle la felicidad.

Es verdad que, por el momento, al menos, Sun, que jamás estaba donde debía estar, no se presentó. Sin duda, había cometido alguna grave falta, alguna torpeza de marca mayor, en ausencia de su amo; y, si no temía por sus costillas, habituadas al róten doméstico, todo inducía a creer que temblaba por su trenza de pelo.

-¡Sun! Había exclamado Kin-Fo, o entrar en el vestíbulo, al cual daban los salones de derecha a izquierda y su voz indicaba una impaciencia grande.

-¡Sun! Había repetido Wang, cuyos buenos consejos y reprensiones, no producían el menor efecto en el incorregible criado.

-Que me, descubran a Sun y le traigan aquí, dijo Kin-Fo, dirigiéndose el mayordomo, que envió toda su gente en busca del criado.

Wang y Kin-Fo se quedaron solos.

- La sabiduría, dijo entonces el filósofo, exige que el viajero que vuelve a su casa tome algún descanso.

- Seamos sabios, respondió simplemente el discípulo de Wang.

Y, después de haber estrechado la mano del filósofo, se dirigió a su cuarto, mientras Wang se encaminaba al suyo.

Kin-Fo, viéndose solo, se tendió sobre un de los blandos divanes, de construcción europea, cuyo mullido no hubiera podido arreglar jamás un tapicero chino. Allí estuvo soñando, despierto, en su matrimonio con la amable y linda joven que iba a ser compañera de su vida; y esto no puede sorprender a nadie, porque estaba en vísperas de ir a buscarla. Aquella graciosa persona no vivía en Shanghai, sino en Pekín, y Kin-Fo se dijo a sí mismo que sería conveniente anunciarle, al mismo tiempo que su vuelta a Shanghai, su próximo viaje a la capital del Celeste Imperio. Creyó también que no estaría de más mostrar en la carta cierta impaciencia ligera, cierto deseo de volverla a ver. Sin duda, experimentaba un verdadero afecto hacia ella. Wang le había demostrado, con todas las reglas indiscutibles de la lógica, que aquel elemento nuevo que iba a introducir en su existencia, podría producir lo desconocido... esto es, la felicidad que... que... cuya... Con estos pensamientos, Kin-Fo se había dormido insensiblemente, si no hubiera sentido una especie de cosquilleo en la mano derecha.

Inmediatamente sus dedos se cerraron, y, entre ellos, se encontró un cuerpo cilíndrico, ligeramente nudoso, de un tamaño regular, que, sin duda, tenía la costumbre de manejar.

Kin-Fo no podía engañarse. Era un róten, que se había introducido en su mano derecha. Al mismo tiempo, oyó pronunciar, y en tono resignado, estas palabras:

- Cuando el señor quiera.

Kin-Fo se levantó y, por un movimiento instintivo, blandió el róten corrector.

Sun estaba delante de él medio encorvado, en la postura de un paciente que presenta sus espaldas. Con una mano se apoyaba sobre la alfombra de la habitación, y, en la otra, tenía una carta.

- Al fin has venido, dijo Kin-Fo.

- Sí, sí señor, respondió Sun. No esperaba a mi amo hasta la tercera víspera de la noche. Cuando el señor quiera.

Kin-Fo arrojó al suelo el róten. Sun, aunque naturalmente muy amarillo, se puso pálido.

- Si me ofreces la espalda sin otra explicación, dijo el amo, es señal que mereces más.

¿Qué ha pasado?

- Esta carta...

- Habla, exclamó Kin-Fo, tomando la carta que le presentaba Sun.

- Se me olvidó dársela al señor antes que saliera para Canton.

-¡Ocho días de retraso, tunante!

- He hecho mal, amo mío.

- Ven aquí,

- Soy como un pobre cangrejo sin patas, que no puede andar. ¡Ay, ay, ay!

Aquel último grito era de desesperación. Kin-Fo había cogido a Sun por la coleta, y, con unas tijeras bien afiladas, acababa de cortarle la punta.

Si duda, al desgraciado cangrejo le nacieron patas inmediatamente, porque se alejó con presteza, no sin haber recogido de la alfombra el trozo cortado de su precioso apéndice, que, de 57 centímetros, quedó reducido a 54.

Kin-Fo, que había vuelto a su perfecta tranquilidad habitual, se sentó de nuevo en el diván y examinó, como hombre desocupado, la carta que había llegado hacía ocho días. No estaba irritado contra Sun nada más que por su negligencia, no por el retraso. ¿Qué interés podía tener para él una carta cualquiera? Solamente podría interesarle, si le proporcionara alguna emoción.

Miraba, pues, la carta distraídamente.

El sobre, era de una tela almidonada, mostraba, por uno y otro lado, diversos sellos de color vinoso y de chocolate, en los cuales, debajo de un retrato de hombre, se veían números de centavos y de seis centavos.

Esto indicaba que la procedía de los Estados Unidos de América.

- Bueno, dijo Kin-Fo, encogiéndose de hombros, una carta de mi corresponsal de San Francisco.

Y la dejó sobre el diván.

En efecto. ¿Qué podía decirle su corresponsal? Que los títulos que componían parte de su caudal, dormían tranqui-

lamente en las cajas del Banco Central de California, que sus acciones habían subido un 15 ó 20 por 100, y que los dividendos activos serían superiores a los del año precedente, etc. Algunos miles de duros, de más o menos, no podían conmoverle.

Sin embargo, pocos minutos después, volvió a tomar la carta y rompió maquinalmente el sobre; pero, en vez de leerla desde luego, buscó con la vista la firma.

- Es, en efecto, una carta de mi corresponsal, dijo. No puede hablarme sino de negocios. Dejemos los negocios para mañana.

Y, por segunda vez, iba a dejar la carta cuando atrajo sus miradas una palabra, subrayada con varias rayas, en la segunda página. Era la palabra *pasivo,* hacia la cual el corresponsal de San Francisco había querido, evidentemente, llamar la atención de Kin-Fo.

Leyó entonces la carta, desde el principio hasta el fin, no sin cierto sentimiento de curiosidad, muy extraño en él

Por un instante, sus cejas se fruncieron; pero cuando acabó la lectura, se agitó en sus labios una sonrisa desdeñosa.

Después se levantó, dio unos veinte pasos por su cuarto y se acercó al tubo acústico que le ponía en comunicación directa con Wang. Llevóle a la boca y estuvo a punto de lanzar el silbido de atención; pero después se contuvo, dejó caer la manga de goma y se volvió a tender sobre el diván, diciendo:

-¡Bah!

Esta interjección pintaba el carácter de Kin-Fo. Después dijo:

-¿Y ella? Ella está mas interesada que yo todo esto.

Se acercó entonces a una mesita de laca, en la cual había una caja oblonga, preciosamente cincelada; pero, antes de abrirla, se detuvo su mano.

-¿Qué me decía, en su última carta? Murmuró.

Y, en vez de levantar la tapa de la caja, apoyó el dedo en un resorte fijado en uno de sus extremos. Inmediatamente se oyó una voz suave, que decía:

“Mi hermanito mayor: ¿No soy para ti como la flor mei-hua, en la primera luna, como la flor del albaricoque en la segunda, como la flor del melocotón en la tercera? Corazón mío de piedras preciosas, te deseo mil y mil felicidades.”

Era la voz de una joven, cuyas tiernas palabras repetía el fonógrafo.

-¡Pobre hermanita menor! Dijo Kin-Fo.

Después, abriendo la caja, sacó del aparato el papel cubierto de ranuras que acababa de reproducir todas las inflexiones de la voz de la joven de Pekín, y le reemplazó por otro. El fonógrafo estaba entonces tan perfeccionado, que bastaba hablar en voz alta para que la membrana quedara impresionada y el cilindro, movido por un movimiento de relojería, registrara las palabras sobre el papel del aparato.

Kin-Fo habló por espacio de un minuto. En su voz, siempre tranquila, no hubiera podido encontrase la impre-

sión de alegría, ni de tristeza, conque pronunciaba su pensamiento.

Apenas si pronunció tres o cuatro frases; y hecho esto, suspendió el movimiento del fonógrafo, retiró el papel especial, sobre el cual la aguja, influida por la membrana, había trazado ranuras oblicuas, correspondientes a las palabras pronunciadas, y después, metiéndolo en un sobre, lo selló, y escribió, de derecha a izquierda, lo que sigue:

“Señora Le-u”
“Carrera de Cha-cua”
“Pekín”

Tocó un timbre eléctrico, a cuyo sonido acudió inmediatamente el criado encargado de la correspondencia, el cual recibió orden de llevar inmediatamente aquella carta al correo.

Una hora después, Kin-Fo dormía tranquilamente, teniendo entre los brazos el *chu-fu-yan*. Especie de almohada de bambú trenzado, que mantiene en las camas chinas una temperatura muy apreciable en aquellas latitudes.

CAPÍTULO V

En el cual Le-u recibe una carta que hubiera preferido no recibir.

-¿No ha venido carta ninguna todavía para mí?

- No, señora.

- ¡Qué largo me parece el tiempo, buena madre!

Así hablaba por décima vez en aquel día la graciosa Le-u en su tocador de la carrera de Cha-cua, en Pekín. La buena madre que le respondía, y a la cual daba este nombre aplicado en China a las criadas de edad respetable, era la gruñona y desagradable señorita Nan.

Le-u se había casado a los dieciocho años de edad con un letrado de primer orden que colaboraba en el famoso *Se-khu-Tsuan-Chu* [1]. Aquel sabio tenía tres veces la edad de su esposa. Murió tres años después de aquella unión desproporcionada.

La joven viuda se encontró, pues, sola en el mundo a los veitiún años de edad. Kin-Fo la vio en un viaje que hizo a Pekín por aquel tiempo, y Wang que la conocía llamó la

[1] Esta obra, que principió en 1793, debe componerse de 160.000 tomos y no se han publicado mas que 78.738.

atención de su indiferente discípulo, hacia su linda persona. Kin-Fo se dejó conducir y aceptó la idea de modificar las condiciones de su vida, casándose con la hermosa joven. Le-u no fue insensible a la proposición que se le hizo, y el matrimonio, arreglado con gran satisfacción del filósofo, debía celebrarse luego que Kin-Fo volviese a Pekín después de haber hecho en Shanghai los preparativos necesarios.

No es común en el Celeste Imperio que las viudas vuelvan a casarse, no porque no lo deseen tanto como las de los países occidentales, sino porque de este deseo no suelen participar los hombres. Si Kin-Fo era una excepción de la regla, es porque Kin-Fo, como ya hemos dicho, pasaba por un ente original.

Es verdad que Le-u, casada en segundas nupcias, no tendría derecho a pasar por debajo de los *pae lus*, arcos conmemorativos que el emperador

Manda levantar algunas veces en honor de las mujeres célebres por su fidelidad al marido difunto, tales como la viuda Sung que no quiso abandonar jamás la tumba de su marido, la viuda Kung-Kiang que se cortó u brazo, la viuda Yen-Chiang que se desfiguró en señal de dolor conyugal; pero Le-u pensó que podría sacar mejor partido de sus veintiún años. Iba a volver de aquella vida de obediencia que constituye la misión de la mujer en la familia china, a renunciar a hablar de las cosas que pasan fuera de la familia, a conformarse con los preceptos del libro *Li-num* sobre las virtudes domésticas y el libro *Nei-tse-pien* sobre los deberes del matrimonio, a recobrar, en fin, aquella consideración que goza la esposa, que en las clases elevadas no es una esclava como se cree generalmente. Así Le-u, inteligente, instruida, comprendiendo el lugar que ocuparía en la vida de aquel rico aburrido, y sintiéndose atraída hacia él por el deseo de demostrarle que hay felicidad en este mundo, estaba enteramente resignada a su suerte.

El sabio a su muerte había dejado a la joven viuda en una situación bastante desahogada, aunque mediana. La casa de la carrera de Cha-cua era, pues, modesta; la insoportable Nan componía toda su servidumbre; pero Le-u se había acostumbrado a sus modales, que no son exclusivos de los criados del Imperio de las Flores.

En el tocador, donde la hemos presentado, era donde la joven solía estar con mas frecuencia. El mueblaje hubiera parecido muy sencillo a no haber sido por los ricos regalos que desde dos meses antes llegaban de Shanghai. Colgaban de las paredes algunos cuadros, entre otros una obra maestra

del antiguo pintor Haum-Tse-nem [2], que hubiera llamado la atención exclusivamente de los conocedores entre una multitud de acuarelas demasiado chinescas donde se veían caballos verdes, perros de color violeta y árboles azules pintados por algún artista novel. Sobre una mesa de laca se veían, como grandes mariposas de alas extendidas, unos abanicos procedentes de la célebre escuela de Swatow. De un jarrón de porcelana se escapaban elegantes festones de esas flores artificiales tan admirablemente fabricadas con la médula del *arabia papyrífera* de la isla de Formosa, y que rivalizaban con los blancos nenúfares, los crisantemos amarillos y los lirios rojos del Japón, que estaban llenos varios canastillos de madera con labores finas. Sobre todo este conjunto las cortinas de bambú trenzado de las ventanas no dejaban pasar más que una luz tenue que desgranaba, digámoslo así, los rayos solares. Una magnifica pantalla hecha de grandes plumas de gavilán, cuyas manchas artísticamente dispuestas, figuraban una gran peonía, emblema de la hermosura del Imperio de las Flores, dos pajareras en forma de pagoda, verdaderos caleidoscopios de los pájaros de la India de más brillantes

---

[2] La fama de los grandes maestros se ha transmitido hasta nosotros por medio de tradiciones, que , no por ser anecdóticas, dejan de llamar la atención. Se dice, por ejemplo, que en el siglo III un pintor, llamado Tsao-Puh-Ying, habiendo concluido una pantalla para el emperador, se divirtió en pintar en ella acá y allá, algunas moscas y tuvo la satisfacción de ver a S.M. coger su pañuelo para espantarlas. No menos célebre fueHaum-Tse-Nen que floreció hacia el año 1000. Encargado de la pintura mural de una sala del palacio, pintó en ella varios faisanes, y habiendo llegado unos enviados extranjeros que llevaban de regalo halcones al emperador, al entrar en aquella sala, los halcones, al ver los faisanes pintados, se lanzaron sobre ellos con más detrimento de sus cabezas que satisfacción de sus instintos voraces.

colores; algunos *tiemaoles* eolios, cuyas láminas de vidrio vibraban al impulso de la brisa; mil objetos en fin que recordaban al ausente, completaban el curioso adorno de aquella habitación.

-¿No hay carta todavía, Nan?

-¡Eh! No, señora, todavía no.

La joven Le-u era una muchacha encantadora. Bonita aun para ojos europeos, blanca y no amarilla, tenía dulce mirada en sus ojos que apenas se inclinaban un poco hacia las sienes; negros cabellos adornados con algunas flores de melocotón, fijas por alfileres de cristal verde; dientes pequeños y blancos, cejas apenas teñidas por un pequeño roque de tinta china; no se ponía colorete, ni blanquete como generalmente lo hacen las hermosuras del Celeste Imperio, ni carmín en el labio inferior, ni una pequeña raya vertical entre los dos ojos, ni ninguna capa de ese aceite en el cual gasta todos los años la corte imperial unos diez millones de zapeques. No necesitaba ninguno de aquellos ingredientes artificiales; salía poco de su casa y podía desdeñar aquella máscara que, fuera de casa, hace uso toda mujer china.

En cuanto a su tocado, no le había ni más sencillo, ni más elegante. Llevaba un vestido largo, de cuatro aberturas, orlado de un ancho galón bordado. Bajo aquella túnica tenía un jubón plegado y un peto con adornos de filigrana; desde la cintura bajaba un pantalón que se anudaba sobre la calceta de seda de Nan-King y en los pies lindas zapatillas adornadas de perlas.

J.Thompson (*Viaje a China*)

No necesitaba más la joven viuda para estar lindísima, si se añade que sus manos eran finas y que conservaba sus uñas largas y sonrosadas en estuchitos de plata, construidos con arte exquisito.

¿Y sus pies? ¡Ah! Sus pies eran pequeños, no por esa costumbre de compresión bárbara que por fortuna tiende a perderse, sino porque la naturaleza les había hecho así. Aquella moda dura ya desde hace setecientos años y se desvió probablemente a alguna princesa estropeada. En su aplicación más sencilla, haciendo la flexión de los cuatro dedos bajo la planta, dejando el talón intacto, hace de la pierna una especie de tronco de cono, dificulta absolutamente el andar, predispone a la anemia y no tiene siquiera, como ha podido creerse, la excusa de los celos maritales. Así es que se va perdiendo poco a poco desde la conquista de los tártaros, y ya de diez chinas apenas se encuentran tres que hayan sido sometidas desde su infancia a esa serie de operaciones dolorosas que desfiguran el pie.

-No es posible que no haya carta hoy, dijo otra vez Le-u. Véalo usted, buena madre.

-Ya lo he, visto, respondió muy irrespetuosamente Nan, que salió del cuarto gruñendo.

Le-u se puso entonces a trabajar para distraerse, aunque el trabajo le traía también a la memoria a Kin-Fo, porque estaba bordándole un par de zapatillas de tela, cuya fabricación está reservada casi únicamente a la mujer en las casas chinas, cualquiera que sea la clase a que pertenezca, pero en breve se le cayó la labor de las manos. Se levantó. Tomó de una bombonera dos o tres almendras que mordió entre sus

finos dientes después abrió un libro, el *Nushum*, código de instrucciones que debe leer habitualmente toda esposa honrada.

“Así como la primavera es la estación más favorable para el trabajo, el amanecer es el momento mas propicio para la labor del día.”

“Levántate temprano y no te dejes dominar de los atractivos del sueño.”

“Cuida la morera y el cáñamo.”

“Hila con cuidado la seda y el algodón.”

“La virtud de las mujeres consiste en la actividad y en la economía.”

“Deja a tus vecinos hacer tu elogio...”

En breve, Le-u cerró el libro porque no pensaba en lo que leía.

-¿Dónde está? Se preguntó. Ha debido ir a Canton. ¿Habrá vuelto a Shanghai? ¿Cuándo llegará a Pekín? ¿Le habrá ocurrido algo en el mar? ¡Protéjale la diosa Koanin!

Así decía la inquieta joven. Después sus ojos se fijaron distraídamente sobre un tapete hecho artísticamente de mil pedacitos de tela reunidos formando una especie de mosaico a la moda portuguesa donde estaban dibujados el pato mandarín y su familia, símbolo de felicidad. Después se acercó a uno de los canastillos de flores y tomó una al acaso.

-¡Ah! Dijo; no es esta la flor del sauco, emblema de la primavera, de la juventud y de la alegría: es el crisantemo amarillo, emblema del otoño y de la tristeza.

Para desechar la ansiedad que iba creciendo y apoderándose de su espíritu, tomó su laúd, recorrió las cuerdas con

los dedos, y sus labios murmuraron las primeras palabras del canto de las *manos unidas*; pero no pudo continuar.

- Sus cartas, exclamó, no se retrasaban tanto en otro tiempo. La leía con el alma conmovida; o, bien, en vez de esas líneas que se dirigen tan solo a los ojos, era su voz la que solía oír; ese aparato me hallaba como si él hubiera estado cerca de mí.

Y Le-u miraba un fonógrafo que estaba en un velador de laca y que era en todo semejante al que usaba Kin-Fo en Shanghai. Ambos podían así hablarse y oír mutuamente su voz, a pesar de la distancia que les separaba... pero aquel día, como los anteriores, el aparato permanecía mudo y no comunicaba a Le-u los pensamientos del ausente.

En aquel momento, entró la vieja diciendo:

- Aquí está la carta.

Nan salió después de haber puesto en manos de Le-u una carta con el sello de Shanghai.

La joven se sonrió y sus ojos brillaron vivamente; rompió con presteza el sobre sin tomarse tiempo para contemplarle como tenía de costumbre.

La cubierta no contenía carta ninguna, sino uno de esos papeles de ranuras oblicuas que, ajustadas al aparato fonógrafo, reproducen todas las inflexiones de la voz humana.

-¡Ah! Mas me gusta así, exclamó alegremente Le-u. Le oiré por lo menos.

Colocó el papel sobre el cilindro del fonógrafo que, por un movimiento de relojería, comenzó a dar vueltas, y Le-u, aproximando su oído, oyó una voz muy conocida que decía:

"Hermanita menor: la ruina se ha llevado todas mis riquezas como el viento de Este se lleva las hojas secas del otoño. No quiero hacerte miserable asociándote a mi miseria. Olvida al hombre abrumado de diez mil desgracias"

"Tu desesperado Kin-Fo."

¡Qué golpe para la joven! En adelante la esperaba una vida mas amarga que la amarga genciana. Sí, el viento del oro se llevaba sus últimas esperanzas con la riqueza de aquél a quien amaba. El amor que Kin-Fo le tenía ¿había volado para siempre? ¿No creía su amigo que la felicidad consistiera mas que en la riqueza? ¡Pobre Le-u! Parecía una cometa cuyo hilo se ha roto y que cae destrozada sobre el suelo.

Nan entró en el cuarto llamada por su señora, se encogió de hombros y la trasladó a su hang. Pero, aunque éste era una de camas-estufas que se caldean artificialmente, pareció fría a la desgraciada Le-u. ¡Cuán largas le parecieron las cinco vísperas de aquella noche sin sueño!

CAPÍTULO VI

En cual dará quizá al lector gana de hacer una visita
a las oficinas de la "Centenaria"

A la mañana siguiente, Kin-Fo, cuyo desprecio de las cosas de este mundo no se desmentía un solo instante, salió de su casa y, con paso igual, bajó por la orilla derecha del torrente, y al llegar al puente de madera que pone la concesión inglesa en comunicación con la norteamericana, atravesó la corriente y es dirigió hacia una de hermosa apariencia levantada entre la iglesia de las Misiones y el consulado de los Estados Unidos.

En la fachada de aquella casa se ostentaba una gran muestra de cobre en letras tumulares:

LA CENTENARIA
Compañía de seguros sobre la vida.
Capital de garantía: 20 millones de duros.
Agente principal: William J. Bidulph

Kin-Fo empujó la puerta, defendida por una mampara, y se encontró en un despacho dividido en dos partes por

una sencilla balaustrada a la altura del brazo. Algunos estantes para legajos, libros con abrazaderas de níquel, una caja americana de secretos que se defendía por sí misma, dos tres mesas donde trabajaban los empleados de la agencia, y una complicada mesa de despacho, reservada para el ilustre William J. Bidulph, componían el mueblaje de aquella pieza que parecía pertenecer a una casa de la *calle Ancha* de Nueva York (Brodway) mas que a un edificio construído a orillas del Wusung.

William J. Bidulph era el agente principal en China de la compañía de seguros contra incendios y sobre la vida, que tenía su residencia social en Chicago. La *Centenaria* (buen título que debería atraer a los clientes), famosa en los Estados Unidos, tenía sucursales y representantes en las cinco partes del mundo, y hacía negocios enormes, merced a sus estatutos audaces y liberalmente redactados que la autorizaban a dar seguros contra toda clase de riesgos.

Así los habitantes del Celeste Imperio comenzaban a seguir esas corrientes modernas de ideas que llenan las cajas de las compañías de éste género. Gran número de esas chinas estaban aseguradas contra el incendio, y los contratos de seguros en caso de muerte, con las múltiples combinaciones a que dan lugar, tenían muchas firmas chinas. Las placas de la *Centenaria* se veían en gran número en los dinteles de las puertas de Shanghai y también sobre las columnas del rico Yamen de Kin-Fo. Este, por consiguiente, no llevaba la intención de asegurar su posesión contra el incendio al visitar al ilustre William J. Bidulph.

-¿El señor Bidulph? Preguntó al entrar.

William J. Bidulph estaba presente como un fotógrafo, que opera por sí mismo, se encuentra siempre a la disposición del público, y era un hombre de cincuenta años, correctamente vestido de negro, con frac, corbata blanca, toda la barba, menos los bigotes, y aire completamente americano.

-¿A quién tengo el honor de hablar? Preguntó William J. Bidulph.

- Al señor Kin-Fo de Shanghai.

- Kin-Fo... uno de los asegurados en la *Centenaria* póliza número veintisiete mil doscientos...

- Él mismo.

-¿En qué puedo servir a usted, caballero?

Deseo hablar a usted particularmente.

La conversación entre los dos personajes debía ser tanto más fácil cuanto que William J. Bidulph hablaba tan perfectamente el chino como Kin-Fo el inglés.

El rico cliente fue introducido, con las consideraciones que le eran debidas, en un gabinete cubierto de sordos tapices, cerrado con dobles puertas, donde habría podido conspirarse para derribar la dinastía de los Tsin, sin temor de ser oídos por los más finos tipaos del Celeste Imperio.

- Caballero, dijo Kin-Fo, luego que se hubo sentado en una mecedora delante de una chimenea calentada con gas, desearía tratar con la compañía para asegurar a mi muerte el pago de un capital cuyo importe diré a usted enseguida.

- Nada más sencillo, respondió William J. Bidulph. Con dos firmas, la de usted y la mía, al pie de una póliza, quedará hecho el seguro después de algunas formalidades prelimina-

res. Pero permítame usted que le haga una pregunta. Supongo que tendrá usted el deseo, muy natural por otra parte, de no morir sino a una edad muy avanzada.

-¿Por qué razón? Preguntó Kin-Fo. Por lo general, el seguro sobre la vida indica en el asegurado el temor de una muerte próxima.

-¡Oh! Dijo William. J. Bidulph con gran serenidad, ese temor no existe jamás en los clientes de la *Centenaria*. Su mismo nombre lo indica. Asegurarse en su compañía es tomar patente de larga vida. Es muy raro que nuestros clientes no vivan por lo menos cien años... Muy rraro... muy raro. Por su propio interés, deberíamos quitarles la vida... Por eso hacemos tantos y tan grandes negocios. Así, pues, prevengo a usted que asegurarse en la *Centenaria* es tener casi la certidumbre de vivir cien años.

-¡Ah! Dijo tranquilamente Kin-Fo, dirigiendo una mirada fría a William J. Bidulph.

El agente principal, serio como un ministro, no parecía dispuesto a chancearse.

- De todos modos, repuso Kin-Fo, deseo asegurarme por 200.000, duros.

- Capital, 200.000 duros, dijo William J. Bidulph, escribiendo en un cuaderno aquella suma, cuya importancia no lo hizo siquiera pestañear.

Ya sabe usted añadió, que el seguro es nulo y todas las primas pagadas, cualquiera que sea su número, quedan a favor de la compañía, si la persona asegurada pierde la vida a manos del que debe obtener los beneficios del contrato.

- Lo sé.

- ¿Y contra qué riesgos quiere usted asegurar su vida?

- Contra todos.

- ¿También los riesgos de viaje por tierra y por mar y los de residencia fuera de los límites del Celeste Imperio?

- Sí, señor.

¿Y los de una condenación judicial?

- Sí, señor.

-¿Y los de un desafío?

- Sí, señor.

-¿Y los del servicio militar?

- Sí, señor.

- Entonces las primas serán bastante altas.

- Pagaré lo que sea necesario.

- Adelante.

- Pero añadió Kin-Fo, hay otro riesgo muy importante del cual no he hablado a usted.

-¿Y cuál es?

- El suicidio. Yo creía que los estatutos de la *Centenaria* autorizaban a asegurarse también contra los riesgos del suicidio.

- Es verdad, caballero, es verdad, respondió Bidulph, restregándose las manos. Esa es, para nosotros, una gran fuente de beneficios. Usted comprenderá que nuestros clientes son, generalmente, personas que aman la vida y que, por una prudencia exagerada, se aseguran contra el suicidio, no se matan jamás.

- No importa, respondió Kin-Fo. Por razones particulares deseo asegurarme también contra ese riesgo.

- Como usted guste; pero la prima será grande.

- Repito a usted que pagaré lo que sea preciso.

- Convenido. Decíamos, pues, añadió Bidulph, continuando sus notas en el cuaderno, riesgos de viaje por tierra y por mar, de suicidio...

-¿Y, en estas condiciones, qué prima tengo que pagar? Preguntó Kin-Fo.

- Caballero, respondió el agente principal, nuestras primas están establecidas con una precisión matemática que, honra a la compañía. No se fundan, como en otro tiempo en las tablas de Deparcieux... ¿Conoce usted a Deparcieux?

- No señor, no le conozco.

- Un notable profesor de estadística; pero ya antiguo... tan antiguo que ha muerto. En la época que estableció sus famosas tablas que sirven todavía para determinar la escala de primas de la mayor parte de las compañías europeas que están muy atrasadas, la vida media era inferior a lo que es ahora, gracias al progreso que se ha verificado en todos los ramos. Nosotros nos fundamos sobre una vida media más elevada, y, por consiguiente, más favorable al asegurado, que paga menos caro y vive más tiempo.

-¿Pero, cuál es el importe de mi prima? Preguntó de nuevo Kin-Fo, deseoso de poner término a la verbosidad del agente, que no desperdiciaba ocasión de cantar las alabanzas de la *Centenaria*.

- Si no soy indiscreto, deseo saber cuantos años tiene usted.

- Treintiuno.

- Pues bien, a los 31 años, si no se tratase más que de asegurar la vida de usted contra los riesgos comunes; paga-

ría, en toda compañía, un 2.83 por 100; pero, en la *Centenaria*, no pagaría más que un 2.70: lo que importa anualmente, para un capital de 200.000 duros, 5.400 duros.

-¿Y en las condiciones que yo deseo? Preguntó Kin-Fo.

- Asegurándose contra todo riesgo, incluso el suicidio...

- El suicidio sobre todo.

- En ese caso, dijo William J. Bidulph, desde haber consultado una tabla impresa en la última página de su cuaderno, no podemos asegurar a usted por menos de un 25 por ciento.

- ¿Lo cual importa?...

- Cincuenta mil duros.

-¿Y en qué plazos debe entregarse esa suma?

- En un plazo, o fraccionada por meses; a voluntad del asegurado.

- Es decir que los dos primeros meses importarían...

- Ocho mil trescientos treinta y dos duros, que, si se entregan hoy 30 de abril, darán a usted derecho a los beneficios de la compañía el 30 de junio del presente año.

- Me convienen esas condiciones, dijo Kin-Fo. Aquí tiene usted los dos primeros meses de la prima.

Y dejó caer sobre la mesa un gran legajo de papel moneda que sacó del bolsillo.

- Bien... caballero... muy bien, dijo William J. Bidulph. Pero antes de firmar la póliza hay que llenar una formalidad.

-¿Cuál?

- Tiene usted que recibir la visita del médico de la - compañía.

-¿Y para qué?

- Para saber si está usted sólidamente constituido, si no tiene ninguna enfermedad orgánica que abrevie su vida, y, en fin, si da usted garantías de existencia.

-¿Y para qué? Pues ¿no aseguro la vida contra el duelo y aun contra el suicidio? Observó Kin-Fo.

- Amigo mío, respondió William J. Bidulph, sonriéndose, una enfermedad cuyo germen tuviera usted y que le llevara al sepulcro dentro de algunos meses, nos costaría 200.000 duros.

- Supongo que mi suicidio le costaría a ustedes lo mismo.

-¡Pse! Respondió el amable agente tomando la mano de Kin-Fo y dándolo suaves palmaditas en ella. Ya he tenido el honor de decir a usted que muchos clientes nuestros se aseguran contra el suicidio, pero que no se suicidan nunca. Además, no nos está prohibido vigilarles, sí lo hacemos con la mayor discreción.

-¡Ah! Dijo Kin-Fo.

Añadiré una observación, que me es personal, saber que, de todos los clientes de la *Centenaria*, los que se aseguran contra el suicidio, son los que pagan mas tiempo sus primas. Veamos, aquí para entre los dos. ¿Por qué se había de suicidar el rico Kin-Fo?

-¿Por qué se había de asegurar?

-¡Oh! Respondió William J. Bidulph, para tener la seguridad de vivir hasta una vejez muy avanzada como cliente de la *Centenaria*.

No había medio de discutir con el agente la célebre compañía; ¡estaba tan seguro de lo que decía!

- Y ahora, añadió, ¿en beneficio de quién se hace el seguro de los 200.000 duros? ¿A quién han de entregarse, a la muerte de usted?

- A dos personas, respondió Kin-Fo.

-¿Por partes iguales?

- No; por partes desiguales. La una recibirá 50.000 duros y la otra 150.000.

-¿Quién debe recibir los 50.000 duros?

- El señor Wang.

¿El filósofo Wang?

- Él mismo.

¿Y los 150.000 duros?

- La señora Le-u de Pekín.

-¿De Pekín? Dijo William J. Bidulph, acabando de escribir los nombres de los interesados en el contrato. Después dijo: ¿qué edad tiene la señora Le-u?

- Veintiún años, respondió Kin-Fo.

- ¡Oh! Esa joven será vieja cuando llegue a recibir el importe de la suma asegurada.

-¿Por qué?

- Porque usted vivirá más de cien años, amigo mío. En cuanto al filósofo Wang...

- Ese tiene 55 años.

- Pues bien, ese amable filósofo puede estar seguro de no recibir nada.

- Ya se verá.

- Caballero, respondió William J. Bidulph si a los cincuenta años fuese yo heredero de un hombre de treintiuno

que debe morir centenario, no cometería la inocentada de contar con semejante herencia.

- Buenos días, caballero, dijo Kin-Fo, dirigiéndose a la puerta del gabinete.

- Servidor de usted, respondió el ilustre William J. Bidulph, que se inclinó ante el nuevo cliente de la *Centenaria.*

Al día siguiente, el médico de la compañía hizo a Kin-Fo la visita de reglamento y escribió su informe que decía: cuerpo de hierro, músculos de acero, pulmones como fuelles de órgano. Nada se oponía, por consiguiente, a que la compañía a tratase con un asegurado de salud tan robusta. Se firmó, pues, la póliza, con aquella fecha, por Kin-Fo, en beneficio de la joven viuda y del filósofo Wang, y por William J. Bidulph, como representante de la compañía.

Ni Le-u, ni Wang, a no ser en circunstancias improbables, debían saber lo que acababa de hacer, por ellos, Kin-Fo, antes del día en que la *Centenaria* tuviera que entregar aquel capital, última generosidad del ex millonario.

CAPÍTULO VII

Que sería muy triste si no tratara de usos y costumbres particulares del Celeste Imperio.

Por más que pensara y dijera el ilustre William J. Bidulph, la caja de la *Centenaria* estaba muy seriamente amenazada en sus fondos, porque el plan de Kin-Fo no era de aquellos que, después de reflexionados, se aplazan indefinidamente. Arruinado del todo, había resuelto concluir con su existencia, la cual, aun en tiempo de su riqueza, no le proporcionaba mas que tristezas y disgustos.

La carta que le había dado Sun ocho días después de su llegada, procedía de San Francisco y anunciaba la suspensión de pagos del Banco Central californiano. Ahora bien, el caudal de Kin-Fo se componía, casi en totalidad, de acciones de aquel Banco célebre tan sólido hasta entonces. Pero no había fundamento para dudar: por inverosímil que pudiera parecer la noticia, desgraciadamente era cierta. La suspensión de pagos del Banco Central de California había sido confirmada por los periódicos

recibidos en Shanghai. Se había declarado en quiebra y Kin-Fo estaba completamente arruinado.

En efecto, fuera de las acciones de aquel Banco, ¿qué le quedaba? Nada o casi nada. Su casa en Shanghai, cuya venta, casi irrealizable, no le hubiera dado suficientes recursos, los ocho mil duros pagados a la caja de la *Centenaria*, algunas acciones de la compañía de barcos de Tien-Tsin que, vendidas el mismo día, le dieron apenas recursos para arreglar sus asuntos *in extremis*, era todo lo que le quedaba de su hacienda.

Un occidental, un francés, un inglés habría quizá emprendido filosóficamente una nueva existencia y, procurado rehacer su caudal por medio del trabado; pero un chino debía creerse con derecho para pensar y proceder de otra manera. Kin-Fo como verdadero chino quería salir del paso por medio de la muerte voluntaria, sin escrúpulo de conciencia y con aquella indiferencia típica que caracteriza a la raza amarilla.

El chino no tiene mas que un valor pasivo; pero le posee en el más alto grado. Su indiferencia respecto de la muerte es verdaderamente extraordinaria: enfermo, la ve venir sin temor; sentenciado y entre las manos del verdugo, no manifiesta temor alguno; las ejecuciones públicas, tan frecuentes en aquel país: la vista de los horribles suplicios que componen la escala penal en el Celeste Imperio han familiarizado, desde su niñez, a los Hijos del Cielo con la idea de abandonar sin sentimiento las cosas de este mundo.

Así no es extraño que en todas las familias el pensamiento de la muerte está siempre presente a la imaginación, forme el objeto de muchas conversaciones y se asocie a todos los ordinarios de la vida. El culto de los antepasados se

encuentra hasta en las familias más pobres. No hay una habitación rica donde no esté reservado una especie de santuario doméstico, ni una cabaña, por miserable que sea, no haya un rincón consagrado a las reliquias de los abuelos, cuya fiesta se celebra en el segundo mes del año. Por eso en los mismos almacenes donde se venden cunas de niños y canastillas de boda, se encuentra un variado surtido de ataúdes que forma un artículo corriente del comercio chino.

La compra de un ataúd es, en efecto, uno de los constantes cuidados de los chinos. El mueblaje de una casa estaría incompleto si faltase el ataúd. El hijo se cree en la obligación de ofrecer uno en vida a su padre y esta se tiene por una prueba delicada de ternura filial. Se deposita el ataúd en una habitación especial, se le adorna, se le cuida con frecuencia, y, cuando ha recibido el despojo mortal, se le conserva durante largos años con piadoso esmero. En suma, el respeto s los muertos constituye el fondo de la religión china y contribuye a estrechar más y más los lazos de la familia

Así, pues, Kin-Fo, mas que ningún otro, a causa de su temperamento, debía contemplar con perfecta tranquilidad la idea de poner fin a sus días. Había asegurado la suerte de los dos seres a quienes tenía afecto: ¿qué podía temer ya? Nada. El suicidio no debía causarle remordimiento: lo que es un crimen en los países civilizados del Occidente, no es sino un acto legítimo, por decirlo así, en la civilización extraña del Asia Oriental

Kin-Fo había tomado su partido y ninguna influencia había que pudiera disuadirle de su proyecto, ni siquiera la del filósofo Wang.

A éste debía ignorar absolutamente los designios de su discípulo y Sun no había observado sino una cosa, y era que Kin-Fo, desde su vuelta a Shanghai, se mostraba mas tolerante con sus torpezas diarias.

Sun estaba, por esto, muy contento, creyendo que no podría encontrar mejor amo, y su preciosa coleta se movía sobre su espalda con toda libertad y seguridad.

Un proverbio o dice:

“Para ser feliz en la tierra es necesario vivir en Canton y morir en Liao-Cheu.”

En Canton, en efecto, se encuentran todas las comodidades y opulencias de la vida, y en Liao-Cheu se hacen los mejores ataúdes.

Kin-Fo no podía menos de comprar aquel mueble indispensable en la mejor casa, de manera que su lecho de reposo llegara a tiempo oportuno. Estar correctamente tendido en su ataúd para el supremo sueño, es el pensamiento constante de todo chino que sabe vivir.

Al mismo tiempo, Kin-Fo mandó comprar un gallo blanco, que tiene, como es sabido, la propiedad de atraer a los espíritus que revolotean en torno de un muerto y podrían apoderarse al paso de los siete elementos que se compone un alma china.

Se ve, pues, que si el discípulo de Wang, el filósofo, se mostraba indiferente respecto de los pormenores de la vida, no lo era tanto respecto de los de la muerte.

Hechos estos preparativos, no le quedaba que redactar el programa de sus funerales. Tomó en el mismo día un hermoso pliego de papel, llamado papel de arroz, sin embargo

el arroz no entra para nada en su elaboración, y en él escribió sus últimas voluntades.

Después de haber legado a la joven viuda su casa de Shanghai y a Wang un retrato del Emperador Tai-Ping, que el filósofo miraba siempre con cierta complacencia, además de los capitales asegurados en la *Centenaria*, trazó con mano firme el orden y el ceremonial que habían de observar los personajes que asistieran a sus exequias.

En primer lugar, a falta de parientes que no tenía, debían figurar a la cabeza de la comitiva algunos amigos que tenía todavía, todos vestidos de blanco, que es el color de luto en el Celeste Imperio. A lo largo de las calles hasta el sepulcro, levantado hacía largo tiempo en la campiña de Shanghai, se formarían dos filas de criados de los que asisten a los entierros llevando diferentes atributos, como quitasoles azules, alabardas, manos de justicia, pantallas de seda, carteles con los pormenores de la ceremonia estando todos estos criados cubiertos con una túnica negra y un cinturón blanco y llevando en la cabeza un gorro negro con penacho rojo. Detrás del primer grupo de amigos debía marchar un guía vestido de escarlata de pies a cabeza, tocando el gong y precediendo al retrato del difunto puesto en una especie de ataúd ricamente adornado. Iría después un segundo grupo de amigos encargados de desmayarse a intervalos regulare sobre almohadones preparados para el caso. En fin, un tercer grupo de jóvenes, que marcharían debajo de un palio azul y oro, iría sembrando por el camino pedacitos de papel blanco agujereados como zapeques y destinados a distraer a

los malos espíritus que pudieran tener intención de unirse a la comitiva.

Después vendría el catafalco, enorme palanquín tapizado de seda color violeta y bordado de figuras de dragones de oro, llevado en hombros de cincuenta lacayos y en medio de dos filas de bonzos. La voz de estos sacerdotes, cubiertos de túnicas grises, rojas y amarillas, rezando las oraciones de los difuntos, alternaría con el sonido atronador de los gongs, el chillido de las flautas y el ruido estrepitoso de las trompetas de seis pies de longitud.

Por último, a la cola de la comitiva, vendrían los coches de luto, cubiertos de paños blancos, cerrando el convoy, cuyos gastos deberían absorber los últimos recursos del difunto. En suma, aquel programa no ofrecía nada de ordinario. Por las calles de Canton, de Shanghai o de Pekín, circulan muchos entierros de esta clase, en los cuales los chinos no ven mas que un homenaje natural, tributado a la persona que no existe.

El 20 de octubre llegó de Liao-Cheu una caja dirigida a Kin-Fo en Shanghai, la cual contenía cuidadosamente colocado el ataúd encargado para el funeral. Ni Wang, ni Sun, ni ninguno de los criados del Yamen tenían para extrañar aquella llegada, porque, como hemos dicho, no hay ningún chino que no quiera poseer en vida el lecho en el cual le han de tender para siempre.

Aquel ataúd, obra maestra del artista de Liao-Cheu, fue depositado en la sala de los antepasados. Allí, cepillado y cuidado con esmero, debía esperar largo tiempo, la opinión general, el día en que el discípulo del filósofo Wang pudiera

utilizarlo... No pensaba lo mismo Kin-Fo. Sus días estaban contados y se aproximaba la hora que debía relegarle entre los antepasados de la familia.

En aquella noche, en efecto, Kin-Fo había resuelto definidamente salir de esta vida.

Durante el día llegó una carta de la desconsolada Le-u.

La joven viuda ponía a disposición de Kin-Fo lo poco que poseía. Las riquezas no eran nada para ella; sabría vivir pobre; le amaba. No necesitaba más. ¿No podrían ser felices en una situación más modesta?

Aquella carta en que brillaban los sentimientos más puros del afecto más sincero, no modificó la resolución de Kin-Fo.

- Sólo mi muerte puede enriquecerla, dijo para sí.

Faltaba decir donde y cómo se consumaría el acto supremo. Kin-Fo experimentaba una especie de placer en arreglar estos pormenores y esperaba en último momento tener alguna emoción, por pasajera que fuese, que hiciera palpitar su corazón.

En el recinto del Yamen se levantaban cuatro kioscos, adornados con todo el gusto que distingue el talento fantástico de los adornistas chinos. Tenían nombres significativos; se llamaban: el pabellón de la Felicidad, donde Kin-Fo no entraba nunca; el pabellón de la Riqueza, al cual no miraba sino con el mas profundo desprecio; el pabellón del Placer, cuyas puertas, desde hacía largo tiempo, estaban cerradas para él, y el pabellón de Larga vida, que había resuelto mandar derribar.

A este último le llevó su, instinto, determinando encerrarse en él al anochecer para que por la mañana le encontrasen ya feliz en el seno de la muerte.

Decidido este punto, faltaba resolver el género de muerte que había de darse. ¿Se abriría el vientre como un japonés? ¿Se ahorcaría como un epicúreo de la Roma antigua? No. Estos procedimientos tenían a su juicio algo de brutales y de poco atentos para con sus amigos y servidores. Uno dos granos de opio, mezclados con un veneno sutil, bastarían par hacerle pasar de este mundo al otro sin sentirlo, o quizá en medio de uno de esos ensueños que transforman un pasajero dormir en un dormir eterno.

El sol comenzaba ya a bajar por el horizonte y Kin-Fo no tenía sino pocas horas de vida. Quiso ver por última vez la campiña de Shanghai y aquellas orillas del Huang-Pu por donde tantas veces había paseado su aburrimiento, y sin haber visto en, aquel día a Wang, salió del Yamen para volver a entrar después y no volver a salir jamás.

Atravesó el territorio inglés, el puentecillo sobre el torrente y la concesión francesa con el paso indolente de costumbre sin apresurarle en aquella hora suprema. Siguió por el paseo a lo largo del puerto indígena y dio vuelta a la muralla de Shanghai hasta la catedral católica romana, cuya cúpula domina el arrabal del Sur. Allí torció a la derecha y subió tranquilamente por el camino que conduce a la pagoda de Lung-Hao

Allí se encontró en una campiña plana y extensa que se desarrolla hasta las alturas sombrías que limitan el valle del Min, inmensa llanura pantanosa que la industria agrícola ha

convertido en arrozales. Acá, y allá una red de canales que se llenaban en la alta marea, algunas aldeas miserables, cuyas cabañas de bambú estaban cubiertas de barro amarillo, dos o tres campos de trigo en terrenos levantados y al abrigo de las aguas: tal era el espectáculo que tenía delante. Por los estrechos senderos de aquellos campos se veían gran número de perros, de cabritillos blancos, de patos y de gansos que huían cuando alguno pasaba junto a ellos y turbaba sus juegos.

Aquella campiña recientemente cultivada, cuyo aspecto no podía admirar a un indígena, habría atraído sin embargo la atención y quizá suscitado la repulsión de un extranjero. En efecto, por todas partes se veían ataúdes a centenares. Prescindiendo de los montecillos que cubrían definitivamente los cadáveres allí enterrados, por todos lados se veían pilas de cajas oblongas, pirámides de ataúdes colocados como los ladrillos dispuestos para la construcción de un edificio. La llanura china, en las inmediaciones de las ciudades, no es mas que un vasto cementerio. Los muertos cubren el territorio lo mismo que los vivos. Se dice que está prohibido enterrar los ataúdes mientras una dinastía ocupe el trono del Hijo del Cielo, y dinastías que duran siglos. Sea verdadera o falsa esta prohibición, lo cierto es que los cadáveres tendidos en sus ataúdes, pintados de vivos colores u oscuros y modestos los unos nuevos y los otros ya deteriorados, esperan durante años el día de la sepultura.

Kin-Fo no podía extrañar aquel estado de cosas y por otra parte caminaba como un hombre que no mira nada de lo que le rodea, sin que atrajesen siquiera su atención dos

hombres vestidos a la europea que le habían seguido desde su salida del Yamen y que no lo perdían de vista manteniéndose a cierta distancia, siguiendo a Kin-Fo cuando andaba y, deteniéndose cuando se detenía. A veces se dirigían mutuamente una mirada, o dos o tres palabras, y era indudable que estaban allí para espiar a Kin-Fo. Eran de mediana estatura, de treinta años de edad, ágiles y parecían dos perros de ojos vivos y piernas ligeras.

Kin-Fo, después de haber andado como una legua por el campo, volvió pies atrás hacia las orillas del Huang-Pu.

Los dos sabuesos le siguieron.

Kin-Fo al volver encontró dos o tres mendigos del aspecto más miserable y les dio limosna.

Luego se cruzaron por su camino algunas mujeres chinas cristianas, de esas que han sido educadas para este oficio piadoso por las hermanas de la caridad francesa Llevaba cada a una un cuévano a la espalda y en él conducían a la Inclusa pobres niños abandonados. Se ha llamado, con justicia, a estas mujeres las *traperas de niños*; y, en efecto, estos desgraciados no son mas que trapos humanos arrojados a la calle.

Kin-Fo vació su bolsa en la mano de una de aquellas caritativas hermanas.

Los dos extranjeros parecieron muy sorprendidos de aquel acto por parte de un chino.

Llegó la noche; Kin-Fo, de regreso a Shanghai, tomó el camino del muelle.

La población flotante todavía no se había, entregado al sueño y por todas partes se oían gritos y cánticos.

Kin-Fo escuchó; tenía curiosidad de saber cuales serían las últimas palabras que había de oír.

Una joven tankadera, que conducía su sampán a través de las oscuras aguas del Huang-Pu, cantaba de esta manera:

Mi barca de colores.
Está adornada.
De mil y cien mil flores.
En enramada.
No te detengas:
Dios abrevie el camino.
Por donde vengas.

- Esa vendrá quizá mañana; ¿y dónde estaré yo mañana? Pensó Kin-Fo, moviendo la cabeza.

La joven tankadera volvió a cantar:

Ausentóse, y mi mente
Se le imagina
Allá entre los manchúes
Fuera de China.
¡Ay qué tormento
Cuando le vi una noche
Salir del puerto!

Kin-Fo siguió escuchando, pero esta vez no dijo nada.

La tankadera continuó:

¿Quién correr te obliga

Tras la fortuna
Cuando brilla en el cielo
De amor la luna?
Deja ilusiones:
Ven, que nos echo el bonzo
Las bendiciones.

- Sí, murmuró Kin-Fo: tal vez la riqueza no es el todo en este mundo; pero la vida no vale la pena de probarlo.

- Media hora después Kin-Fo, entró en su casa.

Los dos extranjeros, que lo habían seguido hasta allí, tuvieron que detenerse.

Kin-Fo tranquilamente se dirigió hacia el kiosco de la Larga vida, abrió la puerta, la volvió a cerrar y se halló solo en una salita, iluminada por la luz tenue de un farol de cristal esmerilado.

Sobre una mesa, hecha de un solo trozo de porcelana, es hallaba un cofrecito que contenía algunos granos de opio, mezclados con un veneno mortal, cofrecito que Kin-Fo tenía siempre a mano para algún caso extremo.

Tomó dos de aquellos granos, los introdujo en una de esas pipas de barro rojo que usan habitualmente los fumadores de opio y después se dispuso a encenderla.

-¡Y ni una sola emoción, exclamó en el momento de dormirme para no despertar jamás!

Vaciló un instante.

- No, dijo, arrojando la pipa que se rompió en el suelo; quiero tener esa suprema emoción, aunque no sea más que

la de la incertidumbre del momento de la muerte... la quiero y la tendré.

Salió del kiosco y, con paso mas apresurado que de ordinario, se dirigió al cuarto de Wang.

CAPÍTULO VIII

Donde Kin-Fo hace a Wang una proposición seria y Wang la acepta no menos seriamente.

El filósofo no es había todo todavía. Tendido sobre un diván, leía el último número de *La Gaceta de Pekín*. Sus cejas estaban fruncidas, lo cual indicaba que el periódico dirigía algunos cumplimientos a la dinastía reinante de los Tsin.

Kin-Fo empujó la puerta, entró en el cuarto, se arrojó sobre un sillón y, sin mas preámbulo, dijo:

- Wang, vengo a pedirte un favor.

-¡Diez mil que quieras! Respondió el filósofo, arrojando el periódico oficial. Habla, habla, hijo mío, habla sin temor. Cualquiera que sea ese favor, yo te lo otorgo de antemano.

- El que espero de ti, dijo Kin-Fo, es de ellos que un amigo no puede hacer más que una vez. Cuando me lo hayas hecho, te perdono los 9999 restantes, y añado que no debes esperar que te de las gracias.

- El más hábil explicador de las cosas inexplicables, no te entendería. ¿De qué se trata?

- Wang, dijo Kin-Fo, estoy arruinado.

-¡Ah! Exclamó el filósofo, con el tono de un hombre a quien dan una noticia que considera más bien buena que mala.

- La carta que he encontrado a mi vuelta de Canton, añadió Kin-Fo, me comunica la noticia que el Banco Central de California ha quebrado. Fuera de este yamen y de unos 1000 duros con los cuales podría vivir uno o dos meses, no me queda nada.

-¿Es decir, preguntó Wang, después de haber mirado fijamente a su discípulo, es decir, que la persona que me habla no es ya el rico Kin-Fo?

- No: es el pobre Kin-Fo, a quien por lo demás no asusta la pobreza.

- Bien respondido, hijo mío, dijo el filósofo levantándose. Esa respuesta me indica que no he perdido el tiempo, ni el trabajo en enseñarte filosofía. Hasta aquí habías vegetado sin gustos, sin pasiones, sin luchas; de aquí en adelante vas a vivir. El porvenir ha cambiado, pero ¿qué importa? Confucio y el Talmud dicen que nunca suceden tantas desgracias como las que se temen. Vamos, en fin, a ganar nuestro arroz de cada día. El Nun-Shum nos lo enseña: en la vida hay altos y bajos; la rueda de la fortuna da vueltas sin cesar, y el viento de la primavera es variable. Seas rico o pobre, aprende a cumplir con tu deber. ¡Marchemos!

Y, en efecto, Wang, como filósofo práctico, estaba dispuesto a salir de la suntuosa habitación.

Kin-Fo le detuvo.

Ya he dicho que la pobreza no me espanta; pero, añado, que es porque no estoy dispuesto a sufrirla.

-¡Ah! Dijo Wang; entonces quieres...

- Morir.

-¡Morir! Respondió tranquilamente el filósofo. El hombre que está decidido quitarse la ida, no dice nada a nadie.

- Ya me la habría quitado, repuso Kin-Fo con una calma que no cedía en nada a la del filósofo, si no hubiese querido que mi muerte me causara por lo menos una primera y última emoción. Por eso cuando iba a fumar uno de esos granos de opio que tú sabes, mi corazón palpitaba con tanta tranquilidad, que he arrojado el veneno y he venido a buscarte.

- Querrás, sin duda, que muramos juntos, respondió Wang sonriéndose.

- No, dijo Kin-Fo necesito que vivas.

-¿Para qué?

- Para que me mates con tu propia mano.

Al oír esta proposición inesperada, Wang se quedó tan tranquilo como siempre; pero Kin-Fo, que le miraba bien a la cara vio brillar un relámpago en sus ojos.

¿Se despertaba en él el instinto de los Tai-Ping? ¿Cómo no vacilaba en encargarse de la comisión que le daba su discípulo? ¿Habrían pasado por él dieciocho años sin extinguir los instintos sanguinarios de su juventud? ¿No tendría inconveniente en matar al hijo del que le había dado asilo? ¿Aceptaría sin vacilar el encargo de librarle de la existencia? Wang el filósofo, ¿haría una cosa semejante?

Pero aquel relámpago se apagó al momento. Wang recobró su fisonomía ordinaria de hombre modesto, un poco, quizá, mas serio que de costumbre.

Volvió a sentarse, y dijo:

-¿Es ese el servicio que me pedías?

- Sí, dijo Kin-Fo; y con este servicio habrás recompensado todo lo que puedas creer que debes a Chung-Heu y a su hijo.

-¿Qué debo hacer? Preguntó sencillamente el filósofo.

- De aquí al 25 de junio, día de la sexta luna, en que cumpliré 31 años, debo haber cesado de vivir. Quiero que me mates por delante o por detrás; de día o de noche; no importa donde ni cómo; de pie, sentado, acostado, despierto, dormido, por medio del hierro o por medio del veneno. Quiero que en cada uno de los 80.000 minutos que medían hasta ese día, o, lo que es lo mismo, de los 55 días que faltan hasta el 25 de junio, tenga yo el pensamiento, o quizá el temor, de que mi vida va concluir bruscamente. Quiero tener esas ochenta mil emociones, de suerte que, en el momento en que es separen los siete elementos de mi alma, pueda exclamar: -¡Al fin he vivido!

Kin-Fo, contra su costumbre, había hablado cierta animación. Había fijado en seis días de expirar el plazo de su póliza el límite extremo de su existencia; y era obrar como hombre prudente, porque, si no pagaba el nuevo plazo perderían sus herederos el derecho a los beneficios del seguro.

El filósofo lo había escuchado gravemente, dirigiendo a hurtadillas una rápida mirada al del rey Tai-Ping que adornaba su cuarto, retrato que debía heredar, cosa que ignoraba todavía.

-¿No retrocederás ante la obligación que vas a tomar de matarme? Preguntó Kin-Fo.

Wang, con un gesto, indicó que no retrocedería. ¡Había visto morir a tantos cuando militaba bajo las banderas de los Tai-Ping! Pero, queriendo apurar todas las objeciones antes de comprometerse, añadió:

- Entonces renuncias a la probabilidad que el adivino te anunció de llegar a una extrema vejez.

- Renuncio.

-¿Sin sentimiento?

- Sin sentimiento, respondió Kin-Fo. ¡Vivir viejo, parecerse a un trozo de madera carcomido! Aunque fuera rico, no lo desearía; ¿cómo quieres que lo desee pobre?

-¿Y la viudita de Pekín? Dijo Wang. ¿Olvidas el proverbio? La flor con la flor, el sauce con el sauce. La inteligencia de dos corazones forma una primavera de cien años.

- Sí, y trescientos años de otoño, de verano y de invierno, respondió Kin-Fo, encogiéndose de hombros. No: Le-u, pobre, sería desgraciada conmigo. Por el contrario, mi muerte le asegura la riqueza.

-¿Le has asegurado la riqueza?

- Sí, y a ti mismo, Wang, tú tendrás 50.000 duros el día que yo muera.

- ¡Ah! Dijo lacónicamente el filósofo: tienes respuesta para todo.

- Para todo; hasta para una objeción que no me has hecho todavía.

-¿Cuál?

- El peligro que podrías correr, después de mi muerte, de ser perseguido por asesinato.

-¡Oh! Dijo Wang; sólo los torpes, los cobardes se dejan prender. Por otra parte, ¿qué mérito habría en ese último servicio, si no me arriesgase a nada?

- Pero no quiero que te arriesgues, Wang. Prefiero darte la seguridad que nadie pensará en molestarte.

Y, diciendo esto, Kin-Fo, se acercó a una mesa, tomó un pliego de papel, y, con letra clara, trazó las líneas siguientes:

“Me he dado la muerte voluntariamente, por disgusto y cansancio de la vida.”

“Kin-Fo”

Y entregó el papel a Wang.

El filósofo le leyó al principio para sí; después le leyó de nuevo en alta voz, y, por último, le dobló cuidadosamente y le puso en un cuaderno de notas que llevaba siempre consigo.

Durante este tiempo, su mirada se iluminó con otro relámpago.

-¿En fin, dijo, mirando fijamente a su discípulo, ¿hablas verdaderamente en serio?

- Y muy en serio.

- Pues yo también.

-¿Tengo tu palabra?

- La tienes.

-¿Es decir que antes del 25 de junio, lo más tarde, habrás cesado de vivir?

- No sé si habrás cesado de vivir, en el sentido que tú lo entiendes, respondió gravemente el filósofo; pero, de seguro, habrás muerto.

- Gracias. Adiós, Wang.

- Adiós Kin-Fo.

Con esto, Kin-Fo salió tranquilamente del cuarto del filósofo.

CAPÍTULO IX

Cuya conclusión, por singular que sea, no sorprenderá quizá al lector.

-¿Qué hay, señores? Preguntó al día siguiente, por la mañana, el ilustre William J. Bidulph, a los señores Craig y Fry, agentes especialmente encargados de vigilar al nuevo cliente de la *Centenaria*.

- Le seguimos ayer, dijo Craig, durante todo el largo paseo que dio por la campiña de Shanghai.

- No parecía llevar intención ninguna de matarse, añadió Fry.

- Cuando llegó la noche, le escoltamos hasta su puerta.

- Por desgracia, no pudimos entrar.

-¿Y esta mañana? Preguntó William J. Bidulph.

- Hemos sabido que estaba tan firme...

- Como el puente de Palikao, añadió Fry.

Los agentes Craig y Fry, dos norteamericanos de pura sangre, dos primos al servicio de la *Centenaria*, no formaban más que un ser en dos personas. Era imposible estar más identificado uno con otro, que estaban estos dos personajes, hasta el punto, que el uno concluía invariablemente las frases

que el otro había comenzado. Tenían el mismo cerebro, el mismo pensamiento, el mismo corazón, el mismo estómago, la misma manera de proceder en todo; eran cuatro manos, cuatro brazos, cuatro piernas y dos cuerpos fusionados; en una palabra, eran dos hermanos siameses, cuyo lazo de unión hubiera cortado algún hábil cirujano.

-¿Es decir, preguntó William J. Bidulph, que todavía no han podido ustedes penetrar en la casa?

- Todavía... dijo Craig.

- No, concluyó Fry.

- Será difícil, observó el agente principal; pero es preciso intentarlo. Se trata de que la Centenaria, no solamente gane una prima enorme, sino que no pierda 200.000 duros. Así, pues, tenemos dos meses de vigilancia y quizá más si nuestro cliente renueva la póliza.

- Hay un criado... dijo Craig.

- Qué quizá podrá servirnos, añadió Fry.

- Para saber todo lo que pasa... continuó Craig.

- En la casa de Shanghai, concluyó Fry.

- Bien, dijo William J, Bidulph, seduciremos al criado. Cómprenle ustedes; debe gustarle la música de los taeles, y taeles no faltarán, y aunque tengan ustedes que apurar las tres mil fórmulas de cortesía, que tiene la etiqueta china, apúrenlas. Su trabajo no quedará sin recompensa.

- Haremos... dijo Craig.

- Lo posible, añadió Fry.

Y véase porque razón Graig y Fry trataron de ponerse en relación con Sun. Ahora bien, Sun no era hombre que pu-

diese resistir al atractivo seductor de los taeles, ni tampoco a la oferta cortés de algunas copas de licores americanos.

Graig y Fry supieron, pues, por Sun, todo lo que tenían que saber, lo cual se reducía a esto:

¿Había cambiado Kin-Fo en algo su manera de vivir?

No; el único cambio que se notaba, era que no castigaba a su fiel lacayo; que las tijeras estaban quietas, con gran ventaja de su trenza, y que el róten se veía caer con menos frecuencia sobre sus espaldas.

¿Tenía Kin-Fo a su disposición alguna arma destructora?

Tampoco, porque no pertenecía a la respetable clase de los aficionados de esos instrumentos de muerte.

¿Qué tomaba en sus comidas?

Algunos platos, sencillamente preparados, que en nada se parecían a los que confecciona la fantástica cocina de los chinos.

¿A qué hora se levantaba?

A la quinta víspera, al salir el alba, al canto del gallo.

¿Se acostaba pronto?

A la segunda víspera, según la costumbre que siempre le había conocido Sun.

¿Parecía triste, pensativo, aburrido, cansado de la vida?

No era realmente un hombre alegre. Sin embargo, desde hacía unos cuantos días, parecía complacerse algo más que antes en las cosas de este mundo. Sí: Sun le hallaba menos indiferente; parecía esperar alguna cosa; pero no le había sido posible saber que era lo que esperaba.

¿Tenía alguna sustancia venenosa de que poder echar mano?

No era probable, porque aquella misma mañana había arrojado, por orden suya, al Huang-Pu una docena de globulillos, que debían ser cosa mala.

A la verdad, en esto no había nada que pudiera alarmar al agente principal de la Centenaria. No: jamás había parecido más contento con la vida el rico Kin-Fo, cuya situación no era conocida de nadie, más que de Wang. De todos modos, Craig y Fry continuaron informándole en sus paseos, porque era muy posible que no quisiera atentar a su vida en su propia casa. Así continuaron por algún tiempo; ellos siguiendo a Kin-Fo, y Sun hablando con tanto más abandono, cuanto que tenía mucho que ganar con la conversación de personas tan amables.

Sería exagerar demasiado decir que el héroe de esta historia se interesaba más en vivir desde que había resuelto quitarse la vida; pero, durante los primeros días a lo menos, no se vio defraudada su esperanza de tener frecuentes emociones. Se había puesto una espada de Damocles, suspendida precisamente encima de su cabeza, y aquella espada debía, un día u otro, romperle el cráneo. ¿Sería aquel día? ¿Sería el siguiente? ¿Sería por la mañana? ¿Sería por la tarde? Sobre todos estos puntos había dudas, y de aquí las emociones de su corazón, nuevas para él.

Desde su última conversación, Wang y Kin-Fo se veían poco. El filósofo, o salía de casa con más frecuencia que antes, o permanecía encerrado en su cuarto. Kin-Fo no iba a buscarle; no era éste su papel; ignoraba en que pasaba Wang el tiempo. Quizá estaba ocupado en prepararle una emboscada. Un antiguo Tai-Ping debería tener muchas maneras de

despachar hombres. De aquí la curiosidad de Kin-Fo y, por consecuencia, un nuevo elemento de emociones.

Sin embargo, el maestro y el discípulo se encontraban casi diariamente a la misma mesa. Inútil es decir que no se hacía ninguna alusión a su situación futura de asesino y asesinado. Hablaban de cosas indiferentes, pero poco Wang, más serio que de costumbre, apartaba de Kin-Fo sus ojos, imperfectamente ocultos detrás del vidrio de sus gafas, y no conseguía disimular su estado de meditación constante. Su buen humor, que le hacía antes tan comunicativo, había desaparecido y se había puesto triste y taciturno. Su apetito, tan bueno en otro tiempo como él de todo filósofo que tiene buen estómago, había desaparecido también; no excitaban su interés los manjares delicados, ni le seducía el vino de Chao-Chin.

En todo caso, Kin-Fo procuraba tranquilizarle. Comía el primero de toda les platos y se creía obligado a no dejar retirar ninguno, sin haberlo probado, a lo menos. Consecuencia de esto era que Kin-Fo comía más que de ordinario, que su paladar gastado experimentaba algunas sensaciones, que tenía buen apetito y digería fácilmente. De seguro, el veneno no debía ser el arma elegida por el antiguo asesino Tai-Ping; pero su víctima no debía descuidarse en nada. Por lo demás, Kin-Fo daba a Wang toda clase de facilidades para consumar su obra; la puerta de su habitación estaba siempre abierta y el filósofo podía entrar día y noche a herirle, despierto o durmiendo. Sólo pedía una cosa, y era que su mano fuese rápida y le hiriese en el corazón.

Pero nada sucedió, y, después de las primeras noches, Kin-Fo se había habituado a esperar el golpe fatal, de tal suerte que dormía con el sueño del justo, y todas las mañanas se despertaba sano y salvo. Aquello no podía continuar así. Ocurrióle que quizá repugnaba a Wang herirle en aquella casa donde tan hospitalariamente había sido recibido y resolvió quitarle ese escrúpulo. Para ello, se dio a pasear por el campo, buscando los sitios más solitarios, hallándose, hasta la cuarta víspera en los barrios de peor fama de Shanghai, verdaderos antros de malhechores, donde se cometen, todas las noches, asesinatos, con perfecta seguridad. Vagaba por aquellas calles estrechas y oscuras, tropezando con los borrachos de todas las naciones, sólo, en las últimas horas de la noche, cuando los vendedores de pastillas de opio gritaban *mantú, mantú,* haciendo resonar su campanilla para avisar a los fumadores. No volvía a su casa sino al amanecer, y volvía salvo y vivo, sin haber visto siquiera a los dos inseparables Craig y Fry, que le seguían obstinadamente, prontos a socorrerle en caso de necesidad. Si las cosas continuaban de esa manera, Kin-Fo acabaría por acostumbrarse a su nueva existencia y no tardaría en volver a su habitual aburrimiento.

¡Cuántas horas pasaban ya, sin que le ocurriera la idea que era un sentenciado a muerte!

Sin embargo, un día, el 12 de mayo, la casualidad le proporcionó alguna emoción. Al entrar, sin hacer ruido, en el cuarto del filósofo, le vio que probaba, con la yema del dedo, la punta afilada de un puñal, y que, enseguida le introducía en un frasco de cristal azul, de apariencia sospechosa.

Wang no había oído entrar a su discípulo, y, después que hubo humedecido el puñal, le blandió a un lado y a otro, como para cerciorarse que tenía bien segura la mano. A la verdad, su fisonomía no era tranquilizadora; en aquel momento, parecía que se le había agolpado la sangre a los ojos.

- Hoy me mata, dijo para sí Kin-Fo.

Y se retiró discretamente, sin haber sido visto, ni oído.

En todo aquel día no salió de su cuarto... pero el filósofo no se presentó.

Kin-Fo se acostó; pero, a la mañana siguiente, tuvo que levantarse tan vivo, como puede estarlo un hombre bien constituido.

¡Cuantas emociones para nada!

Aquello iba siendo ya insoportable.

Diez días habían transcurrido ya. Es verdad que Wang tenía dos meses para cumplir su palabra.

- Decididamente, es un holgazán, dijo Kin-Fo. Le he dado dos veces más tiempo del que necesita.

Y pensó que el antiguo Tai-Ping se había debilitado, en cierto modo, a consecuencia de las delicias de Shanghai.

Desde aquel día, sin embargo, Wang pareció más agitado. Iba y venía por el yamen, sin poder estar quieto en ningún sitio. Observó que el filósofo hacía visitas reiteradas al salón de los antepasados, donde estaba el precioso ataúd procedente de Liao-Chen y supo por Sun no sin interés, que Wang había recomendado mucho a los criados que frotaran, cepillaran y quitaran bien el polvo a aquel mueble; en una palabra, que le tuvieran en buen estado de servicio.

-¡Qué bien estará mi amo ahí! Añadió el fiel servidor; casi da envidia de probarlo.

Observación que valió a Sun una pequeña señal de benevolencia.

Así pasaron los días 13, 14 y 15 de mayo sin que ocurriera nada de nuevo.

¿Pensaba Wang aguardar al último día del plazo y no pagar su deuda sino como un comerciante, al vencimiento y sin anticiparse? Pero entonces no había sorpresa y, por consiguiente, no había emoción.

Un hecho muy significativo llegó a noticia de Kin-Fo en la mañana del 15 de mayo, en el momento del mao-che, es decir, hacia las seis de la mañana.

La noche había sido mala, y Kin-Fo, al despertar, se hallaba todavía bajo la impresión de un sueño desagradable.

El príncipe Yen, soberano juez del infierno chino, acababa de condonarlo a no presentarse delante de él hasta que pasaran 1.200 lunas sobre el horizonte del Celeste Imperio. ¡Es decir, que tenía que vivir todavía un siglo!

Kin-Fo estaba, pues, de muy mal humor, porque parecía que todo conspiraba contra él. Así recibió de muy mal modo a Sun, cuando acudió, como de ordinario, para ayudarle a vestir.

-¡Vete al diablo! Exclamó. ¡Qué te sirvan de salario diez mil puntapiés animal!

- Pero amo mío...

- Vete.

- No puedo irme, dijo Sun, hasta que mi amo sepa...

-¿Qué?

- Que el señor Wang...

-¡Wang! ¿Qué ha hecho Wang? Preguntó vivamente Kin-Fo, asiendo a Sun por la coleta. ¿Qué ha hecho?

- Mi amo, respondió Sun, el señor Wang nos ha dado orden de trasladar el ataúd del amo al pabellón de la Larga Vida...

-¿Ha dado en orden? Exclamó Kin-Fo, radiante de alegría. Anda, Sun; anda amigo mío, toma diez taeles para ti y que ejecuten en todas sus partes las órdenes de Wang.

Con esto, Sun se separó de su amo, totalmente aturdido y repitiendo:

- Decididamente, ni amo está loco; pero, a lo menos, tiene la locura generosa.

Aquella vez, no había duda para Kin-Fo. El Tai-Ping quería herirlo en el pabellón de la Larga Vida, donde él mismo había querido morir. Era como una cita que le daba; no faltaría a ella; la catástrofe era inminente.

¡Cuán largo le pareció aquel día! El agua de los relojes no parecía correr con su movimiento normal. Las agujas se detenían en sus discos de porcelana. Al fin, la primera víspera dejó desaparecer el sol bajo el horizonte y la oscuridad invadió todo el yamen.

Kin-Fo pasó a instalarse en el pabellón del cual esperaba no salir vivo y se tendió en un blando diván, que parecía hecho para los largos descansos. Allí esperó el golpe que debía herirle.

Entonces acudieron a su memoria los recuerdes de su inútil existencia, su disgusto, su aburrimiento, todo lo que la

riqueza no había podido vencer, todo lo que la pobreza habría acrecentado.

Un solo resplandor iluminaba aquella vida, que, en su período de opulencia, no había tenido atractivos para Kin-Fo, y era el afecto que tenía a la joven viuda. Aquel afecto hacía palpitar su corazón en el momento de dejar la vida. Pero nunca haría a la pobre Le-u desgraciada, obligándola a participar de su miseria.

La cuarta víspera, la que precede al nacimiento del alba y durante la cual parece que la vida universal está como suspendida, transcurrió, para Kin-Fo, entre las más vivas emociones. Escuchaba ansiadamente; sus miradas querían penetrar la oscuridad; sus oídos trataban de sorprender el menor ruido, y, más de una vez, creyó oír gemir la puerta, empujada por una mano cautelosa; sin duda, Wang esperaba encontrarle dormido y herirle durante su sueño.

Y, entonces, se verificaba en él una especie de reacción. Temía y deseaba, al mismo tiempo, la terrible aparición del Tai-Ping.

El alba blanqueó la altura del cenit al entrar la quinta víspera y el día se fue presentando lentamente.

De pronto, se abrió la puerta del salón.

Kin-Fo se levantó, habiendo vivido en este último segundo más que durante su vida entera.

Sun era el que había entrado y llevaba una carta en la mano.

- Muy urgente, dijo el criado.

Kin-Fo tuvo como un presentimiento. Tomó la carta, que llevaba el sello de San Francisco, rompió el sobre, la leyó rápidamente y, lanzándose
fuera del pabellón de la Larga Vida, exclamó:

-¡Wang, Wang!

En un instante, llegó al cuarto del filósofo y abrió bruscamente la puerta.

Wang no estaba allí. No había dormido en la casa, y cuando los criados, excitados por los gritos de Kin-Fo, hubieron registrado todo el yamen, quedó demostrado, que Wang había desaparecido sin que nadie le viera y sin dejar noticias suyas.

CAPÍTULO X

En el cual Craig y Fry son presentados oficialmente al nuevo cliente de la "Centenaria"

- Sí, señor Bidulph; una simple maniobra de bolsa, un golpe a la americana, dijo Kin-Fo al agente principal de la compañía de seguros.

El ilustre William J. Bidulph se sonrió como muy inteligente en estos asuntos.

- Bien hecha estuvo la jugada, dijo, porque todo el mundo cayó en el lazo.

- Incluso mi corresponsal, respondió Kin-Fo. La suspensión de pagos era falsa, falsa la quiebra y falsa la noticia. Ocho días después, las cajas estaban abiertas para pagar a todo el mundo; las acciones, que habían bajado un 80 por 100, habían sido vueltas a comprar a más bajo precio por el Banco Central; y cuando es preguntó al director cuanto tocaría a los interesados percibir en la quiebra, contestó con aire amable: 175 por 100. Esto es lo que me ha escrito mi corresponsal en la carta que he recibido esta mañana misma en el momento en que creyéndome arruinado...

-¿Iba usted a atentar contra su vida? Preguntó William J. Bidulph.

- No, señor, respondió Kin-Fo, iba probablemente a ser asesinado.

-¡Asesinado!

- Con autorización mía escrita, asesinato convenido, jurado, y que les hubiera costado a ustedes...

- Doscientos mil duros, añadió William J. Bidulph, pues que estaban asegurados todos los casos de muerte. ¡Ah, señor Kin-Fo! Mucho hubiéramos sentido la muerte de usted.

-¿Por el capital?

-Y también por los intereses.

William J. Bidulph tomó la mano de su cliente y la sacudió cordialmente a la americana.

-Pero, no comprendo...

-Va usted comprenderlo, dijo Kin-Fo.

Y entonces le refirió la especie de compromiso que mediaba entre él y un hombre en quien debía tener toda su confianza. Citó los términos de la carta que aquel hombre tenía en su bolsillo y que lo ponía a cubierto de toda persecución, garantizándole la impunidad. Pero había una cosa grave, y era que aquel hombre no hacía una promesa sin cumplirla y sostendría la palabra que había dado.

-¿Ese hombre es un amigo? Preguntó el agente principal.

- Sí, señor, respondió Kin-Fo.

- Y entonces por amistad...

- Por amistad, ¿quién sabe? Tal vez por cálculo, porque le hice asegurar 50.000 duros a mi muerte.

-¡Cincuenta mil duros! Exclamó William J. Bidulph; entonces es el señor Wang.

- Él mismo.

-¡Un filósofo! Jamás consentirá...

Kin-Fo iba a responder:

- Ese filósofo es un antiguo Tai-Ping. Durante la mitad de su vida ha cometido más asesinatos de los que bastarían para arruinar a la *Centenaria* si todos los asesinados hubieran sido clientes suyos. Desde hace dieciocho años ha sabido poner freno a sus instintos feroces; pero hoy, cuando se le ofrece la ocasión y me cree arruinado y decidido a morir, y cuando, por otra parte, sabe que con mi muerte gana un capital bastante regular, no vacilará...

Pero no dijo nada de esto porque hubiera sido comprometer a Wang, a quien William J. Bidulph no hubiera dejado de denunciar al gobernador de la provincia como antiguo Tai-Ping. Aquella confesión hubiera salvado a Kin-Fo, sin duda ninguna, pero hubiera perdido al filósofo.

- Pues bien, dijo el agente de la compañía de seguros, no hay mas que hacer que una cosa muy sencilla.

- ¿Cuál?

- Avisar al señor Wang que queda deshecho el trato y recobrar esa carta importante que tiene en su poder.

- Eso es más fácil de decir que de hacer, contestó Kin-Fo, porque Wang ha desaparecido desde ayer y nadie sabe donde está.

-¡Hum! Dijo elegante principal, perplejo.

Después, mirando atentamente al asegurado, preguntó:

-¿Y ahora, amigo mío, tiene usted todavía ganas de morir?

-¡Pardiez! No, señor, respondió Kin-Fo. La maniobra del Banco Central de California ha duplicado mi caudal, y lo que voy a hacer ahora es casarme. Pero no lo haré hasta haber encontrado a Wang o hasta que haya transcurrido el plazo convenido entre los dos.

-¿Y cuándo concluye?

- El 25 de junio del presente año. Hasta entonces la Centenaria corre mucho peligro, y ésta es la que debe adoptar sus medidas para evitarlo

-Y para encontrar al filósofo, respondió el ilustre William J. Bidulph.

- Paseóse el agente por algunos instantes con las manos cruzadas a la espalda y luego dijo:

-Pues bien, lo encontraremos. Daremos con ese amigo, tan especial, que sirve para todo, aunque estuviese oculto en las entrañas de la tierra. Hasta entonces defenderemos a usted contra toda tentativa de asesinato, como ya le defendimos contra toda tentativa de suicidio.

-¿Qué quiere usted decir? Preguntó Kin-Fo.

- Que, desde el 30 de abril en que firmó usted la póliza del seguro, han seguido sus pasos dos agentes míos observando cuanto usted hacía y espiando todos su movimientos.

- No lo he notado.

-¡Oh! Son personas muy discretas. Pido a usted permiso para presentárselas, ya que no tienen que ocultar sus acciones sino respecto del señor Wang.

- Los veré con mucho gusto, respondió Kin-Fo.

- Craig y Fry deben estar ahí, puesto que usted está aquí.

Y William J. Bidulph gritó:

-¡Craig-Fry!

Craig y Fry se hallaban detrás de la puerta del gabinete particular. Habían seguido la pista cliente de la *Centenaria* hasta su entrada en las oficinas y le esperaban a la salida.

- Craig-Fry, dijo entonces el agente principal ya no tienen ustedes que defender a su precioso cliente contra sí mismo; pero es preciso que lo defiendan durante toda la duración de su póliza contra un amigo suyo, contra el filósofo Wang, que se ha comprometido a asesinarle.

Aquí los dos inseparables fueron puestos al corriente de la situación; la comprendieron y aceptaron. El rico Kin-Fo les pertenecía y no podría tener servidores más fieles.

¿Qué partido tomar?

Había dos cosas que hacer, como observó el agente principal: o mantenerse cuidadosamente en la casa de Shanghai, de suerte que Wang no pudiera entrar en ella sin que Fry y Craig supieran, o buscar por todos los medios al susodicho Wang y recogerle la carta, que debía ser tenida por nula y de ningún valor.

- El primer partido es inútil, respondió Kin-Fo, Wang sabría llegar huta mí sin ser visto, pues que mi casa es la suya. Es preciso, pues, encontrarle a toda costa.

- Tiene usted razón, dijo William J. Bidulph. Lo más seguro es buscar a Wang. Le buscaremos y le encontraremos.

- Muerto o... dijo Craig.

- Vivo, añadió Fry.

- No, vivo, exclamó Kin-Fo; no quiero que Wang se encuentre por un instante en peligro por causa mía.

- Craig y Fry, añadió William J. Bidulph, ustedes me responden de nuestro cliente durante setenta y siete días. Hasta el 30 de junio próximo, el señor Kin-Fo vale, para nosotros, 200.000 duros.

Con esto el cliente y el agente principa1 de la *Centenaria* se despidieron uno de otro, y, diez minutos después, Kin-Fo, escoltado por sus dos guardias de corps, que no debían ya abandonarle un momento, volvió a entrar en el yamen.

Cuando Sun vio a Craig y Fry, oficialmente instalados en la casa, no dejó de experimentar algún disgusto, porque, no teniendo ya nada que preguntarle, ni é1 nada que responder, se había secado la fuente de los taeles. Además, su amo, tomando ya más interés en la vida, volvió a maltratar al perezoso lacayo. ¡Desgraciado Sun! ¿Qué hubiera dicho si hubiese sabido lo que le reservaba el porvenir?

El primer cuidado de Kin-Fo fue *fonografiar* a Pekín, carrera de Cha-Cua, el cambio suerte que le hacía más rico que antes. La joven oyó la voz del amante a quien creía perdido para siempre y que le volvía a decir mas ternezas: que pronto vería a su hermanita menor; que no pasaría la sétima luna sin que hubiera acudido a su lado para no separarse de ella nunca; pero que, después de no haber querido hacerla pobre, no quería tampoco correr el riesgo de dejarla viuda.

Le-u no entendió bien lo que significaba esta frase; no entendió sino que recobraba su amante y que antes de dos meses, se casarían.

Y aquel día no hubo a mujer más feliz que la joven viuda en todo el Celeste Imperio.

En efecto, se había verificado una completa reacción en las ideas de Kin-Fo, cuatro veces millonario desde la fructuosa maniobra del Banco Central californiano. Quería vivir y vivir bien; 20 días de emociones le habían transformado. Ni el mandarín Pao-Shen, ni el negociante Yin-Pang, ni Tim el vividor, ni Hual el letrado, habrían conocido en él al anfitrión indiferente que les había dado su banquete de despedida en uno de los barcos-flores del río de la Perlas. Wang, si hubiera estado allí, no habría dado crédito a sus propios ojos; pero había desaparecido sin dejar rastro ninguno, y no se presentaba en la casa de Shanghai. De aquí un gran cuidado para Kin-Fo y una ansiedad de todos los instantes pura sus dos guardias de corps.

Ocho días después, el 24 de mayo, no había ninguna noticia del filósofo, y, por consiguiente ninguna posibilidad de buscarlo. En vano Kin-Fo, Craig y Fry habían registrado los territorios concedidos a los extranjeros, los bazares, los barrios sospechosos, los alrededores de Shanghai, y en vano las más hábiles ti-paos de la policía se habían puesto en campaña. No había sido posible encontrar al filósofo.

Entretanto, Craig y Fry, cada vez mas alarmados, multiplicaban sus precauciones. Ni de día, ni de noche dejaban a su cliente. Comían a su mesa y dormían en su cuarto. Quisieron también obligarle a ponerse una cota de acero para

evitar alguna puñalada, y no comer más que huevos pasados por agua que no podían ser envenenados.

Pero Kin-Fo, bueno es decirlo, les envió a pasear, porque no veía razón para que le encerraran durante dos meses en la caja de secretos de la *Centenaria* bajo el pretexto que valía 200.000 duros.

Entonces William J. Bidulph, como hombre práctico, propuso a su cliente restituirle la prima que había pagado, y anular la póliza del seguro.

- Lo siento mucho, respondió Kin-Fo, pero el negocio está hecho, y ustedes sufrirán las consecuencias.

- Adelante, contestó el agente principal, consintiendo en lo que no podía impedir. Tiene usted razón: nunca estará usted mejor guardado que por nosotros.

- Ni a precio más barato, respondió Kin-Fo.

CAPÍTULO XI

En el cual se ve a Kin-Fo convertido en el hombre más célebre del Celeste Imperio.

Continuando Wang invisible, Kin-Fo comenzó a disgustarse de aquella vida que lo reducía a la inacción, cuando deseaba a toda costa correr tras el filósofo. ¿Pero cómo lo hubiera podido hacer cuando Wang había desaparecido sin dejar rastro de sí?

Aquella complicación no dejaba de alarmar también el agente principal de la *Centenaria*. Después de haber pensado que todo aquello no sería grave; que Wang no cumpliría su promesa; que aún en la excéntrica sociedad norteamericana no se tendrían tales caprichos, le ocurrió que nada era imposible en aquel extraño país que se llama Celeste Imperio, y en breve fue del parecer de Kin-Fo, a saber: que si no se lograba encontrar al filósofo, éste cumpliría inevitablemente la palabra que había dado. Su desaparición indicaba el proyecto de poner en ejecución el convenio en el momento en que su discípulo menos lo esperase, hiriéndole como un rayo, en el corazón, con mano rápida y segura. Hecho esto, después de haber puesto la carta sobre el cadáver de su víc-

tima, acudiría tranquilamente a las oficinas de la *Centenaria* a reclamar su parte de capital asegurado.

Era, pues, preciso avisar a Wang, y no se le podía avisar directamente.

El ilustre William J. Bidulph pensó emplear los medios indirectos por medio de la prensa. A los pocos días se enviaron anuncios a todas las gacetas chinas y telegramas a los diarios extranjeros de los dos mundos.

El Ching-Pao, gaceta oficia de Pekín, los periódicos redactados en chino, en Shanghai y en Hong Kong, y los más célebres de Europa y de las dos Américas reprodujeron muchas veces la nota siguiente:

“Se ruega al señor Wang, de Shanghai, que considere como nulo y de ningún valor e1 convenio que tiene hecho con el señor Kin-Fo, con fecha del dos de mayo último, pues que el dicho señor Kin-Fo no tiene más que un solo y único deseo, el de morir centenario”

Este extraño anuncio fue seguido en breve de este otro, mucho más práctico todavía:

“Dos mil duros, o sean 1300 taeles, a quien de noticia a William J. Bidulph, agente principal de la *Centenaria*, en Shanghai, de la residencia, actual del señor Wang, vecino de dicha ciudad”

No podía ocurrirse a nadie que el filósofo hubiera salido a viajar por el mundo durante los cincuenta y cinco días que se le habían dado para cumplir su promesa; lo probable era que estuviese oculto en los alrededores de Shanghai para

poder aprovechar cualquier ocasión, pero el ilustre William J. Bidulph cría que todas las precauciones que se tomasen, eran pocas.

Así pasaron muchos días, sin que la situación se modificase; pero los multiplicados anuncios, reproducidos bajo la forma familiar a los americanos: WANG, WANG, WANG, por una parte; KIN-FO, KIN-FO, KIN-FO, por la otra, acabaron por llamar la atención pública y excitar la risa general.

Todo el mundo se reía de estos anuncios, hasta las provincias más remotas del Celeste Imperio.

-¿Dónde está Wang?

-¿Quién ha visto a Wang?

-¿Dónde vive Wang?

-¿Qué hace Wang?

¡Wang, Wang, Wang! Gritaban los chinitos en las calles, y estas preguntas se hacían los chinos en todas partes.

Kin-Fo, el digno chino, cuyo deseo era llegar a ser centenario y que pretendía competir en longevidad con el célebre elefante que cumplía precisamente el vigésimo lustro en los imperiales establos de Pekín, no podía tardar en hallarse enteramente a la moda.

-¿Qué tal? ¿El señor Kin-Fo sigue avanzando en edad?

-¿Cómo se encuentra? ¿Hace buena digestión? ¿Le veremos vestir la túnica amarilla de la ancianidad? [3]

Con estas palabras de zumba se saludaban los mandarines civiles o militares, los negociantes en la Bolsa, los mer-

caderes en su mostradores, los hombres el pueblo en las calles y en las plazas, y los bateleros en sus ciudades flotantes.

Son muy alegres y muy cáusticos los chinos, y hay que reconocer que había materia para chistes. De aquí los dichos agudos de todas clases y hasta las caricaturas que traspasaban los muros de la vida privada.

Kin-Fo tuvo el disgusto de verse obligado a sufrir los inconvenientes de aquella celebridad singular. Llegaron hasta ponerlo en canciones con la música de Man-Chang-hung, el viento que sopla entre los sauces. Apareció también un folleto que le ponía en escena, con el título de las *Cinco vísperas del centenario*. ¡Qué título para atraer lectores y qué despacho hubo del folleto a tres zapeques el ejemplar!

Si Kin-Fo se disgustaba de todo aquel ruido que se hacia en torno de su nombre, William J. Bidulph, por el contrario, se alegraba infinito; sin embargo, Wang continuaba oculto a todas las miradas. Las cosas fueron, de este modo, tan lejos, que la situación se hizo insostenible. Si salía de casa, una comitiva inmensa de chinos de todas edades y de todos sexos lo acompañaba por las calles, por los muelles y hasta por los territorios extranjeros y por el campo. Si no salía, una multitud de grupos de gente alegre y de la peor especie se formaba en la puerta del yamen.

Todas las mañanas, tenía que salir al balcón de su cuarto, a fin de demostrar que sus cuidados no le habían tendido prematuramente en el ataúd del kiosco de la Larga Vida. Las

[3] Todo chino que llega a los ochenta años tiene derecho para llevar una túnica amarilla. El amarillo es el color de la familia imperial, y la túnica

Gacetas publicaban maliciosamente un boletín de su salud, con comentarios irónicos, como si

hubiera pertenecido a la dinastía reinante de los Tsing. En suma, había llegado a ser un personaje enteramente ridículo.

Así un día, el 31 de mayo, el desgraciado Kin-Fo visitó al ilustre William, J. Bidulph y le manifestó su intención de salir inmediatamente de Shanghai, porque estaba harto de aquella ciudad y de sus habitantes.

- Quizá nos exponemos a mayores riesgos, observó justamente el agente principal.

- Poco me importa, respondió Kin-Fo; tome usted sus precauciones.

-¿Pero dónde quiere usted ir?

- A cualquier parte.

-¿Y dónde va usted a detenerse?

- En ninguna parte.

-¿Y cuándo volverá usted?

- Nunca.

-¿Y si tengo noticias de Wang?

- Vaya Wang al diablo. ¡Qué estupidez la mía haberle dado aquella carta!

En el fondo, Kin-Fo tenía el más vivo deseo de encontrar al filósofo, porque le comenzaba a irritar profundamente que su vida estuviera en manos de otro y no podía resignarse a esperar todavía un mes en semejante situación. El cordero es convertía en perro rabioso.

---

de este color es una honra que se tributa a la ancianidad.

- Pues bien, viaje usted por donde quiera, dijo William J. Bidulph: Craig y Fry le seguirán a donde vaya.

- Como usted guste, respondió Kin-Fo; pero le prevengo que tendrán que correr.

- Correrán, amigo mío, correrán; tienen buenas piernas.

Kin-Fo entró en el yamen y, sin perder un instante, hizo sus preparativos de viaje.

Sun, con gran disgusto suyo, porque no le agradaban los viajes, debía acompañar a su amo; pero no es atrevió a hacer ninguna observación por no perder una parte de su importante coleta. En cuanto a Craig y Fry, como verdaderos norteamericanos, estaban siempre prontos a marchar, aunque fuese el fin del mundo. No hicieron más que una pregunta.

-¿Adónde?... dijo Craig.

-¿Va usted? Añadió Fry.

- Primero a Nan-King, y después al diablo.

La misma sonrisa apareció simultáneamente de los labios de Craig y de Fry. ¡Qué gusto para ambos!

¡Al diablo! Nada podía agradarles más. No necesitaban más que el tiempo preciso para despedirse del ilustre William J. Bidulph, y de ponerse un traje chino que atrajera menos la atención hacia sus personas durante el viaje a través del Celeste Imperio.

Una hora después, Craig y Fry, con sus respectivos sacos de noche y sus revólveres en el cinturón, volvieron al yamen. Al anochecer, Kin-Fo y compañeros salieron ocultamente del puerto, norteamericano y se embarcaron en el vapor que hace el servicio entre Shanghai y Nan-King La

travesía es puramente un paseo; en menos de doce horas, aprovechando el reflujo del mar, pudieron subir por el ca mino del río Azul, hasta la antigua capital de la China meridional.

Durante el trayecto, Craig y Fry se esmeraron en servir a su precioso Kin-Fo, no sin haber reconocido previamente el rostro de todos los viajeros. Conocían al filósofo. ¡Qué habitante de las tres concesiones extranjeras no conocía aquella cara bondadosa y simpática! Y se cercioraron que no había podido seguirles a bordo. Tomada esta precaución, redoblaron sus atenciones de cada instante hacia el cliente de la *Centenaria*, tocando primero con la mano los sitios en que se apoyaba, probando con el pie las pasaderas donde a veces se ponía, llevándole lejos de las chimeneas, cuyas calderas les parecían sospechosas, procurando que no se expusiera al viento frío de la noche y no se resfriara con la humedad, vigilando porque las claraboyas de su cámara estuvieran herméticamente cerradas, riñendo a Sun que nunca estaba en su puesto cuando su amo le llamaba, reemplazándole en caso de necesidad para servir el té y los bollos de la primera víspera, y, en fin, acostándose a la puerta de su cámara, vestidos y con el cinturón de salvamento a lado, prontos a socorrerle, si por explosión o colisión el vapor venia a hundirse en las profundidades del río. Pero ningún accidente ocurrió que pudiera poner a prueba el valor y la adhesión sin límites de Fry y Craig. El vapor bajó rápidamente por el Wusung, desembocó en el Yang-Tse-Kiang, o río Azul, costeó la isla de Tsang-Ming, pasó los faros de U-

sun, y, el 1º de junio, por la mañana, dejó sanos y salvos sus pasajeros en el muelle de la antigua ciudad Imperial

Gracias a los dos guardias de corps, la coleta de Sun no se había disminuido en una línea durante su viaje. El perezoso criado hubiera hecho muy mal, por consiguiente, en quejarse.

No sin motivo se había detenido Kin-Fo en Nan-King, porque allí pensaba obtener algún indicio de filósofo.

Wang, en efecto, había podido ser atraído por sus recuerdos a aquella desgraciada ciudad principal, centro de la rebelión de los Tai-Ping. ¿No había sido ocupada y defendida por un modesto maestro de escuela, por aquel temible Rong-Sien-Tsien, que llegó a ser emperador de los Tai-Ping, y tuvo por tan largo tiempo en jaque a la autoridad machú? ¿No era en esta ciudad donde había proclamado la era nueva de la Gran Paz? ¿No fue allí dónde se envenenó, en 1864, para no caer vivo en manos de sus enemigos? ¿No fue en medio de las ruinas de la ciudad incendiada, donde se sacaron sus huesos de la tumba y se arrojaron como pasto a los animales más viles? ¿Y no fue, en fin, en aquella provincia, donde fueron muertos, en tres días, cien mil antiguos compañeros de Wang?

Era, pues, posible que el filósofo, acometido de una especie de nostalgia, desde el cambio que había ocurrido en su situación, se hubiera refugiado en aquellos sitios llenos de recuerdos personales. Desde allí, en pocas horas podio volver a Shanghai para cumplir su promesa.

Por eso, Kin-Fo se había dirigido, al principio, a Nan-King, y quiso detenerse en aquella primera etapa de su

viaje. Si encontraba A Wang, todo habría concluido y saldría de aquella absurda situación, y si no lo encontraba, continuaría sus peregrinaciones por el Celeste Imperio, hasta que, pasado el plazo, no tuviera ya nada que temer de su antiguo maestro y amigo.

Acompañado de Craig y Fry, y seguido de Sun, se instaló en una fonda situada en uno de aquellos barrios medios despoblados, alrededor de los cuales se extienden, como en un desierto, las tres cuartas en partes de la antigua capita.

-Viajo con el nombre de Kin-Nan, se contentó con decir a sus compañeros, y quiero que jamás se pronuncie mi nombre verdadero bajo ningún pretexto.

- Kin... dijo Craig.

- Nan, acabó de decir Fry.

- Kin-Nan, repitió Sun.

Ya se comprenderá que Kin-Fo que quería evitar los inconvenientes de la celebridad en Shanghai, no había de pensar en arrostrarlos en su camino. Por lo demás, nada había dicho a Fry ni a Craig de la presencia posible del filósofo en Nan-King, porque aquellos agentes meticulosos hubieran desplegado un lujo de precauciones justificadas por el valor peculiar de su cliente; pero que a éste le habrían disgustado mucho. En efecto, si hubieran viajado por un país sospechoso y con un millón cada uno en el bolsillo no se habrían mostrado más prudentes; pero, al fin y al cabo, ¿no era un millón de pesetas lo que la *Centenaria* había confiado a su custodia?

El día entero se pasó en visitar los barrios, las plazas y las calles de Nan-King. De la puerta del Oeste a la del Este, del

Norte al Mediodía, fue recorrida rápidamente. Kin-Fo caminaba a paso largo, hablando poco y murmurando mucho.

No vieron ningún rostro sospechoso en los canales, frecuentados por el grueso de la población, ni en las calles, cubiertas de losas perdidas entre los escombros y ya invadidas por plantas silvestres; no se vio ningún extranjero errar bajo los pórticos de mármol medio destruidos entre los lienzos de paredes calcinadas que marcan el sitio que ocupó el palacio imperial, teatro de aquella lucha suprema, donde Wang, sin duda, había resistido hasta el último momento. Nadie trató de evitar el encuentro de nuestros visitantes, ni alrededor de yamen de los misioneros católicos a quienes los habitantes de Nan-King quisieron asesinar en 1870, ni en la fábrica de armas nuevamente construida con los indestructibles ladrillos de la célebre torre de porcelana que los Tai-Ping habían esparcido por el suelo.

Kin-Fo, que parecía incansable, continuaba caminando, seguido de sus dos acólitos también infatigables, y a mucha mas distancia por el infortunado Sun, poco acostumbrado a aquel género de ejercicio. Al fin salieron por la puerta del Este y se aventuraron por la campiña desierta.

A cierta distancia de la muralla se abría una calle de árboles interminable que tenia a uno y otro lado enormes animales de granito.

Kin-Fo la siguió con un paso más rápido todavía.

Al extremo de aquella calle había un pequeño templo y detrás se levantaba un túmulo alto como una colina bajo el cual reposaban los restos de Rong-U, el bonzo hecho emperador, uno de aquellos audaces patriotas que cinco siglos

antes habían luchado contra la dominación extranjera. ¿Habría venido el filósofo a meditar sobre aquellos gloriosos recuerdos que evocaba la tumba donde descansaba el fundador de la dinastía de los Ming?

El túmulo estaba desierto y el templo abandonado, sin mas guardias que aquellos colosos apenas bosquejados en el mármol y aquellos animales fantásticos que había a uno y otro lado de la calle.

Pero sobre la puerta del templo Kin-Fo observó, no sin emoción, algunos signos escritos por mano de hombre. Se acercó y vio estas tres letras:

W. K-F.

Wang, Kin-Fo. No había duda ninguna: el filósofo había pasado por allí últimamente.

Kin-Fo, sin decir nada, miró y buscó por todas partes... no había nadie.

Por la noche los cuatro volvieron a la posada, y a la mañana siguiente salieron de Nan-King.

CAPITULO XII

En el cual Kin-Fo, con sus dos acólitos y su criado se van por esos mundos.

¿Quién es ese viajero que corre por todos los grandes caminos fluviales o terrestres, por todo los canales y todos los ríos del Celeste Imperio? Vi continuamente sin saber el día antes donde estará al otro día; atraviesa las ciudades sin verlas y no se detiene en las fondas o en las posadas sino para dormir algunas horas, ni en las casas de comidas más que para tomar algún alimento rápidamente. No le importa el dinero; le prodiga y le gusta sin temor para activar su marcha.

No es negociante que se ocupa en sus tratos; no es un mandarín encargado por el ministro de alguna comisión urgente e importante; no es un artista que contempla las bellezas de la naturaleza; no es un letrado, ni un sabio que va en busca de antiguos documentos encerrados en los conventos de bonzos o de lamas de la antigua China; no es un estudiante que se dirige a la pagoda de los exámenes para conquistar sus grados universitarios, ni un sacerdote de Buda que corre la campiña para inspeccionar los altarcillos rústi-

cos erigidos entre las raicillas del bambonero sagrado, ni un peregrino que va a cumplir algún voto a una de las cinco montañas santas del Celeste Imperio.

Es el falso Kin-Fo acompañado de Craig y Fry siempre alerta y seguido de Sun cada vez más fatigado. Es Kin-Fo, en esa extraña disposición de ánimo que le impulsa a evitar y a buscar a la vez al invisible Wang. Es el cliente de la Centenaria que busca en el movimiento incesante el olvido de su situación y quizá una garantía contra los peligros desconocidos que está amenazado. El mejor tirador suele errar el blanco si éste se encuentra siempre en movimiento, y Kin-Fo quiere ser el blanco que no se inmoviliza jamás.

Había tomado en Nan-King uno de esos vapores americanos rápidos, grandes hoteles flotantes que hacen el servicio del río Azul. Sesenta horas después desembarcaba en Ran-Keu sin haber admirado siquiera aquella extraña roca llamada el Huerfanito que se levanta en medio de la corriente de la Yang-Tse-Kiang y que está audazmente coronada por un templo servido por los bonzos.

En Ran-Keu situada en la confluencia del río Azul y de su importante tributario el Ran-Kiang [4] no se detuvo sino medio día. Allí también había ruinas inmensas que recordaban el paso de los Tai-Ping; pero ni en aquella ciudad comercial, que a decir verdad no es más que una dependencia de la prefectura de Ran-Yang-Fu construida a la orilla derecha del afluente, ni en U-Chang-Fu, capital de la provincia de Ru-Pé, situada en la orilla derecha del río, había huellas

---

[4] En la China meridional los ríos están indicados por la terminación Kiang y en la septentrional por la terminación Ro.

del paso de Wang, ni siquiera había puesto las terribles letras que Kin-Fo había encontrado en Nan-King en la tumba del bonzo coronado.

Si Craig y Fry pensaron alguna vez que de aquel viaje por China sacarían algún provecho para conocer las costumbres o tomar alguna idea de las ciudades, pronto se desengañaron. Les hubiera faltado hasta el tiempo para tomar notas y sus impresiones habrían quedado reducidas a nombres de ciudades y aldeas y a saber a cuantos estaban del mes. Pero no eran ni curiosos, ni habladores. No conversaban jamás entre sí. ¿Para qué? Lo que Craig pensaba, lo pensaba también Fry; la conversación entre los dos habría sido un monólogo. Por consiguiente, no observaron, ni observó tampoco su cliente, la doble fisonomía que presenta la mayor parte de las ciudades chinas, muertas en el centro, pero vivas y animadas en los arrabales. Apenas en Ran-Keu notaron el barrio europeo de calles anchas y tiradas a cordel de habitaciones elegantes y de paseos sembrados de grandes árboles que se extienden a orillas del río Azul. No tenían ojos más que para ver un hombre y precisamente aquel hombre era invisible.

El vapor, gracias a la crecida que había levantado las aguas del Ran-Kuang, podía subir por este afluente hasta unas 130 leguas más o sea hasta Lav-Ro-Keu.

Kin-Fo no era hombre que abandonase aquel género de locomoción que le agradaba; al contrario, pensaba ir hasta el punto en que el Ran-Kiang cesara de ser navegable.

Craig y Fry, por su parte, preferían también navegar y hubieran deseado que se prolongara la navegación todo el

tiempo que durase el viaje, porque a bordo su cliente corría menos peligro de ser asesinado y ellos podían vigilarlo mejor. Después, cuando se encontraran en los caminos inseguros de la China central, su misión sería muy difícil.

En cuanto a Sun, estaba encantado con la vida de a bordo, porque ni tenía que dar un paso ni efectuar trabajo alguno. Su amo estaba entregado a los cuidados de Craig y Fry, y él no hacía otra cosa que dormir en un rincón, y almorzar, comer y cenar hasta saciarse.

La cocina era buena, pero Sun no se preocupaba de lo que comía, hasta el extremo de no advertir la modificación introducida en la alimentación a consecuencia del cambio de latitud en la situación geográfica de los viajeros, circunstancia que no habría dejado de llamar la atención de otra persona cualquiera que no fuese aquel sirviente tan perezoso como ignorante.

En efecto, en vez del pan de arroz sin levadura, que por cierto es bastante agradable al paladar cuando está recién sacado del horno, se les sirvió en las comidas pan de harina de trigo.

Pero, aunque casi no advirtió la diferencia del pan, Sun, como verdadero chino del sur, echó de menos el arroz habitual, ¡manejaba con tanta habilidad los palillos y eran tantos los granos que introducía con aquellos en su ancha boca!

Además, los hijos del Celeste Imperio no necesitan para alimentarse otros manjares que arroz y té.

El vapor, que continuaba subiendo por el Ran-Kiang, había entrado en la región del trigo, país de terreno mucho más quebrado que el que los viajeros dejaban tras de sí. En

el extremo del horizonte, elevábanse algunas montañas, en cuyas cimas asentábanse las fortificaciones que habían sido construidas durante la antigua dinastía de los Ming; los diques artificiales que contenían las aguas habían desaparecido ya en aquella parte, y, en su lugar, presentábanse a la vista anchas orillas que ensanchaban el lecho del río a expensas de su profundidad.

Después, el barco entró en la prefectura de Wan-Lo-Fu, donde se detuvo algunas horas, delante de los edificios de la Aduana, para proveerse de combustible.

Kin-Fo no quiso desembarcar allí; no tenía nada que hacer en aquella ciudad, que le era indiferente. Puesto que no había hallado las huellas del filósofo, su único deseo era internarse lo antes posible en la China central, donde, si no encontraba a Wang, tampoco éste podría encontrarlo a él.

Reanudada la marcha, los viajeros vieron desde el barco dos ciudades diferentes, situadas una frente a la otra: eran Fan-Cheng y la prefectura de Siang-Yang-Fu.

La primera, en la orilla izquierda, una ciudad comercial donde había gran movimiento y las gentes se dedicaban a los negocios con gran actividad. En cuanto a la segunda, que se encontraba en la margen derecha, era residencia de autoridades y más parecía muerta que viva

Después de Fan-Cheng, el río Ran-Kiang, siguiendo hacia el Norte en dirección recta, formaba, un recodo y continuaba siendo navegable hasta Lao-Ro-Keu; pero allí tuvo que detenerse el vapor por falta de agua suficiente para proseguir navegando.

En lo sucesivo, las condiciones del viaje sufrieron una gran modificación, porque fue preciso abandonar la navegación para caminar, o, por lo menos, para subsistir el suave movimiento del barco por las violentas sacudidas de los detestables vehículos que se usa en el Celeste Imperio. Iban, por consiguiente, a empezar de nuevo las fatigas, las reconvenciones y los vaivenes para el desgraciado Sun.

Y efectivamente, penosísima habría sido la tarea, si alguien se hubiera propuesto acometerla es, de seguir a Kin-Fo en aquella peregrinación fantástica de provincia en provincia y de ciudad en ciudad. Unas veces viajaba en carruaje, ¡qué carruaje! No era otra cosa que una caja cubierta con una sencilla tela que ni preservaba de la lluvia ni de los rayos del sol, fija, sobre un eje de dos ruedas por medio de grandes clavos de hierro, arrastrada por dos mulas ingobernables que no cesaban de disparar coces. Y, otras veces, hacíase conducir tendido en una silla de manos, especie de garita suspendida entre dos largas varas de bambú, que, llevada por mulas, no cesaba de moverse de atrás hacia adelante y de uno a otro lado, pero de modo tan violento que habría hecho estallar las cuadernas de un barco.

Craig y Fry, como si fueran ayudantes de campo, cabalgaban cada uno
al lado de una portezuela del vehículo de su cliente, sobre asnos que no cesaban de cabecear y de dar tropezones balanceando a los jinetes mucha más que la silla da manos en que iba tendido Kin-Fo.

Sun, por su parte, cuando la marcha era necesariamente algo rápida, caminaba renegando y maldiciendo, pera con-

fortándose, con más frecuencia de lo conveniente, con grandes tragos de aguardiente de Kia-Lung. En tales circunstancias, el sirviente, lo mismo que el amo, cabeceaba y se balanceaba, pero sus extraños movimientos no dependían de la desigualdad del terreno. En resumen, la pequeña caravana no habría sufrido más sacudida en un mar borrascoso.

Los viajeros, jinetes sobre sendos caballos, de los que debe suponerse que serían bastante malos, entraron en Siñenfu, antigua capital del Celeste Imperio, residencia de los emperadores de la dinastía de los Tan; pero, ¡cuántas fatigas y peligros tuvieron que arrostrar antes de llegar a aquella lejana provincia del Chen-Si, cuyas interminables llanuras, áridas y desprovistas de toda vegetación, se vieron obligados a atravesar!

Los rayos insoportables del sol de junio en una latitud que es la de la España meridional, asfixiaban, y el polvo fino de los caminos, completamente abandonados, se arremolinaba formando torbellinos amarillentos, que ensuciaban el aire como si fueran una humareda malsana, y de los que salían los viajeros cubiertos de gris desde la cabeza hasta los pies. Era el país del *loes*, extraña formación geológica, peculiar del norte de China, "que ya no es tierra y que no es todavía roca, o, por mejor decir, que es una piedra que no ha tenido aún tiempo para solidificarse."

En cuanto a los peligros, eran demasiado reales en un país donde los agentes de policía tienen un miedo extraordinario al puñal de los ladrones. Si en las ciudades los ti-paos dejan a los bribones el campo libre; si en ellas los habitantes

no se aventuran a entrar de noche en ciertas calles, júzguese por esto del grado de seguridad que presentaran los caminos. Varios grupos sospechosos se detuvieron al paso de los viajeros cuando éstos entraban en una de esas estrechas cañadas abiertas profundamente entre las capas del *loes*. Pero la vista de Craig y Fry, con el revolver al cinto, había impuesto hasta entonces a los salteadores. Sin embargo, los agentes de la *Centenaria* experimentaron en más de una ocasión los mas graves temores, sino por ellos, a lo menos por el millón viviente a quien escoltaban. Que Kin-Fo cayese a impulsos del puñal de Wang o de cualquier malhechor, el resultado sería el mismo y la caja de la Compañía recibiría el golpe.

Por lo demás, Kin-Fo, o, que iba no menos armado, en tales circunstancias estaba igualmente pronto a defenderse, porque quería mas que nunca vivir, y, como decían Craig y Fry, era capaz de hacerse matar por conservar la vida.

En Sinan-Fu no era probable que se encontrasen vestigios del filósofo. Jamás un antiguo Tai-Ping habría podido pensar en buscar aquel refugio, porque era una ciudad cuyas murallas no habían podido atravesar los rebeldes en su época y que estaba ocupada por una numerosa guarnición manchú. A no tener una afición particular a las curiosidades arqueológicas que abundan en aquella ciudad y a no estar muy versado en los misterios de la epigrafía de la cual el museo llamado el *bosque de las tablitas* contiene incalculables riquezas, ¿qué motivo hubiera podido llevar allí a Wang?

Así a la mañana siguiente de su llegada, Kin-Fo, abandonando la ciudad, que es un centro importante de negocios entre el Asia central, el Tíbet, la Mogolia y la China, volvió a

tomar el camino del Norte. La pequeña caravana, siguiendo por Kao-Lin-Sien y por Sing-Ton-Sien el camino del valle del Uei-Ro, cuyas aguas están teñidas de amarillo a causa del *loes* a través del cual se han abierto el lecho, llegó a Rua-Cheu, que en 1860 fue el foco de una terrible insurrección musulmana. Desde allí, unas veces en barco y otras en carreta, pasaron, no sin grandes fatigas, a la fortaleza de Tong-Kuang situada en la confluencia del Uei-Ro y del Ruang-Ro.

El Ruang-Ro es el famoso río Amarillo, el cual baja directamente del Norte, atraviesa las provincias del Este y desemboca en el mar que lleva su nombre, aunque por lo demás es tan amarillo como rojo es el mar Rojo, como blanco es el Blanco y como negro es el Negro. Sí, río célebre de origen celeste sin duda, pues que su color es el de los emperadores Hijos del Cielo; pero también *Pesar de la China,* calificación debida a sus terribles desbordamientos que han puesto en gran parte impracticable el canal Imperial. En Tong-Kuang los viajeros habrían estado en seguridad aun durante la noche, porque no es una ciudad comercial, sino una ciudad militar, habitada permanentemente por los tártaros manchúes que forman la primera categoría del ejército chino. Quizá Kin-Fo tenía intención de descansar allí algunos días; quizá iba a buscar en una fonda un buen cuarto, una buena mesa y una buena cama, lo cual no hubiera desagradado a Craig y Fry y menos a Sun.

Pero este imbécil, al cual costó aquella vez una buena pulgada de su coleta, tuvo la imprudencia de decir en la aduana, en lugar del nombre supuesto, el verdadero nombre

de su amo. Se olvidó de que no era ya a Kin-Fo, sino a Kin-Nan a quien tenía el honor de servir. ¡Qué furioso se puso el amo! No tuvo más remedio que salir inmediatamente de la ciudad, porque su nombre había producido el efecto acostumbrado. El célebre Kin-Fo había llegado a Tong-Kuang; todos querían ver al hombre singular cuyo solo y único deseo era llegar a ser centenario.

El viajero, horrorizado, seguido de sus dos guardias y de su lacayo, no tuvo tiempo más que de tomar la fuga por entre la multitud de curiosos que se había formado a su paso. A pie subió por las orillas del río Amarillo, y hasta el momento en que sus compañeros y él cayeron abrumados de fatiga en una aldea donde el incógnito debía proporcionarles algunas horas de tranquilidad.

Sun, atemorizado, no se atrevía a decir una sola palabra. A su vez, con aquella ridícula coleta de ratón que le quedaba, era objeto de las chanzas más desagradables. Los muchachos corrían tras él, y le apostrofaban con mil motes raros. Por eso también él tenía gana de llegar; ¿pero adónde, pues que su amo, según había dicho a William J. Bidulph, no tenía objeto determinado más que correr por el mundo?

Esta vez, a 20 lis de Tong-Kuang, en aquel modesto pueblo donde Kin-Fo, había buscado refugio, ni se encontraron caballos, ni asnos, ni carretas, ni sillas, ni mas perspectiva que la de continuar allí o andar a pie el camino. Aquella perspectiva no podía volver su buen humor al discípulo del filósofo Wang que mostró poca filosofía en tal ocasión, acusando a todo el mundo cuando no debía acusar más que a sí propio. ¡Ah cuanto echaba de menos el tiempo en

que no tenía que hacer más que vivir! Sí, para apreciar la dicha, era necesario haber conocido la desgracia, haber experimentado penas y tormentos como decía Wang, y Wang ya había hecho la experiencia.

Y, además, corriendo de la manera en que corría, no había dejado de encontrar en su camino muy buenas personas sin un cuarto y que, sin embargo, eran felices. Había podido observar las formas variadas de la felicidad que da el trabajo desempeñado alegremente.

Aquí labradores encorvados sobre los surcos que estaban abriendo; allí obreros que cantaban manejando sus herramientas. ¿No era precisamente a esta ausencia del trabajo a la que Kin-Fo, debía la ausencia de deseos y, por consiguiente, la falta da felicidad en el mundo? ¡Ah! La lección era completa: a lo menos así lo creía... pero no, amigo Kin-Fo, no lo era todavía.

Al fin, buscando por todas partes y llamando a todas las puertas de la aldea Craig y Fry acabaron, por descubrir un vehículo, pero uno solo, el cual no podía llevar más que una persona, y, circunstancia más grave todavía, no había motor para dicho vehículo. Era una especie de carro, como la carretilla de Pascal y quizá inventada antes por esos antiguos inventores de la pólvora, de la escritura, de la brújula y de las cometas. Solamente que en China la rueda de este aparato, que es de un gran diámetro, está situada, no al extremo de las varas, sino en el medio y se mueve como la rueda central de ciertos barcos de vapor. La caja está, pues, dividida en dos partes según su eje; la una, en la cual se puede extender

el viajero, y la otra, que está destinada a contener su equipaje.

El motor de este vehículo es, y no puede menos de ser, un hombre que empuja el aparato hacia adelante para lo cual se sitúa detrás del viajero, y así no le impide la vista como hace el cochero de un cabriolé inglés cuando el viento es bueno, es decir; cuando sopla en popa, el hombre aprovecha esta fuerza natural que no le cuesta nada; planta un mástil a la popa de la caja del vehículo, despliega una vela cuadrada, y en los grandes golpes de viento él es quien, en vez de empujar el carruaje, es arrastrado a veces más deprisa de lo que quisiera.

Comprado el vehículo con todos sus accesorios, Kin-Fo tomó asiento en él, y, como el viento fuese bueno, desplegaron la vela.

- Vamos, Sun dijo Kin-Fo.

Sun es disponía sencillamente a tenderse a la zaga.

- A las varas, gritó Kin-Fo, con cierto tono que no admitía réplica.

- Señor, yo... es que yo... respondió Sun, cuyas piernas se doblaban de antemano como las de un caballo fatigado.

-Tú tienes la culpa por ser largo de lengua y decir necedades.

-Vamos, Sun, dijeron Craig y Fry.

-A las varas, replicó Kin-Fo, mirando lo que le quedaba de coleta al desgraciado lacayo; a las varas, animal, y ten cuidado de no cometer torpezas, porque si no...

El índice y el dedo de corazón de la mano derecha de Kin-Fo, separados y aproximados después, imitando el mo-

vimiento de las tijeras, completaron tan perfectamente su pensamiento, que Sun cogió las varas con las dos manos después de haberse pasado la correa por los hombros. Craig y Fry se situaron a los dos lados de la carretilla y, con ayuda de la brisa, la pequeña caravana comenzó a marchar a un trote ligero.

Debemos renunciar a describir la rabia sorda e impotente de Sun convertido en caballo. Sin embargo, Craig y Fry consintieron en relevarle. Por fortuna, el viento del Sur les ayudó constantemente, haciendo las tres cuartas partes de la tarea. La carretilla estaba bien equilibrada por la posición de la rueda central, y el trabajo del conductor se reducía al del hombre que lleva la caña del timón de un buque; es decir a mantener la máquina en buena dirección.

Con este tren pasó Kin-Fo por las provincias septentrionales de la China, marchando a pie cuando experimentaba necesidad de desentumecer sus piernas, y volviendo a meterse en la carretilla cuando, por el contrario, quería descansar.

Después de haber dado un rodeo para no entrar en Wan-Fu, ni en Ca-Fong, subió por las orillas del célebre canal Imperial, que hace apenas unos 20 años, antes de que el río Amarillo hubiera recobrado su antiguo lecho, formaba una hermosa vía navegable, desde Su-Chen, el país del té, hasta Pekín, en una longitud de algunos centenares de leguas.

Así atravesó a Tsi-Nan y Ho-Kien y penetró en la provincia de Pe-Chi-Li, donde se levanta Pekín, la cuádruple capital del Celeste Imperio.

Así pasó por Tsien-Sun, defendida por un muro de circunvalación y dos fuertes, gran ciudad de 400.000 habitantes, cuyo ancho puerto, formado por la unión del Pei-ho y del canal Imperial, hace un comercio que se calcula en unos 170.000.000 de pesetas, importando algodones de Manchester, tejidos de lana, cobres, hierros, fósforos alemanes, madera de sándalo, etc.; y exportando nenúfar, tabaco de Tartaria, té, etc. Pero Kin-Fo no pensó ni siquiera en visitar en esta curiosa ciudad la célebre pagoda de los Suplicios Infernales; no recorrió, en el arrabal del Este, las divertidas calles de los Faroles y de la Ropa Vieja; no almorzó en la fonda de la Armonía y de la dirigidas por el musulmán Leu-Lao-Ki, cuyos vinos son famosos, por mas que Mahoma diga lo que quiera; no dejó su gran tarjeta roja, y ya sabemos por qué, en el palacio de Li-Chong-Tang, virrey de la provincia desde el año 1870, individuo del Consejo Privado y del Consejo del Imperio, y que lleva con la túnica amarilla el titulo de Fei-tze-chao-pao.

No: Kin-Fo en su carretilla y Sun conduciéndola atravesaron los muelles donde se ostentaban montañas de sacos de sal; pasaron los arrabales, las concesiones inglesas y americanas, el campo de carreras, la campiña cubierta de sorgo, de cebada, de vides, las huertas ricas en legumbres y frutas, las llanuras de donde partían por millares liebres, perdices y otras aves de rapiña. Los cuatro siguieron el camino enlosado de 24 leguas que conduce a Pekín entre los árboles de diversas especies y los grandes cañaverales del río, y llegaron a Tong-Tcheu sanos y salvos, Kin-Fo valiendo como siempre 200.000 duros, Craig y Fry escoltándole como desde el

principio del viaje; y Sun, cansado, cojo, impedido de las dos piernas y sin más coleta que tres pulgadas.

Era el 19 de junio. El plazo concedido a Wang expiraba dentro de siete días.

¿Dónde estaba Wang?

CAPÍTULO XIII

En el cual se oye el célebre romance de las cinco vísperas del centenario.

Señores, dijo Kin-Fo a sus dos guardias de corps, cuando se detuvo la carretilla en el arrabal de Tong-Cheu, no estamos ya mas que a 40 lis [5] de Pekín, y mi intención es detenerme aquí hasta que haya pasado el plazo convenido entre Wang y yo. En esta ciudad de 400.000 almas, será fácil permanecer desconocido, si Sun no olvida que está al servicio de Kin-Nan, simple negociante de la provincia de Tong-Cheu.

No, seguramente, Sun no lo olvidaría. Su torpeza le había costado desempeñar durante los últimos ocho días el oficio de caballo, y esperaba que el señor Kin-Fo...

- Kin... dijo Craig.

- Nan... añadió Fry...

Le volvería, al desempeño de sus funciones habituales. En aquella ocasión, atendido el estado de cansancio en que se hallaba, pedía permiso al señor Kin-Fo...

- Kin...dijo Craig.

---

[5] Cuatro leguas.

- Nan... añadió Fry...

- Para dormir 48 horas a lo menos, sin quitarse la brida o, mejor dicho, sin brida, ni nada.

- Durante ocho días si quieres, respondió Kin-Fo. Si duermes, al menos estaré seguro de que tendrás quieta la lengua.

Kin-Fo y sus compañeros se ocuparon entonces en buscar una fonda conveniente entre las muchas que hay en Ton-Cheu. Esta gran ciudad, a decir verdad, no es sino un inmenso arrabal de Pekín. El camino enlosado que la une a la capital está sembrado a un lado y a otro de quintas, de casas, de granjas agrícolas, de tumbas, de pequeñas pagodas, de huertos; y la circulación de carruajes, de caballerías y de gente de a pie, es incesante por aquel camino.

Kin-Fo, que conocía la ciudad, se hizo conducir al Tea-Wang-Niao, *el Templo de los principios soberanos*, que es simplemente un antiguo convento de bonzos, transformado en fonda, donde los forasteros pueden alojarse bastante bien.

Kin-Fo, Craig y Fry, se instalaron inmediatamente; los dos agentes en un cuarto contiguo al de su precioso cliente.

En cuanto a Sun, desapareció para ir a dormir en el rincón que le fue designado, y no le volvieron a ver.

Una hora después, Kin-Fo y sus fieles custodios dejaron sus habitaciones, almorzaron con apetito y se preguntaron lo que harían enseguida.

- Conviene, dijeron Craig y Fry, leer la Gaceta oficial a fin de ver si contiene algo que nos interese.

-Tienen ustedes razón, respondió Kin-Fo; quizá sabremos lo que ha sido de Wang.

Los tres salieron de la fonda. Por prudencia los dos acólitos caminaban a los lados de su cliente, examinando a los transeúntes y no dejando que nadie se le acercase. Así pasaron por las calles estrechas de la ciudad, y llegaron a los muelles donde compraron un número de la *Gaceta Oficial* y la leyeron ávidamente.

Nada encontraron en ella más que la promesa de 2000 duros, o sean 1300 taeles, a quien indicase a William J. Bidulph la residencia actual del señor Wang de Shanghai.

- Es decir, dijo Kin-Fo, que no ha aparecido.

- Y que no ha leído el anuncio que le concierne... dijo Craig.

- Y, por consiguiente, que debe continuar creyéndose en la obligación de cumplir su promesa, añadió Fry.

- Pero: ¿Dónde puede estar? Exclamó Kin-Fo.

-¿Cree usted hallarse más amenazado durante los últimos días del plazo? Preguntaron Fry y Craig.

- Sin duda ninguna, respondió Kin-Fo. Si Wang no conoce el cambio ocurrido en mi situación, y es probable que no le conozca, no podrá menos de creerse obligado a cumplir su promesa. Así, pues, dentro de un día, de dos o tres, estaré más amenazado que hoy, y dentro de seis más todavía.

-¿Y cuándo termine el plazo?

- No tendré ya nada que temer.

- Pues bien, dijeron Craig y Fry; no hay más que tres medios de evitar a usted todo peligro durante esos seis días.

-¿Cuál es el primero? Preguntó Kin-Fo.

- El primero es volver a la fonda, y encerrarse usted en su cuarto.

-¿Y el segundo?

- El segundo es que le hagamos a usted prender como malhechor, respondió Fry, a fin de que le pongan en seguridad en la cárcel de Ton-Cheu.

-¿Y el tercero?

- El tercero, hacerse pasar por muerto, respondieron Craig y Fry, y no resucitar hasta que haya pasado completamente todo peligro.

- Ustedes no conocen a Wang. Wang encontraría medio de penetrar en la fonda, en la prisión y hasta en mi tumba. Si no me ha herido hasta aquí, es porque no ha querido, porque, sin duda, él ha considerado preferible dejarme el placer de la inquietud de aguardar. ¿Quién sabe cuál ha sido su móvil? En todo caso prefiero esperarlo en libertad.

- Esperemos... sin embargo... dijo Craig.

- Me parece que... añadió Fry.

- Señores, dijo Kin-Fo en tono seco, yo haré lo que me parezca. Después de todo, si muero antes del 25 de este mes, ¿qué puede perder la compañía que son ustedes agentes?

- Doscientos mil duros, respondieron Craig y Fry, 200.000 duros que será preciso pagar a los herederos.

-Y yo todo mi caudal, sin contar la vida. Estoy, pues, más interesado que ustedes en este asunto.

- Es verdad.

- Mucha verdad.

- Continúen ustedes, pues, vigilando todo lo que juzguen conveniente, pero yo haré lo que se me ponga en la cabeza.

No había medio de replicar.

Craig y Fry tuvieron, pues, que limitarse a vigilar más de cerca a su cliente y, redoblar sus precauciones; y aunque comprendían que la gravedad de la situación se aumentaba más y más cada día, no desmayaban. Ton-Cheu es una de las ciudades más antiguas del Celeste Imperio; situada a orillas de un brazo canalizado del Pei-Ho y junto a otro canal que la une a Pekín, es encuentra en olla un gran movimiento comercial y sus arrabales están muy animados.

Kin-Fo y sus dos compañeros admiraron aquella agitación cuando llegaron al muelle donde se amarran los sampanes y los juncos del comercio.

Craig y Fry, después de todo, creyeron estar más seguros en medio de una multitud. La muerte de su cliente debía, en apariencia, ser debida al suicidio. La carta que debía tener su cadáver no dejaría ninguna duda sobre este punto; por consiguiente, Wang no tenía interés en matarle sino en ciertas condiciones que no se podían presentar en medio de calles frecuentadas en la plaza pública de una ciudad populosa. Por consiguiente, no tenían que temer golpe ninguno inmediato. De lo que era preciso guardarse únicamente era de algún prodigio de destreza del antiguo Tai-Ping, que podría haber seguido sus huellas desde Shanghai Por eso se desojaban, digámoslo así, mirando todos los transeúntes.

De repente, se pronunció un nombre que los hizo aplicar atentamente el oído.

-¡Kin-Fo! ¡Kin-Fo! Gritaban algunos chinitos saltando en medio de la multitud.

¿Había sido conocido Kin-Fo y su nombre producía el efecto acostumbrado?

El héroe, por tuerza se detuvo.

Craig y Fry se mantuvieron dispuestos, en caso necesario, a formarle una muralla con sus cuerpos.

No era a Kin-Fo a quien se dirigían estos gritos. Nadie parecía sospechar que estuviese allí. Kin-Fo no hizo, pues, movimiento ninguno y esperó, deseando con ansia saber por qué razón se había pronunciado su nombre.

Un grupo de hombres, de mujeres, de niños, se había formado alrededor de un cantor ambulante que parecía gozar de gran favor entre el público de las calles. Todos gritaban y aplaudían de antemano.

El cantor, cuando se vio en presencia de suficiente auditorio, sacó de su túnica un paquete de papeles iluminados de colores, y dijo, con voz sonora:

- *Las cinco vísperas del centenario.*

Era el famoso romance que circulaba por el Celeste Imperio.

Craig y Fry se quisieron llevar de allí a su cliente; pero Kin-Fo se obstinó. Nadie le conocía; jamás había oído aquel romance que relataba sus hechos, y manifestó que quería oírle.

El cantor comenzó así:

"A la primera víspera, la luna iluminaba el tejado de la casa de Shanghai. Kin-Fo es joven, tiene 20 años, parece un sauce cuyas primeras hojas muestran su lengüecita verde."

"A la segunda víspera la luna ilumina el lado oriental del río yamen. Kin-Fo es joven, tiene 40 años, sus diez mil negocios prosperan grandemente, y los vecinos hacen su elogio."

El cantor cambiaba de fisonomía y parecía envejecer a cada estrofa. Al acabar de recitarla, la multitud aplaudía furiosamente.

El cantor continuó:

"A la tercera víspera, la luna ilumina el espacio. Kin-Fo tiene 60 años. Después de las hojas verdes del verano, los crisantemos amarillos de la estación de otoño se presentan."

" A la cuarta víspera, la luna se hunde en el occidente. Kin-Fo tiene 80 años, su cuerpo se arruga como el de un langostino en agua hirviendo. Declina con el astro de la noche."

"A la quinta víspera, los gallos saludan el alba naciente. Kin-Fo tiene 100 años, y ahora, después de cumplido su más vivo deseo, el desdeñoso príncipe Yen se niega a recibirle. El príncipe Yen no quiere personas de edad tan avanzada que chochearían en su corte, y el viejo Kin-Fo, sin poder descansar nunca, anda errante eternamente."

La multitud siguió aplaudiendo, y el cantor vendiendo, por centenares, su romance a tres zapeques el ejemplar.

¿Por qué Kin-Fo no había de comprarle también? Sacó unas monedas del bolsillo y, con la mano llena, alargó el brazo a través de las primeras filas de la multitud. De re-

pente, se abrió su mano y las monedas se escaparon y cayeron al suelo.

Enfrente de sí vio a un hombre, cuyas miradas se cruzaron con las suyas.

-¡Ah! Exclamó Kin-Fo, que no pudo contener aquella interjección a la vez interrogativa y exclamativa.

Fry y Craig le habían rodeado, creyéndole conocido, amenazado, herido y quizá muerto.

-¡Wang! Gritó Kin-Fo.

-¡Wang! Repitieron Craig y Fry.

Era Wang en persona. Acababa de ver a su antiguo discípulo; pero, en vez precipitarse sobre él, huyó con toda la celeridad de sus piernas, que eran bastante largas.

Kin-Fo no vaciló. Quiso salir de una vez de su intolerable situación y siguió a Wang, escoltado de Fry y Craig que no querían ni correr más que él, ni quedarse atrás.

Ellos también habían conocido al filósofo y compren dieron, por la sorpresa que éste acababa de manifestar, que no esperaba ver a Kin-Fo, así como Kin-Fo no esperaba tampoco encontrarle allí.

¿Pero por qué huía Wang? La cosa era inexplicable pero, en fin, huía como si toda la policía del Celeste Imperio hubiera ido pisando los talones.

La carrera fue prodigiosa.

- No estoy arruinado, Wang; Wang no estoy arruinado, gritaba Kin-Fo.

- Es rico, es rico, repetían Fry y Craig.

Pero Wang estaba a demasiada distancia para oír aquellas palabras que hubieran debido detenerle. Atravesó el muelle, siguió por el canal y llegó a la entrada del arrabal del Oeste.

Sus tres perseguidores volaban; pero no ganaban terreno sobre él; por el contrario, parecía haber cada vez mayor distancia entre el fugitivo y Kin-Fo.

Media docena de chinos se habían unido a Kin-Fo, sin contar dos o tres parejas de tipaos, que habían tomado por malhechor al hombre que huía de aquel modo.

¡Curioso espectáculo el de aquel grupo gritando, aullando y aumentándose en su camino con muchos voluntarios! Alrededor del cantor, habían oído perfectamente a Kin-Fo pronunciar el nombre de Wang. Por fortuna, el filósofo no había respondido lanzando el de su discípulo, porque entonces toda la ciudad se hubiera lanzado detrás de un hombre tan célebre. Pero el nombre de Wang, súbitamente pronunciado, había sido suficiente; Wang, el personaje cuyo descubrimiento valía una recompensa enorme. Todos lo sabían; de manera que, si Kin-Fo corría tras los 800.000 duros de su capital y Craig y Fry corrían tras los 200.000 duros del seguro, los demás corrían tras los 2000 de la prima prometida, y preciso es convenir en que estos premios eran suficientes para dar flexibilidad y ligereza a las piernas de todo el mando.

-¡Wang, Wang, soy más rico que nunca! Continuaba gritando Kin-Fo, según se lo permitía la rapidez de su carrera.

-¡No está arruinado, no está arruinado! Repetían Fry y Craig.

-¡Detente, detente! Continuaba la multitud que iba aglomerándose como una bola de nieve.

Wang no oía nada. Con los codos pegados al costado, no quería ni cansarse en responder ni perder nada de su celeridad por el placer de volver la cabeza.

Salieron del arrabal: Wang tomó la calle enlosada que corre al lado del canal y que, estando entonces casi desierta, le proporcionaba campo libre. Allí se aumentó la viveza de su fuga; pero, naturalmente, también se redobló el esfuerzo de los perseguidores.

Aquella carrera loca se sostuvo durante veinte minutos y nadie podía prever cual sería el resultado. El fugitivo, sin embargo, parecía que iba cansándose. La distancia que había mantenido, hasta entonces, entre él y sus perseguidores parecía disminuirse.

Wang, conociéndolo, dio de repente un salto y desapareció detrás de la tapia que cercaba el recinto de una pequeña pagoda a la derecha del camino.

- Diez mil taeles a quien lo detenga, gritó Kin-Fo.

- Diez mil taeles, repitieron Craig y Fry.

-¡Ya, ya, ya! Gritaron los más avanzados del grupo. Todos habían torcido hacia la derecha, siguiendo las huellas del filósofo y rodearon el muro la pagoda.

Wang, reapareció siguiendo un estrecho sendero transversal a lo largo de un canal de riego, y, para hacer perder la pista a los que le perseguían, torció otra vez el camino y volvió a la carretera enlosada. Pero allí se conoció, desde luego, que estaba cansado, porque volvió la cabeza muchas veces. Kin-Fo, Craig y Fry seguían, sin descanso, la persecu-

ción; no corrían, sino que volaban y ninguno de los que iban aguijoneados por la esperanza de ganar los 10.000 taeles ofrecidos marchaba delante de ellos.

El desenlace se aproximaba: no era mas que un asunto de tiempo y de tiempo relativamente corto, quizá de algunos minutos.

Todos, Wang, Kin-Fo y sus compañeros habían llegado al sitio donde la carretera principal atraviesa el río por el célebre puente de Pali-kao.

Dieciocho años antes, el 21 de septiembre de 1860, no hubieran podido correr con libertad por aquel puente de la provincia de Pe-Chi-Li, porque la gran calzada taba entonces llena de fugitivos de otra especie. El ejército del general Sau-Ko-Lin-Tsin, tío del emperador, rechazado por los batallones franceses, había hecho alto en aquel puente de Pali-kao, magnífica obra de arte, con una balaustrada de mármol blanco, adornada, a uno y otro lado, de una fila de leones gigantescos. Allí fue donde aquellos tártaros manchúes, tan valientes en su fatalismo, fueron aplastados por las balas de los cañones europeos.

Pero el puente, que tenía todavía las señales de la batalla en sus estatuas desconchadas, estaba libre entonces.

Wang, cada vez más cansado, atravesó la carretera. Kin-Fo y los demás, por un supremo esfuerzo, se fueron acercando; ya no les separaban de él mas que veinte pasos, más que quince, más que diez.

Era inútil procurar detener a Wang con palabras que no podía o no quería oír. Era preciso alcanzarle, apoderarse de él, atarle si se resistía... Después vendrían las explicaciones.

Wang comprendió que iba a ser alcanzado y, como, por una obstinación inexplicable, parecía temer encontrarse cara a cara con su antiguo discípulo, quiso arriesgar su vida para evitarlo.

En efecto, de un salto, se puso sobre la balaustrada del puente y, desde allí, se precipitó al Pei-ho.

-¡Wang, Wang! Gritó Kin-Fo, deteniéndose por un instante.

Después tomó carrera a su vez y se precipitó al río, gritando:

-Yo lo sacaré vivo.

-¿Craig? Dijo Fry.

-¿Fry? Dijo Craig.

- Doscientos mil duros al agua.

Y ambos, atravesando la balaustrada, se precipitaron al socorro del ruinoso cliente de la *Centenaria*.

Algunos de los voluntarios los siguieron, presentando una escena parecida al de un racimo de payasos en el ejercicio del trampolín.

Paro tanto celo debía ser inútil. Kin-Fo, Fry, Craig y los demás a quienes guiaba el aliciente del premio ofrecido, registraron el Pei-ho, sin poder encontrar a Wang, el cual, sin duda, había sido arrastrado por la corriente. ¿Había querido Wang, al precipitarse en el río, liberarse de sus perseguidores o se había resuelto a poner fin a sus días por algún motivo misterioso? Nadiehabría podido decirlo.

Dos horas después, Kin-Fo, Craig y Fry, desesperados, pero secos y confortados, y Sun, despertado en lo mejor de

su sueño y echando pestes, como puede suponerse, habían tomado el camino a Pekín.

CAPÍTULO XIV

Donde el lector podrá, sin fatigarse, recorrer cuatro ciudades en una sola.

El Pe-Chi-Li, la más septentrional de las dieciocho provincias de la China, está dividido en nueve departamentos. Uno de ellos tiene por capital a Chung-Kin-Fo; es decir, la ciudad de primer *orden obediente al cielo*. Esta ciudad es Pekín.

Figúrese el lector un rompecabezas chino, de una superficie de seis mil hectáreas, y de un perímetro de ocho leguas, cuyos pedazos irregulares llenaran exactamente un rectángulo, y tendrá una idea de esa misteriosa Cambalú, cuya curiosa descripción hizo Marco Polo, a fines del siglo XIII. Tal es la capital del Celeste Imperio.

En realidad, Pekín comprende dos ciudades distintas, separadas por una ancha calle y un muro fortificado: la una, que es un paralelogramo, es la ciudad china; la otra, que forma un cuadrado casi perfecto, es la ciudad, la cual contiene en su recinto otras dos ciudades: la ciudad Amarilla Hoang-Ching, y la ciudad Roja, Tsen-Kin-Ching, o la ciudad prohibida.

En otro tiempo, el conjunto de estas aglomeraciones contenía más de dos millones de habitantes. Pero la emigración, excitada por la extrema miseria, ha reducido este número a un millón todo 1o más, en su mayor parte tártaros y chinos, con unos diez mil musulmanes y unos cuantos centenares de mogoles y tibetanos que componen la población flotante.

El plano de estas dos ciudades superpuestas, figuran bastante exactamente un baúl, cuya tapa estuviese formada por la ciudad china y la caja por la ciudad tártara.

Seis leguas de un recinto fortificado, de 45 pies de altura y otras tantas de anchura, revestido exteriormente de ladrillo y defendido de 200 en 200 metros, por torres salientes, rodean la ciudad tártara de un hermoso paseo enlosado y terminan en cuatro magníficos bastidores, de ángulos salientes, en cuyas plataformas hay cuerpos de guardia.

Como se ve, el emperador, Hijo del Cielo, está bien guardado.

En el centro de la ciudad tártara, la ciudad Amarilla, de una superficie de 660 hectáreas, tiene ocho puertas, y encierra en su recinto una montaña de carbón de 300 pies de altura, punto culminante de la capital, un soberbio canal, llamado mar del Medio, y atravesado por un puente de mármol, dos conventos de bonzos, una pagoda de los Exámenes, el Pei-Tha-Sse, otro convento de bonzos, edificado en una península, que parece suspendido sobre las aguas claras del canal, el Peh-Tang, establecimiento de misioneros católicos, la pagoda imperial, magnífica, con su techo de campanillas sonoras y tejas de lápiz-lázuli, el gran templo

dedicado a los antepasados da la dinastía reinante, manto, el templo de los Espíritus, el templo de los Genios de los Vientos, el templo del Genio del Rayo, el templo del inventor de la seda, el templo del Señor del Cielo, los cinco pabellones de los Dragones, el monasterio del Reposo Eterno. En el centro mismo de este cuadrilátero se oculta la ciudad Prohibida, que tiene una superficie de 80 hectáreas, y está rodeada de un foso canalizado, sobre el cual hay siete puentes de mármol. Siendo manchú la dinastía reinante, es inútil decir que la primera de estas ciudades está habitada principalmente por una población de la misma raza. Los chinos están relegados a la parte de afuera, a la inferior del baúl, en la ciudad inmediata.

Se penetra en lo interior de eta ciudad Prohibida, ceñida de muros de ladrillo rojo, coronados de un chapitel de tejas barnizadas de amarillo dorado, por una puerta que da al Sur y se llama la puerta de la Gran Pureza, la cual no se abre sino delante del emperador y de las emperatrices. Allí se levantan el templo de los Antepasados de la dinastía tártara, abrigado bajo los techos de tejas multicolores; los templos llamados Che-Tsi, consagrados a los espíritus terrestres y celestes; el palacio de la *Soberana Concordia*, reservado para las solemnidades de aparato y para los banquetes oficiales; el palacio de la *Concordia Media*, donde se ven los retratos de los abuelos del Hijo del Cielo, el palacio de la *Concordia Protectora*, cuya sala central está ocupada por el trono imperial; el pabellón del Nei-Ko, donde se celebra el consejo supremo

del imperio presidido por el príncipe Kong [6], ministro de Negocios Extranjeros y tío paterno del último soberano; el pabellón de les *Flores Literarias,* a donde el emperador va una vez al año para interpretar los libros sagrados; el pabellón de Chuan Sin-Tien, en el cual se verifican los sacrificios en honor de Confucio; la *Biblioteca Imperial*; *la Sección de los* Historiógrafos; el Vu-in-tien, donde se conservan las láminas de cobre y madera destinadas a la impresión de los libros; los talleres, donde se hacen los vestidos de la corte; el palacio de la *Pureza Celeste*, donde se tratan los asuntos de familia; el palacio del *Elemento Terrestre Superior*, donde se instaló la joven emperatriz; el palacio de la *Meditación*, a donde se retira el soberano cuando está enfermo; los tres palacios, donde se educan los hijos del emperador; el *Templo de los Antepasados Difuntos*; los cuatro palacios reservados la viuda y a las mujeres de Hien-Fong, que murió en 1861; el *Chu-Sieu-Kong,* residencia de las esposas Imperiales; el palacio de la *Bondad Preferida,* destinado a las recepciones oficiales de las damas de

---

[6] T. Choutze, en su viaje titulado Pekín y el Norte de la China, refiere el rasgo siguiente del Príncipe Kong, que es bueno recordar.

En 1870, durante la sangrienta guerra que asolaba la Francia, el príncipe Kong visitó, no se con qué motivo, a todos los representantes diplomáticos extranjeros. Hallándose la primera a su paso la legación, de Francia, comenzó por ella. Acababa entonces de recibirse la noticia de los desastres de Sedán, y el conde de Rochechouart, a la sazón encargado de negocios de Francia, le comunicó al príncipe.

Este mandó llamar a uno de los oficiales de su séquito y le dijo: “Envíe usted una tarjeta a la legación de Prusia y diga que no podré visitarla hasta mañana”

Después, volviéndose hacia el conde de Rochechouart, añadió: “En el mismo día en que he dado el pésame al representante de Francia, no puedo decentemente ir a felicitar al representante de Alemania”

El príncipe Kong sería príncipe en todas partes.

la corte; el palacio de la *Tranquilidad General*, nombre singular dado a una escuela de los hijos de oficiales superiores; los palacios de la *Purificación y del Ayuno*; el palacio de la *Pureza de Porcelana*, habitado por los príncipes de la sangre; el templo del *Dios Protector de la Ciudad*, un templo de arquitectura tibetana; los almacenes de la corona; la intendencia de la corte imperial; él *La-Cong-Chú*, residencia de los eunucos, de los cuales no hay menos de cinco mil en la ciudad Roja; y, en fin otros palacios, hasta cuarenta y ocho, que forman el total de los que contiene el imperial recinto, sin contar el Tan-Quang-Ko, el pabellón de la *Luz Purpurina*, situado a orillas del lago de la ciudad Amarilla, donde, el 19 de junio de 1873, fueron admitidos, a presencia del emperador, los cinco ministros de los Estados Unidos, Rusia, Holanda, Inglaterra y Prusia.

¿Qué foro antiguo ha presentado semejante aglomeración de edificios, de formas tan variadas y tan abundantes en objetos preciosos? ¿Qué ciudad, y aunque sea capital, de los Estados europeas podría presentar semejante nomenclatura?

Pues a esta enumeración hay que añadir todavía el Uan-Cheu-Chan; el palacio de Verano, situado a dos leguas de Pekín. Destruido en 1860 [7] apenas se encontrarían hoy entro sus ruinas, sus antiguos jardines de la *Claridad Perfecta* y de

---

[7] Por los franceses y los ingleses que lo saquearon horrorosamenete, hasta el punto de no encontrar medios de conducción por tanto botín. Si aquellos soldados, cargados como bestias, hubieran sido atacados, en aquel momento, por unas cuantas tropas decididas, la expedición anglofrancesa se habría malogrado por la codicia insasiable de los expedicionarios.

la *Claridad Tranquila*, su colina de la *Fuente de Porcelana* y su montaña de las *Diez mil Longevidades.*

Alrededor de la ciudad Amarilla se extiende la ciudad Tártara. Allí están instaladas las legaciones francesa, inglesa y rusa; el hospital de las *Misiones de Londres*; las Misiones católicas del Este y del Norte, las antiguas caballerizas de elefantes que no contienen ya más que uno, tuerto y centenario. Allí se levantan la *Torre de la Campagna*, de tejas rojas entremezcladas con otras verdes; el templo de Confucio; el convento de los *Mil Lamas*; el templo de Fa-Cua; el antiguo observatorio con su gruesa torre cuadrada; el *Yamen de los Jesuitas*; el *Yamen de los Letrados*, donde se verifican los exámenes literarios. Allí se ven también los arcos de triunfo del Oeste y del Este; el mar del Norte y el mar de las Cañas, tapizados de nelumbos, de ninfeas azules y que proceden del palacio de Verano y alimentan el canal de la ciudad Amarilla; allí descuellan los palacios en que residen los príncipes de la sangre, el ministerio de Hacienda, el de Ritos, el de la Guerra, el de Obras Públicas, el de Relaciones Exteriores, el Tribunal de Cuentas, el Tribunal Astronómico y la Academia de Medicina. Todo aparece confundido en medio de calles estrechas, llenas de polvo en verano y de lodo en invierno, formadas, en su mayor parte, por casas miserables y bajas, entre las cuales se levanta alguna gran casa de un alto dignatario, sombreada de hermosos árboles. Además, a través de las alamedas, llenas de gente, se ven perros errantes, camellos mogoles, cargados de carbón de piedra, palanquines llevados por cuatro u ocho hombres, según la categoría del funcionario que va en ellas, sillas de mano, carruajes tirados

por mulas, carros y mendigos que, según el señor Choutze, forman una tribu independiente de sesenta mil haraposos. En estas calles, cubiertas de un lodo pestífero y negro, dice el señor P. Arene, y cortadas por charcos de agua, donde el transeúnte se hunde hasta media pierna, no es raro que se ahogue algún mendigo ciego.

Bajo muchos aspectos, la ciudad china de Pekín, cuyo nombre es Va-Cheng, se parece la ciudad tártara; pero se distingue de ella bajo conceptos diversos.

Dos templos célebres ocupan la parte meridional, el templo del Cielo y el de la Agricultura, a los cuales hay que añadir los templos de la diosa Koanine, del Genio de la Tierra, de la Purificación, del Dragón Negro, de los espíritus del Cielo y de la Tierra, los estanques de Peces de Oro, el monasterio de Fayuan-Se, los mercados los teatros, etc.

Este paralelogramo rectángulo está dividido de Norte a Sur por una importante arteria llamada la Calle Mayor que va desde la puerta de Hung-Ting al Sur a la puerta Tieng al Norte. Transversalmente tiene una arteria muy larga que corta la primera en ángulo recto y va desde la puerta de Cha-Cua al Este, a la puerta de Cuan-Tsu al Oeste. Se la llama carrera de Cha-Cua; y a cien pasos de su punto de intersección con la Calle Mayor vivía la futura señora Kin-Fo.

El lector recordará que pocos días después de haber recibido la joven viuda la carta que le anunciaba su ruina, recibió otra anulando la primera y diciéndole que no pasaría la sétima luna sin que su hermanito mayor estuviese de regreso a su lado. Inútil es decir que Le-u desde aquella fecha, 17 de mayo, estuvo contando los días y las horas. Pero Kin-Fo

había vuelto a dar noticias suyas durante aquel viaje insensato, cuyo fantástico itinerario no quería indicar bajo ningún pretexto. Le-u había escrito a Shanghai; pero sus cartas habían quedado sin respuesta, y inquietud grande, cuando vio llegar el 19 de junio, sin haber recibido noticia ninguna.

Durante aquellos largos días, no había salido de su caza de la carrera de Cha-Cua. Esperaba intranquila, porque la desagradable Nan no era a propósito para alegrar su soledad: la *buena madre* cada vez se hacía más gruñona y hacía méritos cien veces por luna para ser echada por la escalera.

¡Pero qué interminables horas de ansiedad debían pesar antes que Kin-Fo llegara a Pekín! Le-u las contaba y la cuenta le parecía larguisima.

Si la religión de los Lao-Tse es la más antigua de la China, y si la doctrina de Confucio, promulgada hacia la misma época (unos 500 años antes de J. C.), es la que siguen e1 emperador, los 1etrados y los altos mandarines, en cambio el budismo, o la religión de Fo, es la que cuenta mayor número de fieles (cerca de 300.000.000) en la superficie del globo.

El budismo comprende dos sectas distintas, de las cuales, la una tiene por ministros a los bonzos, vestidos de gris y cubiertos de bonetes rojos, y la otra a los lamas, vestidos de amarillo y con bonetes del mismo color.

Le-u era budista de la primera secta. Los bonzos la veían, con frecuencia, acudir al templo de Koan-Ti-Miao, consagrado a la diosa Koanine.

Allí dirigía por su amigo y quemaba palitos perfumados con la frente prosternada sobre las losas del templo.

Aquel, día tuvo el pensamiento de volver a implorar la protección de la diosa Koanine y dirigirle súplicas más ardientes todavía. Un presentimiento le decía que amenazaba algún peligro grave a hombre a quien esperaba con tan legítima impaciencia.

Llamó, pues, la *buena madre* y le dio orden de buscar una silla de manos en la encrucijada de la Calle Mayor.

Nan se encogió de hombros, según su detestable costumbre, y salió para ejecutar la orden que había recibido.

Entre tanto, la joven viuda, sola en su tocador, miraba tristemente el aparato mudo que ya no le hacía oír la lejana voz de ausente.

-¡Ah! Decía; es preciso, al menos, que sepa que no he cesado de pensar en é1 y quiero que mi voz se lo repita su vuelta.

Entonces, tocando el resorte que ponía en movimiento el cilindro fonográfico, pronunció en voz alta las más dulces frases que su corazón le pudo inspirar.

Nan, entrando de repente, interrumpió aquel tierno monólogo, diciendo:

- Espera a la puerta la silla de manos a que baje la señora, que podría muy bien, quedarse en casa.

Le-u no puso atención en sus palabras; salió inmediatamente y dejó a la vieja murmurar a sus anchas. Instalóse en la silla y dio orden a los conductores para que la llevasen al Koan-Ti-Miao.

El camino no podía ser más recto. No había que hacer más que seguir la carrera de Cha-Cua hasta la encrucijada y subir por la calle Mayor hasta la puerta de Tien.

Pero la silla no pudo adelantar sin dificultad, porque la afluencia de negociantes era grande todavía en aquel barrio, que es el más populoso de la capital. Las barracas de los mercaderes daban a la calle de árboles el aspecto de un campo de feria con sus mil ruidos y clamores. Los oradores al aire libre, los lectores públicos, los que decían la buena ventura, los fotógrafos, los caricaturistas, tan poco respetuosos hacia la autoridad de los mandarines, gritaban y lanzaban cada uno su nota en e1 barullo general. Por aquí pasaba un entierro, con gran pompa, que detenía la circulación; por allá una boda, menos alegre quizá que la comitiva fúnebre, pero que dificultaba también el paso. Delante del yamen de un magistrado había un grupo de gente; un agraviado acababa de hacer resonar el *tambor de las quejas* para reclamar la intervención, de la justicia. Sobre la piedra Seu-Ping estaba arrodillado un malhechor que acababa de recibir la paliza de reglamento, custodiado por dos soldados de policía con su birrete manchú y los dos sables en la misma vaina. Más lejos, algunos chinos recalcitrantes, atados unos a otros por sus coletas, iban conducidos al cuerpo de guardia. Todavía mas allá, un pobre diablo, con la mano izquierda y el pie derecho metidos en los agujeros de un cepo, marchaba cojeando, como un animal extraño. Luego se veía un ladrón metido en una caja de madera, sacando la cabeza por un agujero de su jaula y abandonado a la caridad pública. Otros llevaban cubos de agua a la manera de bueyes encorvados bajo el yugo. Aquellos desdichados buscaban, sin duda, los sitios mas frecuentados, la esperanza de ganar algo más, especulando sobre la piedad de los transeúntes y con detri-

mento de los mendigos de todas especies, mancos, cojos y paralíticos, filas de ciegos conducidos por un tuerto y las mil variedades de enfermos verdaderos o falsos que pululan en las ciudades del Imperio de las Flores.

La silla se adelantaba, pues, lentamente y la multitud iba siendo más densa, a media que se acertaba al baluarte exterior. Luego se detuvo en el bastión que defiendo la puerta, cerca del templo de la diosa Koanine.

Le-u bajó, entró en el templo, se arrodilló y se prosternó después ante la estatua de la diosa. Hecho esto, se dirigió hacia el aparato religioso que tiene el nombre de *molino de oraciones*.

Era una especie de devanadera cuyos ocho brazos tenían en su extremo banderolas adornadas de sentencias sagradas.

Un bonzo esperaba gravemente, cerca del aparato, a los devotos, y, sobre todo, el precio de las devociones.

Le-u entregó al servidor de Buda algunos taeles destinados a los gastos del culto; y, apoyando la mano izquierda en el corazón, con la derecha tomó el manubrio de la devanadera y le imprimió un ligero movimiento de rotación. Sin duda el molino no giraba con bastante rapidez para que la oración fuese más eficaz.

- Más deprisa le dijo el bonzo, animándola con un ademan.

La joven comenzó a devanar más deprisa.

Aquella operación duró cerca de un cuarto de hora, al cabo del cual el bonzo afirmó que se verían cumplidos los deseos de la postulante.

Le-u se posternó de nuevo ante la estatua de la diosa Koanine, salió del templo y volvió a subir en su silla para regresar a su casa.

Pero, en el momento de entrar en la calle Mayor, los conductores tuvieron que apartarse precipitadamente aun lado. Varios soldados separaban brutalmente al pueblo; las tiendas cerraban de orden superior; las calles transversales se tapaban con colgaduras azules, bajo la guardia de los ti-paos.

Una comitiva numerosa ocupaba una parte de la calle y se adelantaba ruidosamente.

Era el emperador Koang-Pin, cuyo nombre significa *Continuación de gloria*, que volvía a su buena ciudad tártara y delante del cual iba a abrirse la puerta del centro.

Detrás de los dos soldados de caballería que abrían la marcha, iba un pelotón de exploradores, seguido de alabarderos dispuestos en dos filas y llevando las alabardas apoyadas en las bandoleras.

Después iba un grupo de oficiales de elevada categoría, desplegando quitasol amarillo con volantes adornados del dragón, que es el emblema del emperador, como el fénix lo es de la emperatriz.

Enseguida se presentó el palanquín cuyas cortinas seda amarilla iban levantadas, sostenido por dieciséis conductores de túnicas rojas sembradas de rosas blancas y chalecos de seda labrada. Escoltaban el vehículo imperial varios príncipes de la sangre y altos dignatarios, cabalgando en caballos enjaezados de seda amarilla, señal de la primera nobleza.

En el palanquín iba medio tendido el Hijo del Cielo, primo del emperador Tong-Che y sobrino del príncipe Kong.

Después del palanquín iban palafreneros y conductores de repuesto; y por último toda aquella comitiva desapareció por la puerta de Tien, con gran satisfacción de los transeúntes, mercaderes y mendigos que pudieron entregarse de nuevo a sus ocupaciones. La silla de Le-u continuó, pues, su camino y la dejó en su casa después de una ausencia de dos horas.

¡Ah, que sorpresa había preparado la buena diosa Koanine a la joven viuda!

En el momento en que se detenía la silla, un carruaje, cubierto de polvo y tirado por dos mulas, ababa de pararse cerca de la puerta, y de aquel carruaje bajó Kin-Fo, seguido de Craig, de Fry y de Sun.

-¡Usted, usted! Exclamó Le-u, sin poder creer a sus ojos.

-¡Querida hermanita menor! Respondió Kin-Fo; no podía usted dudar mi regreso.

Le-u no respondió. Tomó la mano de su amigo y le llevó hasta el tocador delante del pequeño aparato fonográfico, discreto confidente de sus penas.

- No he cesado un instante de esperar a usted, querido corazón bordado de flores de seda.

Y, separando el cilindro, empujó el resorte y le puso en movimiento. Kin-Fo pudo oír entonces una dulce voz, que repetía lo que la tierna Le-u había dicho pocas horas antes.

"Vuelve, hermanito querido. Vuelve a mi lado; que no se separen nuestros corazones como no se separan las dos

estrellas del Pastor y de la Lira. Todos mis pensamientos se cifran en tu vuelta...”

El aparato se calló por un segundo, nada más que por un segundo y después continuó, pero esta vez con voz chillona.

“No basta tener un ama, sin que dentro de poco habrá un amo en la casa. Que el príncipe Yen los estrangule a los dos.”

Aquella voz era muy fácil de conocer por ser la de Nan. La desagradable vieja había continuado hablando después de la marcha de Le-u mientras el aparato funcionaba todavía; el cual recogió, sin que ella lo supiese, sus imprudentes palabras.

Criados y criadas, desconfiad de los fonógrafos.

Aquel mismo día, Nan fue despedida; y, para ponerla a la puerta, no esperaron sus amos los últimos días de la sétima luna.

CAPITULO XV

El cual reserva ciertamente una sorpresa a Kin-Fo y quizá al lector.

Nada es oponía ya al matrimonio del rico Kin-Fo de Shanghai con la amable Le-u de Pekín. No faltaban más que seis días para que terminara el plazo dado a Wang para cumplir su promesa; pero el desgraciado filósofo había pagado con la vida su fuga inexplicable y no había ya nada que temer por este lado. El matrimonio podía, por consiguiente, efectuarse, y es fijó para aquel mismo día, 25 de junio, que Kin-Fo había señalado en otro tiempo como último de su existencia.

La joven conoció entonces toda la situación y supo por que fases diversas acababa de pasar el hombre que, no queriendo al principio hacerla miserable, ni después hacerla viuda, volvía libre, en fin, a hacerla dichosa.

Pero Le-u, al saber la muerte del filósofo, no pudo contener algunas lágrimas. Le conocía, le tenía afecto, había sido el primer confidente de su cariño a Kin-Fo.

-¡Pobre Wang! Dijo. ¡Faltará alguna cosa a nuestro matrimonio!

-Sí, respondió Kin-Fo, que también echaba de menos al compañero de su juventud, al amigo de veinte años. Y, sin embargo, añadió, me habría muerto como lo había prometido.

-No, no, dijo Le-u, moviendo su linda cabeza; quizá ha buscado la muerte en las aguas del Pei-ho para no cumplir esa horrible promesa.

¡Ah! Aquella hipótesis era demasiado admisible; Wang había querido ahogarse para eludir la obligación de cumplir su juramento. Sobre este punto Kin-Fo pensaba lo mismo que la joven. Aquellos dos corazones conservaban el recuerdo indeleble del filósofo. Excusado es decir que a consecuencia de la catástrofe de Pali-kao, los periódicos chinos cesaron de reproducir los anuncios ridículos del ilustre William J. Bidulph; de manera que la incómoda celebridad de Kin-Fo se desvaneció con tanta presteza como se había creado.

¿Y qué iba a ser de Craig y de Fry? Estaban encargados de defender los intereses de la *Centenaria* hasta el 30 de junio; es decir, durante diez días todavía; pero en realidad Kin-Fo no tenía ya necesidad de sus servicios. ¿Era de temor que Wang atentase a su persona? No, pues que no existía. ¿Podían temer que su cliente dirigiese contra sí mismo una mano criminal? Tampoco: Kin-Fo no quería ya que vivir y vivir bien y el mayor tiempo posible. Así, pues, la incesante vigilancia de Craig y de Fry no tenía razón de ser. Pero eran dos buenas personas aquellos dos entes originales; y si su adhesión, en último resultado, no se dirigía más que al cliente de la *Centenaria*, no por eso había dejado de ser

constante y sincera. Kin-Fo les rogó que asistiesen a su boda y ellos accedieron.

-Por lo demás, observó placenteramente Fry a Craig, un matrimonio es algunas veces un suicidio.

-Da uno la vida sin dejar de conservarla, respondió Craig con una sonrisa amable.

Desde el día siguiente por la mañana, Nan había sido reemplazada en la casa de la carrera de Cha-Cua por un personal más conveniente. Una tía de la joven, llamada la señora Latalu, debía hacer los oficios de madre hasta la celebración del matrimonio. La señora Lutalu, viuda de un mandarín de cuarta categoría, segunda clase y botón azul, antiguo lector imperial individuo de la Academia de Han-Sin, todas las cualidades físicas y morales exigidas para desempeñar dignamente aquellas importantes funciones.

En cuanto a Kin-Fo, pensaba salir de Pekín inmediatamente después de su matrimonio, porque no era de esos chinos que gustan vivir a la inmediación de las cortes, y no se consideraría verdaderamente feliz sino cuando viese a su esposa instalada en el rico yamen de Shanghai.

Eligió una habitación provisional en el *Tien-Fu-Tang, templo de la Dicha Celeste*, fonda y pastelería muy cómoda, situada cerca del baluarte de Tien-Miao, entre las dos ciudades tártara y china. Allí se acomodaron también Craig y Fry que por costumbre no podían decidirse a dejar a su cliente, mientras que Sun volvía a su servicio, siempre murmurando, pero teniendo mucho cuidado de mirar si había cerca de sí algún fonógrafo indiscreto. La aventura de Nan lo había hecho un poco prudente. Kin-Fo había tenido el placer de

encontrar en Pekín a dos amigos de Canton, el negociante Yin-Pang y el letrado Hual. Además, conocía a varios funcionarios y comerciantes de la capital y todos se prestaron con gusto a asistirle en aquellas solemnes circunstancias. Era verdaderamente feliz aquel hombre en otro tiempo indiferente, aquel imposible discípulo de Wang. Dos meses de cuidados, de inquietudes, de incomodidades; dos meses de movimiento e incertidumbre en su existencia, habían bastado para hacerle apreciar lo que es, lo que debe y lo que puede ser la felicidad en la tierra. Sí, el sabio filósofo tenía razón. ¿Por qué no estaba allí para confirmar una vez más su doctrina?

Kin-Fo pasaba al lado de la joven todo el tiempo que no dedicaba a los preparativos de la ceremonia; y Le-u era feliz teniendo a su lado a Kin-Fo. ¿Qué necesidad tenia éste de poner a contribución los más ricos almacenes de la capital para colmarla de regalos magníficos? No pensaba más que en él y se repetía las sabias máximas de la célebre Pan-Hoeis-Pan.

"Si una mujer tiene un marido según su corazón, es para toda su vida." "La mujer debe tener un respeto sin límites al hombre cuyo nombre lleva y fijar continuamente la atención sobre sí misma."

"La mujer debe ser en la casa como una sombra y como un simple eco." "El esposo es el cielo de la esposa."

Entre tanto, se terminaban los preparativos de aquella fiesta matrimonial que Kin-Fo quería que fuese espléndida.

Ya los treinta pares de zapatos bordados, que exige la canastilla de boda de una china, estaban colocados en la

habitación de la carrera de Cha-Cua. Los productos de la confitería de Simu-Yan, almendras, frutas pastas, dulces, conservas de ciruelas, naranjas, jengibre y pamplemusas; las magníficas telas de seda; las joyas de piedras preciosas y de oro finamente cincelado; las sortijas, brazaletes, estuches para uñas, agujas de cabeza, etc., todos los caprichos de la joyería de Pekín se habían acumulado en el gabinete de Le-u.

En ese extraño Imperio del Centro cuando una joven se casa no lleva ningún dote. Los padres del marido o el marido mismo la compran verdaderamente, y, a falta de hermanos, no puede heredar una parte del caudal paterno como su padre no la haya declarado expresamente heredera. Estas condiciones son arregladas generalmente por intermedios que se llaman *Mei-Yen* y el matrimonio no se decide hasta que todo está convenido y arreglado.

Entonces la joven es presentada a los padres del marido y éste no la ve hasta el momento en que la silla cerrada llega la casa conyugal. En aquel instante, se da al esposo la llave de la silla y abre la portezuela. Si le agrada su futura esposa, le tiende la mano; y si no le agrada, vuelve a cerrar inmediatamente la portezuela y el contrato queda roto, con la única condición de abandonar las arras a los parientes de la joven.

Nada semejante podía suceder en el caso de Kin-Fo, porque conocía a la joven y no tenía que comprarla a nadie, lo cual simplificaba mucho las cosas.

Al fin, llegó el 25 de junio. Todo estaba a punto para la ceremonia. Según costumbre, hacía tres días que la casa de Le-u continuaba iluminada exteriormente. Aquellas tres no-

ches la señora Lutalu, que representaba a la familia de la joven, había tenido que permanecer en vela, que es un modo de mostrarse triste en el momento en que la novia va a dejar el techo paterno. Si Kin-Fo hubiera tenido padres, su propia casa se hubiera iluminado también en señal de luto, porque se entiende que el matrimonio del hijo se considera como una imagen de la muerte del padre, y parece que entonces el hijo la sucede, como dice el Hao-Kien-Chuan.

Pero si estas costumbres no podían aplicarse a la unión de dos esposos absolutamente libres, había otras que necesariamente debían tenerse en cuenta.

No se habían despreciado las formalidades astronómicas. Los horóscopos, sacados según todas las reglas del arte, marcaban una perfecta compatibilidad de destinos y de caracteres. La época del año, la edad de la luna se mostraban favorables y nunca se había presentado un matrimonio bajo más felices auspicios.

La recepción de la novia debía hacerse a las ocho de la noche en la fonda de la *Dicha Celeste*; es decir, que la esposa iba a ser conducida con gran pompa al domicilio del esposo. En China los novios no se presentan ni al magistrado, ni al bonzo, ni al lama, ni a ningún sacerdote.

A las siete, Kin-Fo, acompañado de los inseparables Craig y Fry, radiantes de alegría como si fueran testigos de una boda europea, recibía a sus amigos en el umbral de su habitación.

¡Qué asaltos de ceremonias! Aquellos notables personajes habían sido invitados en papel rojo con algunas líneas de caracteres microscópicos que decían: "El señor Kin-Fo de

Shanghai saluda humildemente al señor... y lo ruega humildemente todavía... que tenga bondad de asistir a la humilde ceremonia... etc.”

Todos habían acudido para honrar a los esposos y tomar parte en el magnífico festín reservado a los hombres, mientras las señoras debían reunirse a una mesa especial servida para ellas.

Estaban allí el negociante Yin-Pun y el letrado Hual, algunos mandarines que llevaban en el bonete oficial el glóbulo rojo, del tamaño de un huevo de paloma, lo cual indicaba que pertenecían las tres primeras órdenes. Otros, de categoría inferior, no llevaban más que botones de color azul oscuro o de blanco opaco.

La mayor parte eran funcionarios civiles, de origen chino, como debían serlo los amigos de un hombre de Shanghai hostil a la raza tártara. Todos ibanvestidos magníficamente, con túnicas resplandecientes y bonetes de fiesta, y todos formaban una comitiva vistosa en extremo.

Kin-Fo, como lo requería la política, les esperaba a la entrada misma del edificio; y, a medida que fueron llegando, los condujo al salón de recepción, después de haberles rogado dos veces que pasaran delante a cada una de las puertas que se abrían por criados con librea de gala. Llamábales por los nombres de sus dignidades; les pedía noticias de su noble salud; se informaba de sus nobles familias; en fin, un minucioso observador de las ceremonias de la cortesía china, pueril y honrada, no hubiera podido señalar la más ligera incorrección en la conducta de Kin-Fo.

Craig y Fry admiraban aquellas ceremonias; pero no perdían de vista a su atildado cliente.

Ambos habían tenido la misma idea. Si, lo que era imposible, Wang no hubiese muerto, como se creía, en las aguas del río; si asomara, mezclado entre los grupos de los convidados, ¿qué sucedería? Aun no habían transcurrido las veinticuatro horas del día 25 de junio; la última hora no había sonado todavía; la mano del Tai-Ping no estaba desarmada.

Sí en el último momento...

No: esto era inverosímil pero, en fin, era posible. Así, por un resto de prudencia, Craig y Fry miraban con cuidado a todos los que se presentaban... Después de bien mirados todos, se convencieron que no había en la reunión ninguna cara sospechosa.

Entre tanto, la futura salía de su casa de la Carrera de Cha-Cua, y tomaba asiento en un palanquín cerrado.

Si Kin-Fo no había querido tomar el traje de mandarín, que todo novio tiene derecho a ponerse para honrar la institución del matrimonio, que los antiguos legisladores tenían en grande estima, Le-u se había conformado con los reglamentos de la alta sociedad, y estaba resplandeciente con su prendido y vestido rojo, hecho de una admirable tela de seda bordada. Su rostro se ocultaba, por decirlo así, bajo un velo de perlas finas, que parecían caer gota a gota de la rica diadema de circulo de oro que ceñía su frente.

Piedras finas y flores artificiales del mejor gusto, brillaban en su cabellera y en sus largas trenzas negras. Kin-Fo no podría menos de encontrarla más hechicera todavía, cuando bajase del palanquín que su mano iba a abrir en breve.

La comitiva se puso ea marcha, torció la esquina para tomar la calle Mayor y seguir el baluarte de Tien-Mien. Sin duda, si aquello hubiera sido un entierro en vez de una boda, la ceremonia habría sido más magnifica; pero, en suma, merecía, con justicia, que los transeúntes se detuvieran para verla pasar.

Amigas y compañeras de Le-u seguían al palanquín, llevando con gran pompa los diferentes objetos de lo que se llaman las *vistas*. Unos veinte músicos marchaban delante con gran estrépito de instrumentos de cobre, entre los cuales sobresalía el gong sonoro. Alrededor del palanquín se agitaba una multitud de conductores, con antorchas y farolillos de mil colores. La futura, sin embargo, permanecía oculta a la vista de todos, porque la etiqueta exigía que fuera su esposo el primero que la viese.

En estas condiciones y en medio de un ruidoso concurso de pueblo, llegó la comitiva hacia las ocho de la noche a la fonda de la *Dicha Celeste*.

Kin-Fo estaba a la entrada, que había sido adornada magníficamente, esperando la llegada del palanquín para abrir la portezuela, después de lo cual debía ayudar a su futura a bajar, y conducirla a la habitación reservada, donde ambos debían saludar cuatro veces al cielo, pasando después a celebrar el banquete nupcial. La mujer haría cuatro genuflexiones ante su marido; éste, a su vez, haría dos ante la mujer; derramarían dos o tres gotas de vino en forma de libaciones; ofrecerían algunos alimentos a los espíritus intermedios; les llevarían dos copas llenas; beberían cada uno hasta la mitad

y, mezclando en una sola copa el resto, beberían en ella uno después de otro y quedaría consagrada su unión.

Al llegar el palanquín, Kin-Fo se adelantó, y un maestro de ceremonias le dio la llave. La tomó, abrió la portezuela y tendió la mano a la linda Le-u, que estaba toda conmovida. Le-u ligeramente, y atravesó el grupo de convidados, que se inclinaron con respeto, levantando la mano a la altura del pecho.

En el momento en que la joven iba a atravesar la puerta de la fonda, se dio la señal. Enormes cometas luminosas se levantaron en el espacio, y balancearon al soplo de la brisa sus imágenes multicolores de dragones, de aves fénix y de otros emblemas del matrimonio. Palomas eolias, provistas de un pequeño aparato sonoro, fijo en sus colas, salieron volando y llenaron el espacio de una armonía celeste. Cohete de mil colores silbaron en el aire y esparcieron una deslumbrante lluvia de oro.

Pero, de repente, se oyó en la alameda de Tien-Men un ruido lejano de gritos y toques de trompeta. El ruido cesaba de cuando en cuando y después volvía de nuevo.

Se fue acercando, y pronto invadió la calle donde la comitiva nupcial se había detenido. Kin-Fo escuchó. Sus amigos, indecisos, esperaban a que la joven entrara en la fonda.

Pero, casi al mismo tiempo, la calle se llenó de gente, singularmente agitada, y el ruido de las trompetas se acercó más y más.

-¿Qué es eso preguntó Kin-Fo?

La fisonomía de Le-u se había alterado, y un secreto presentimiento aceleraba los latidos de su corazón.

La multitud invadió al fin la calle, rodeando a un heraldo de librea especial escoltado por muchos *tipaos*. Aquel heraldo, después de imponer silencio, dijo estas palabras, seguidas de un sordo murmullo:

-La emperatriz viuda ha muerto. ¡Entredicho! ¡Entredicho!

Kin-Fo comprendió lo que aquello quería decir, porque era un golpe que le hería directamente, y no pudo contener un ademan de cólera.

Acababa de decretarse el luto imperial, con motivo de la muerte de la viuda del último emperador. En su consecuencia, durante un plazo que fijaría la ley, se prohibía a todos afeitarse la cabeza, dar fiestas públicas y representaciones teatrales; se prohibía a los tribunales administrar justicia, y se suspendía la celebración de matrimonios.

Le-u, desconsolada, pero animosa por no aumentar la pena de su novio, presentó buena cara a la desgracia. Tomó la mano de su querido Kin-Fo, y, con voz que quiso hacer serena para ocultar su emoción, lo dijo:

- Esperaremos.

El palanquín volvió a marchar con la joven hacia la casa de la Carrera de Cha-Cua; se suspendieron los negocios; se quitaron las mesas que ya estaban preparadas; se despidieron los músicos, y se separaron los amigos del afligido Kin-Fo, después de haberle dirigido sus cumplimientos de pésame.

No podía correrse el riesgo de infringir el decreto imperial.

Decididamente, la mala suerte continuaba persiguiendo a Kin-Fo. Otra ocasión se le presentaba para aprovechar las

lecciones de filosofía que había recibido de su antiguo maestro.

Quedóse solo con Craig y Fry en la habitación desierta de la fonda de la *Dicha Celeste*, cuyo nombre le parecía ya un amargo sarcasmo.

El plazo del entredicho se podía prolongar, según la voluntad del Hijo del Cielo. ¡Y Kin-Fo, que había contado con volver inmediatamente a Shanghai, para instalar a su joven esposa en el rico yamen y comenzar una nueva vida en condiciones nuevas!

Una hora después, entraba un criado y le daba una carta que en aquel momento, acababa de llevar un mensajero.

Kin-Fo, cuando miró el sobre y conoció la letra, no pudo contener un grito. La carta era de Wang, y decía lo siguiente:

"Amigo: no he muerto; pero cuando recibas esta carta, habré cesado de vivir."

"Muero porque no tengo valor para cumplir mi promesa; pero tranquilízate, lo he previsto todo."

"Lao-Sen, antiguo jefe de los Tai-Ping y compañero mío, tiene tu carta. Él tendrá la mano y el corazón más firmes que yo para cumplir la horrible misión que me obligaste a aceptar. A él pasará, por consiguiente, el capital asegurado sobre tu cabeza; yo se lo traspaso, y él lo cobrará cuando tú no existas..."

"Adiós. Te precedo en la muerte. Hasta luego, amago mío. Adiós."

"Wang"

CAPÍTULO XVI

En el cual Kin-Fo, todavía soltero, comienza a correr de nuevo a toda prisa.

Tal era la situación en que se hallaba Kin-Fo, mil veces más grave que lo había sido nunca.

Wang, a pesar de la palabra que había dado, había sentido debilitarse su valor al llegar el momento de herir a su joven discípulo. Es decir, que Wang no sabia nada del cambio acaecido en la fortuna de Kin-Fo, pues que en su carta nada le decía. ¡Y Wang había encargado a otro el cumplimiento de su promesa! ¡Y qué otro! Un Tai-Ping temible entre todos, que no tendría escrúpulo en cometer un simple asesinato, del cual ni siquiera le podrían hacer responsable, porque la carta de Kin-Fo le aseguraba la impunidad, y el testamento de Wang un capital de 50.000 duros.

-¡Ah! ¡Esto es demasiado! Exclamó Kin-Fo, en el primer movimiento de cólera.

Craig y Fry se enteraron de la misiva de Wang.

- La carta de usted, dijeron a Kin-Fo, ¿no tenía la fecha del 25 de junio, como último día del plazo concedido a Wang para cumplir su promesa?

- No tal, respondió Kin-Fo. Wang debía poner en ella la fecha del día de mi muerte. Ahora, ese Lao-Sen puede matarme cuando le parezca, sin tener para ello plazo determinado.

- Es verdad, dijeron Craig y Fry; pero tiene interés en ejecutar la muerte en breve.

-¿Por qué?

- Para poder cobrar el capital asegurado en cabeza de usted antes de que haya caducado la póliza.

El argumento era incontestable.

- Es verdad, respondió Kin-Fo; pero, de todos modos, no debo perder tiempo en recobrar mi carta, aunque tenga que pagarla con los 50.000 duros prometidos a ese Lao-Sen.

- Justo, dijo Craig.

- Cierto, añadió Fry.

-Marcharé pues. Alguien debe saber donde ahora ese jefe Tai-Ping quizá no se ocultará tanto como Wang.

Hablando así, Kin-Fo no podía estarse quieto en ninguna parte: iba y venia; aquella serie de golpes contundentes, que habían caído sobre él uno tras otro, le ponía en un estado de sobreexcitación extraordinaria.

- Marchemos, dijo. Voy en busca de Lao-Sen. Ustedes, señores, hagan lo que le parezca.

- Los intereses de la *Centenaria*, respondieron Fry y Craig, están más amenazados que nunca; y abandonar a usted en estas circunstancias, sería faltar a nuestro deber. No nos separaremos de usted.

No había un momento que perder; pero, ante todo, era preciso saber a ciencia cierta quien era ese Lao-Sen y en qué

paraje residía. Ahora bien, la fama del Tai-Ping era tal, que no parecía difícil obtener estas noticias.

En efecto, el antiguo compañero de Wang, en el movimiento insurreccional de los mangchao, se había retirado al Norte de la China, al otro lado de la gran muralla, hacia la parte inmediata al golfo de Leao-Tong, que es un anexo al golfo de Phe-Chi-Li. Si el gobierno imperial no había tratado todavía con él como lo había hecho con algunos otros jefes rebeldes, a quienes no había podido reducir, a lo menos le dejaba operar tranquilamente en esos territorios situados al otro lado de las fronteras chinas, donde Lao-Sen, resignado a un papel más modesto, hacia el oficio de salteador de caminos. ¡Ah, Wang había escogido bien al hombre que necesitaba! Este no tendría escrúpulos, y, por una puñalada más o menos, no había de conmoverse su conciencia.

Kin-Fo y los dos agentes obtuvieron, pues, noticias completas, acerca del Tai-Ping, y supieron que le habían visto últimamente en las inmediaciones de Fu-Ning, puertecillo del golfo de Leao-Tong, Resolvieron, pues, dirigirse sin tardanza a aquel sitio. Ante todo, Kin-Fo informó a Le-u de lo que acababa de pasar, y las angustias de la joven se redoblaron. Con lágrimas en los ojos, quiso disuadir a Kin-Fo de aquel viaje, diciéndole que, en vez de huir el peligro, iba a encontrarlo; que valía más esperar, alejarse, y hasta salir del Celeste Imperio, y, en caso de necesidad, refugiarse en alguna parte del mundo, donde no pudiera alcanzarles el feroz Lao-Sen.

Pero Kin-Fo le hizo comprender que no podría soportar la perspectiva de vivir bajo aquella amenaza incesante y a la

merced de un malvado como Lao-Sen, a quien su muerte valdría una riqueza. No: era preciso concluir de una vez. Kin-Fo y sus fieles acólitos marcharían aquel mismo día, se presentarían al Tai-Ping, rescatarían, A precio de oro, la deplorable carta, y estarían de vuelta en Pekín, aun antes que concluyera el plazo marcado en el decreto que había prohibido los matrimonios.

- Querida hermanita, dijo Kin-Fo, ahora siente menos que nuestro matrimonio se haya aplazado por algunos días. Si estuviera ya hecho, ¡qué situación para ti!

- Si estuviera hecho, respondió Le-u, tendría el derecho y el deber de seguirte y te seguiría.

- No, dijo Kin-Fo, preferiría mil muertes antes que exponerte a un solo peligro... Adiós, Le-u, adiós.

Y Kin-Fo, con los ojos bañados de lágrimas se arrancó de los brazos de la joven, que quería detenerlo.

El mismo día Kin-Fo, Craig y Fry, seguidos de Sun, a quien su mala ventura no dejaba un momento de descanso, salieron de Pekín y tomaron el camino de Tong-Cheu, a llegaron al cabo de una hora.

Veamos lo que habían decidido.

El viajo por tierra, atravesando unas provincias poco seguras, ofrecía dificultades graves.

Si no se hubiera tratado más que de llegar a la gran muralla del Norte de la capital, cualesquiera que fuesen los peligros que ofreciera aquel camino de 160 lis (40 leguas) habría sido necesario arrostrarlos. Pero el puerto de Fu-Ning no se hallaba hacia el Norte, sino hacia el Este, y, dirigiéndose a él por mar, se ganaría tiempo y se evitarían muchos peligros.

En cosa de cuatro o cinco días, Kin-Fo y sus compañeros podrían llegar a Fu-Ning y allí consultarían lo que habían de hacer.

¿Pero se encontraría un buque que saliera para Fu-Ning?

Esto era lo que había que averiguar ante todo, para lo cual era preciso visitar a los agentes marítimos de Tong-Chen.

En aquella ocasión, la casualidad sirvió a Kin-Fo, a pesar de la mala fortuna que le perseguía sin descanso. Había un buque a la carga para Fu-Ning en la embocadura del Pei-ho.

No había, pues, que hacer más que tomar uno de los rápidos vapores que hacen el servicio del río, salir hasta la embocadura y embarcarse en el buque que esperaba.

Craig y Fry no tuvieron más que una hora para hacer sus preparativos, y la emplearon en comprar los aparatos de salvamento conocidos, desde el primitivo cinturón de corcho, hasta los vestidos insumergibles del capitán Boyton. Kin-Fo seguía valiendo 200.000 duros, y para viajar por mar, no tenía que pagar aumento de prima, pues que estaba asegurado contra todos los riesgos. Podía, pues, suceder una catástrofe, y era preciso preverlo todo.

El 26 de junio, a las doce de la mañana, Kin-Fo, Craig, Fry y Sun se embarcaron en el *Pei-Tang* y bajaron por el Pei-Ho. Las sinuosidades de este río, tan son caprichosas que le alargan en una extensión doble de la que tendría una línea recta que uniese a Tong-Chen con su embocadura; pero está canalizado y es, por consiguiente, navegable para buques de gran cabida. Por eso, el movimiento marítimo en

él es grande y mucho más importante que el de la carretera que se extiende paralelamente a él.

El *Pei-Tang* bajaba rápidamente entre las balizas del canal, batiendo con sus ruedas las aguas amarillentas del río y perturbando en su remolino los muchos canales de riego de las dos orillas.

Pronto pasó de la alta torre de una pagoda que hay mas allá de Tong-Chuey, que desapareció en un recodo que bruscamente hacía el río.

Allí, el Pei-ho no era todavía muy ancho. Corría entre dunas arenosas y entre lugarcillos agrícolas, por un paisaje bastante cubierto de árboles, entro huertos y setos vivos. Después se presentaron varias poblaciones importantes, como Matao, He-Si-Vu, Nan-Tsae y Yan-Tsu, donde todavía se hacen sentir las mareas.

En breve, apareció Tsien-Tsin. Allí tuvieron que perder algún tiempo, porque fue preciso aguardar a que abriesen el puente del Este, que reúne las dos orillas del río, y circular después, no sin trabajo, entre los centenares de buques que está lleno el puerto. Esto no pudo hacerse sin grandes clamores y a costa de las amarras de alguna barca que se cortaban, sin atender al daño que de ello podía resultar. De aquí una confusión de barcos arrastrados por la corriente, que hubiera dado mucho que hacer a los capitanes y maestres del puerto, si los hubiera habido en Tsien-Tsin.

Durante toda aquella navegación, excusado es decir que Craig y Fry, más atentos y cuidadosos que nunca, no se apartaban una pulgada de su cliente.

No se trataba ya del filósofo Wang, con quien hubiera sido fácil un arreglo, si se le hubiera podido avisar, sino de Lao-Sen, un tai-ping a quien no conocían, lo cual le hacía mucho más temible. Hubieran podido creerse en seguridad, pues que iban buscarle,; ¿pero no podía haberse puesto en camino para buscar a su víctima? Y entonces, ¿cómo evitarlo? ¿Cómo prevenir el crimen? Craig y Fry veían un asesino en cada pasajero del *Pei-Tang*. No comían, no dormían, no vivían.

En cuanto a Sun, no dejaba de estar poseído de una horrible ansiedad. El solo pensamiento de caminar por mar, lo marcaba ya. Se ponía pálido a medida que el *Pei-Tang* se acercaba al golfo de Pe-Chi-Li. Su nariz se arrugaba, su boca se contraía y, sin embargo, las aguas tranquilas del río no imprimían todavía ninguna sacudida al vapor.

¿Qué sería cuando Sun tuviera que soportar las olas cortas de un mar estrecho, esas olas que hacen los balances más vivos y más frecuentes?

-¿No has navegado nunca? Le preguntó Craig.

- Jamás.

-¿No te parees bien? Preguntó Fry.

- No.

- Pues ten cuidado de levantar la cabeza, añadió Craig.

-¡La cabeza!

-Y de no abrir la boca... añadió Fry.

Sun hizo comprender a los agentes que no quería hablar, y fue a instalarse en el centro del barco, no sin haber dirigido hacia el río, que se iba ensanchando, la mirada melancólica de las personas predestinadas a prueba a un poco ridícula

del mareo. El paisaje se había modificado. La orilla derecha, más acantilada, contrastaba por su elevación con la orilla izquierda, cuya larga playa se cubría con la espuma de una ligera resaca. Más allá se extendían grandes campos de sorgo, de maíz, trigo y mijo. Allí, como en toda la China, madre de familia que tiene tantos millones de hijos que alimentar, no había una parte cultivable de terreno que no estuviese cultivada. Por todas partes se veían canales de riego, o aparatos de bambúes, especie de norias en embrión, que sacaban y esparcían profusamente el agua. Acá y allá, cerca de las aldeas, formadas de casas construidas de barro y paja, se levantaban algunos grupos de árboles de diversas especies, entre las cuales había viejos manzanos que no hubieran figurado mal en una llanura normanda. Por las orillas iban y venían muchos pescadores, a los cuales los cormoranes servían de perros de pesca. Estos volátiles, una señal de sus amos, se sumergían en el agua y sacaban los peces, que no se habían podido comer, gracias a un anillo que les apretaba el cuello. Después se veían patos, cuervos, maricas, gavilanes, a quienes el ruido del vapor hacía levantar el vuelo entre las altas yerbas.

Si la carretera a lo largo del río se mostraba entonces desierta, en cambio el movimiento marítimo del Pei-ho no se disminuía. ¡Qué de barcos de toda especie subían y bajaban por él! Juncos de guerra con su batería de barbeta, cuyo techo formaba una curva muy cóncava de popa a proa, manejados por dos filas de remotos o por paletas movidas por mano de hombre; juncos de aduanas de dos palos con velas de chalupa puestas en tensión por palos transversales y

adornados en la popa y en la proa de cabezas o de colas de fantásticas quimeras; juncos de comercio de gran cabida, anchos cascos que, cargados de lo más precioso del Celeste Imperio, no temían arrostrar los tifones de los mares inmediatos; juncos de viajeros que marchaban al remo o a la cuerda, según las horas de la marea, y destinados a las personas que tenían tiempo de sobra; juncos le mandarines, pequeños yachts de placer, remolcados por sus canoas; sampanes de todas formas con velas de estera de junco, y de los cuales los más pequeños, dirigidos por jóvenes con el remo en una mano y el niño al hombro, merecen bien su nombre que significa *tres tablas*; en fin, balsas de madera, verdaderas aldeas flotantes con cabañas, tiestos de árboles, legumbres, etc.

Poco a poco las poblaciones iban siendo más raras. Se cuentan unas veinte entre Tien-Sin y Ta-Ku a la embocadura del río. En las orillas salían torbellinos de humo de algunos hornos de ladrillo, cuyos vapores enturbiaban el aire, uniéndose a los del buque. La noche llegaba precedida por el crepúsculo de junio, que se prolonga bastante en aquella latitud. Pronto se dibujaron en la penumbra multitud de dunas blancas, simétricamente, dispuestas y de una forma igual. Eran montones de sal recogidos en las salinas inmediatas. Allí, entre terrenos áridos, se abría el estuario del Pei-ho, triste pasaje dice el señor de Beauvoir, que es todo arena, todo sol, todo polvo y todo ceniza.

A l mañana siguiente, 27 de junio, antes de salir el sol, el *Pei-Tang* llegó al puerto de Ta-Ku, casi a la embocadura del río. En aquel paraje, en las dos orillas se levantan los fuertes

del Norte y del Sur, hoy arruinados, que fueron tomados por el ejército anglofrancés en 1860. Allí se dio la gloriosa batalla del general Collineau en 24 de agosto del mismo año; allí los cañoneros habían forzado la entrada del río; allí se extiende una estrecha banda de territorio apenas ocupado que lleva el nombre de concesión francesa; y allí se ve todavía el monumento funerario bajo el cual reposan los restos de los oficiales y soldado muertos en aquellos combates memorables.

El *Pei-Tang* no debía pasar la barra. Todos los pasajeros tuvieron que desembarcar en Ta-ku, ciudad bastante importante ya, cuyo desarrollo será considerable si los mandarines dejan establecer un camino de hierro que la una a Tien-Tsin.

El buque que estaba a la carga debía darse a la vela para Fu-Ning el mismo día. Kin-Fo y sus compañeros no tenían momento que perder. Hicieron, pues, llegar a la orilla un sampán, y un cuarto de hora después estaban a bordo del *Sam-Yep*.

CAPÍTULO XVII

En el cual se compromete de nuevo el valor mercantil de Kin-Fo.

Ocho días antes, un buque norteamericano había anclado en el puerto de Ta-Ku. Fletado por la sexta compañía chino-californiana, había sido cargado por cuenta de la agencia Fuk-Ting-Tong, que está instalada en el cementerio de Laurel Hill de San Francisco.

Allí los chinos muertos en América esperan el día de ser trasladados a su patria, fieles a su religión, que les manda descansar en la tierra natal.

Este buque, destinado a Canton, había tomado, con autorización escrita de la agencia, un cargamento de doscientos cincuenta ataúdes, con sus correspondientes cadáveres, de los cuales setenta y cinco debían ser desembarcados en Ta-Ku para ser enviados inmediatamente a las provincias del Norte. Habíase ya hecho el transbordo de este cargamento del buque norteamericano al buque chino, el cual, en la mañana del 27 de junio, aparejó para el puerto de Tu-Ning.

En este buque fue donde tomaron pasaje Kin-Fo y sus compañeros. No le habrían elegido sin duda; pero, no ha-

biendo otros que salieran para el golfo de Lero-Tong, tuvieron que embarcarse en él. Además, no se trataba sino de una travesía de dos o tres leguas a lo sumo, facilísima en aquella época del año.

El *Sam-Yep* era un junco de mar de cabida de unas 300 toneladas.

Los hay de 1000 y de más que calan seis pies solamente, calado que les permite pasar la barra de los más del Celeste Imperio. Siendo demasiado anchos para en longitud, con un bao de la cuarta parte de la quilla, marchan mal no yendo de bolina, según parece. Pero pueden virar en redondo sobre el mismo sitio, virando como una peonza, lo que les da una ventaja sobre otros buques de líneas más finas. El azafrán con su enorme timón está perforado por varios agujeros, sistema muy preconizado en China y cuyo efecto parece muy dudoso. De todos modos, estos grandes buques arrostran las costas de aquellos mares, y aún se citan juncos que, equipados por una casa de Canton, bajo el mando de un capitán norteamericano, han llevado a San Francisco un cargamento de té y porcelana. Está, pues, demostrado que estos buques pueden sostenerse en el mar, y los hombres competentes son de parecer que los chinos se hacen muy buenos marineros.

El *Sam-Yep*, de construcción moderna, casi recto de proa a popa, recordaba por su construcción la forma de los cascos europeos. No tenía, clavos ni clavijas de bambúes: calafateado de estopa y resina del Cambodge, permanecía tan seco que no tenía ni siquiera bomba de bodega. Su ligereza le hacía flotar sobre el agua como un pedazo de corcho. Un

ancla fabricada de madera muy dura; un parejo de fibras de palmera de una flexibilidad notable; velas flexibles que se manejaban desde cubierta y se cerraban y abrían a manera de abanico; dos palos dispuestos como el mayor y el mesana de un lugre sin escandalosa, sin foques, tal era aquel junco; bien comprendido, en suma, y, bien aparejado para las necesidades del cabotaje.

Ciertamente nadie al ver el *Sam-Yep* hubiera adivinado que sus armadores le habían transformado en un enorme carro fúnebre.

En efecto, en ves de las cajas de té, de los fardos de sedería y de las pastillas de perfumería china, estaba cargado de los ataúdes que hemos dicho. Pero nada había perdido de sus vivos colores. En sus dos alcázares de popa y proa ondeaban oriflamas y penachos multicolores. En la proa tenía un gran ojo flameante que le daba el aspecto de un gigantesco animal marino, y en el tope de los palos la brisa desarrollaba el brillante estambre del pabellón chino. Dos cañones alargaban por encima de la borda sus bocas relucientes que reflejaban como un espejo los rayos solares; máquinas útiles en aquellos mares, todavía infestados de piratas. Todo aquel conjunto en alegre, risueño, agradable a la vista. Después de todo, el *Sam-Yep* no hacía más que devolver a su patria algunos chinos; verdad es que eran cadáveres, pero cadáveres satisfechos.

Ni Kin-Fo, ni Sun podían experimentar la menor repugnancia en tal situación. Eran demasiado chinos para eso. Craig y Fry, semejantes a sus compatriotas norteamericanos, que no gustan de este género de cargamento, hubieran pre-

ferido, sin duda, cualquier otro buque de comercio, pero no les había sido dado elegir.

Un capitán y seis hombres componían la tripulación del junco, y bastaban para las maniobras sencillas del velamen. Dicen que la brújula ha sido inventada por los chinos: es posible, pero los que se ocupan en el cabotaje no la usan jamás, y navegan por la observación y las marcaciones. Esto es lo que iba a hacer el capitán Yin, comandante del *Sam-Yep*, que contaba no perder de vista el litoral del golfo.

El capitán Yin, hombrecillo de cara risueña, vivo y locuaz, era la demostración palpable de ese insoluble problema del movimiento perpetuo, porque no se podía estar dos minutos quieto en su sitio. Era abundante en gestos, y sus ojos hablaban mas que su lengua, la cual, sin embargo, no descansaba jamás detrás de sus dientes blancos. Traía a mal traer a la tripulación; la interpelaba a cada momento, la injuriaba, pero en suma era un buen marino, muy práctico en aquellas costas y que manejaba el junco como si la tuviera entro los dedos. El alto precio que Kin-Fo pagaba por su pasaje y el de sus compañeros, no podía alterar el humor jovial del capitán. Pasajeros que pagaban 50 telas (unas 2100 pesetas) por una travesía de sesenta y ocho horas eran una ganga, si no se mostraban más exigentes respecto de la cama y del alimento que sus compañeros de viaje empaquetados en la bodega.

Kin-Fo, Craig y Fry habían tomado alojamiento, bien mal, bajo el alcázar de popa, Sun en el de proa.

Los dos agentes, siempre desconfiados, se habían entregado a un minucioso examen de la tripulación y del capitán;

pero nada hallaron sospechoso en la actitud de aquella buena gente. Suponer que podían estar de acuerdo con Lao-Sen era completamente inverosímil, pues que solo la casualidad, había puesto el junco a disposición de su cliente; y ¿cómo la casualidad había de ser cómplice del famoso Tai-Ping? La travesía, fuera de los peligros que ofreciera la mar, debía, pues, proporcionar una tregua de algunos días a su alarma continua. Por eso dejaron a Kin-Fo más solo que otras veces. Este no se disgustó de su soledad. Se metió en su camarote y pudo *filosofar* a sus anchas. ¡Pobre hombre, que no había sabido apreciar su dicha ni comprender lo que valía aquella existencia exenta de cuidados en el yamen de Shanghai! ¡Pobre hombre, a quien el trabajo hubiera podido transformar! Si volvía a entrar en posesión de su carta, ya se vería si la lección le había servido de algo y si el loco no se había vuelto juicioso.

Pero aquella carta, ¿la recobraría al fin? Sí, sin duda ninguna, pues que pondría precio a su restitución. Aquella no podía ser para Lao-Sen más que una cuestión de dinero. Sin embargo, era preciso comprarla y no ser sorprendido: gran dificultad. Lao-Sen debía estar al corriente de todo lo que hacía Kin-Fo, mientras que kin-Fo no sabía nada de lo que hacía Lao-Sen. De aquí el peligro serio que correría luego que hubiera desembarcado en la provincia explotada por el Tai-Ping. Todo consistía en sorprenderle. Evidentemente Lao-Sen prefería cobrar 50.000 duros en vida de Kin-Fo que la misma cantidad a su muerte, porque esto le evitaría un viaje Shanghai y una visita a la *Centenaria*, cosa peligrosa para

él, cualquiera que fuese la longanimidad del gobierno acerca de su conducta anterior.

Así pensaba el transformado Kin-Fo, y puede creerse que la noble viuda de Pekín tenía una gran parte en sus proyectos de porvenir.

Entre tanto ¿qué pensaba Sun?

Sun no reflexionaba. Estaba tendido en el alcázar, pagando su tributo a las divinidades malhechoras del golfo de Pe-Chi-Li. No lograba reunir en su mente ninguna idea sino para maldecir a su amo, al filósofo Wang y al bandido Lao-Sen. Su corazón era estúpido, sus ideas estúpidas y sus sentimientos también. No pensaba ya en el té, ni en el arroz. ¿Qué viento le había llevado por allí, sin duda equivocadamente? Había hecho muy mal, diez mil veces mal, en entrar al servicio de un hombre a quien se le había antojado navegar. Daría de buena gana lo que lo quedaba de coleta por no estar allí. Preferiría afeitarse toda la cabeza y hacerse bonzo. Tenía un mareo como si fuese un perro amarillo que le devorase el hígado y las entrañas.

Entre tanto, bajo el impulso de un buen viento del Sur, el *Sam-Yep* seguía, a tres o cuatro millas de distancia, las costas bajas del litoral, que se extendían del Este al Oeste. Pasó por delante de Peh-Tang, a la embocadura del río de este nombre, no lejos del sitio donde los ejércitos europeos realizaron su desembarco, y después delante de Shan-Tung, de Shian-Ho, de las bocas del Tau, y de Hai-Ve-Tse.

Aquella parte del golfo comenzaba a presentarse desierta. El movimiento marítimo, muy importante en el estuario del Pei-Ho, no se extendía a 20 millas más allá. Algunos juncos

de comercio que hacían el cabotaje; una docena de barcas pescadoras que explotaban el agua, abundante en peces de la costa y las almadrabas de la orilla; a lo lejos del horizonte, absolutamente desierto: tal era el aspecto de aquella parte del mar.

Craig y Fry observaron que las barcas pescadoras, aun aquellas que no pasaban de cinco a seis toneladas, iban armadas con uno o dos cañoncitos.

Hicieron esta observación al capitán Yin, el cual respondió, frotándose las manos:

- Todo se necesita para imponer miedo a los piratas.

-¡Piratas en esta parte del golfo parte de Pe-Chi-Li! Exclamó Fry.

- Hay abundancia de esa buena gente en los mares de la China.

Y el digno capitán se echó a reír, mostrando las dos filas de sus dientes blanquísimos.

- Parece que no les teme usted mucho, observó Fry.

- No, tengo aquí mis dos cañones, que son dos buenos mozos y que hablan muy alto cuando alguno se les pone demasiado cerca.

-¿Están cargados? Preguntó Craig.

- Ordinariamente sí.

-¿Y ahora?

- No.

-¿Por qué? Preguntó Fry.

- Porque no tengo pólvora, respondió tranquilamente el capitán Yin.

-¿Entonces para qué sirven los cañones? Dijeron Craig y Fry, poco satisfechos de la respuesta.

-¡Para qué! Exclamó el capitán. Para defender un cargamento cuando vale la pena de defenderlo, cuando el junco está atestado hasta las escotillas de té o de opio. Pero hoy con el cargamento que lleva...

-¿Y cómo, dijo Craig, han de saber los piratas si este junco vale o no la pena de ser atacado?

-¿Teme usted la visita de esa buena gente? Respondió el capitán, encogiéndose de hombros y girando sobre sus talones.

- Sí, señor, dijo Fry.

- No traen ustedes ni siquiera una pacotilla a bordo.

- Es verdad añadió Craig, pero tenemos razones particulares para no desear esa visita.

- Pues bien, estén ustedes tranquilos, respondió el capitán. Los piratas, si encontramos algunos, no darán caza nuestro junco.

-¿Por qué?

- Porque sabrán de antemano a qué atenerse sobre la naturaleza de su cargamento desde el instante que le tengan a la vista.

Y el capitán Yin les mostró una bandera blanca que flotaba a la mitad del palo mayor del junco.

- La bandera blanca a media asta es la bandera del luto, y esa buena gente no se molestará para saquear un cargamento de ataúdes.

- Pueden creer que navegamos bajo pabellón de luto por prudencia, observó Craig, y venir a bordo para cerciorarse.

- Si vienen los recibiremos, respondió el capitán Yin; y cuando nos hayan visitado, se volverán como hayan venido.

Craig y Fry no insistieron; pero no participaban, sino en muy corto grado, de la inalterable tranquilidad del capitán. La captura de un junco de 300 toneladas, aun en lastre, ofrecía buen provecho a la *buena gente* que hablaba Yin para animarla a intentar el golpe. De todos modos, era preciso resignarse y esperar que la travesía se hiciera con toda felicidad.

Por lo demás, el capitán no había descuidado nada de lo que pudiera asegurarle un éxito favorable.

En el momento de aparejar, había sacrificado un gallo en honor de las divinidades del mar. Del palo de mesana pendían todavía las plumas del desdichado gallináceo. Algunas gotas de su sangre esparcidas por el puente y una copita de vino arrojada al mar, habían completado aquel sacrificio propiciatorio. Así consagrado, ¿qué podía temer el junco *Sam-Yep* a las órdenes del digno capitán Yin?

Sin embargo, podía sospecharse que aquellas caprichosas divinidades no habían quedado satisfechas. Ya fuera que el gallo estuviera demasiado flaco, ya que el vino no procediese de las mejores bodegas de Chao-Chin, acometió al junco un terrible vendaval que no había podido ser previsto, porque durante el día claro y despejado había reinado tiempo bueno y favorable brisa. El más experto de los marineros no hubiera podido adivinar que se preparaba aquella galerna.

Hacia las ocho de la noche el *Sam-Yep* se disponía a doblar el cabo que presenta el litoral hacia el Nordeste, después de cuya operación no tendría más que correr a gran largo,

cosa muy favorable para su marcha. El capitán Yin, sin presumir demasiado de sus fuerzas, contaba llegar dentro de veinticuatro horas al fondeadero de Fu-Ning.

Kin-Fo veía acercarse la hora del desembarco, no sin un movimiento de impaciencia y Sun con un movimiento casi de ferocidad. Fry y Craig hacían la observación que si en tres días su cliente había recobrado de mano de Lao-Sen la carta que comprometía su existencia, habría conseguido su objeto precisamente en el mismo instante en que la *Centenaria* no necesitaría cuidarse de él por más tiempo. En efecto, su póliza caducaba el 30 de junio a las doce de la noche, pues que no había pagado más que el plazo de dos meses al ilustre William J. Bidulph. Y entonces:

- All... dijo Fry.

- Right, añadió Craig [8]

Al anochecer, cuando el junco llegaba la entrada golfo de Leao-Tong, el viento saltó bruscamente al Nordeste y después, pasando por el Norte, comenzó dos horas más tarde a soplar del Noroeste.

Si el capitán Yin hubiese tenido un barómetro a bordo, hubiera podido observar que la columna mercurial bajaba cuatro o cinco casi súbitamente. Esta rápida rarefacción del aire presagiaba un tifón [9] poco distante, cuyo movimiento conmovía ya las capas atmosféricas. Por otra parte, si hubiera conocido las observaciones del inglés Paddington del

---

[8] All right es una frase muy comunmente usada por los ingleses para expresar que todo va bien. (N. del T)

[9] Los huracanes giratorios se llaman tornados en la costa occidental del Africa y tifones en los mares de la China. Su nombre científico es ciclón.

americano Maury, habría tratado de cambiar su dirección y gobernar hacia el Nordeste con la esperanza de llegar a un punto menos peligroso fuera del centro de atracción de la tempestad.

Pero el capitán Yin no hacía uso jamás del barómetro, e ignoraba a ley de los ciclones; y, por otra parte, ¿no había sacrificado un gallo poniéndose con este sacrificio al abrigo de todo riesgo?

Sin embargo, era un buen marino aquel chino supersticioso, y lo demostró en las circunstancias en que de hallaba, pues por instinto maniobró como hubiera podido hacerlo un capitán europeo.

El tifón era un ciclón pequeño, dotado, por consiguiente, de grandísima celeridad de rotación y de un movimiento de traslación de más de cien kilómetros por hora. Empujó, pues, el *Sam-Yep* hacia el Este, circunstancia feliz en último resultado, porque corriendo de este modo el junco se separaba de una costa que no ofrecía ningún abrigo y contra la cual se habría estrellado en poco tiempo.

A las once de la noche la tempestad llegó a su grado máximo de intensidad. El capitán Yin, servido por su tripulación, maniobró como verdadero marino. No se reía, pero conservaba toda su serenidad. Su mano, sólidamente fija a la caña del timón, dirigía el ligero buque que se levantaba sobre las olas como una malva.

Kin-Fo había salido del alcázar de popa. Asido al filarete, miraba al cielo cubierto de nubes difusas, empujadas por el huracán y que arrastraban sobre el agua sus jirones de vapores. Contemplaba el mar, blanco de espuma en medio de

la oscuridad de la noche y cuyas aguas levantaba el tifón por medio de una aspiración gigantesca por encima de su nivel normal. El peligro no le admiraba, ni le asustaba, formaba parte de la serie de emociones que su mala fortuna le reservaba, encarnizándose contra su persona. Una travesía de sesenta horas sin tempestad y en medio del verano, era buena pan los felices del día; pero Kin-Fo no se contentaba ya en el número de estos afortunados.

Craig y Fry estaban mas alarmados, siempre en razón del valor mercantil de su cliente. Ciertamente la vida de los dos agentes valía tanto como la de Kin-Fo. Muriendo con él, no tendrían ya que cuidarse de los intereses de la *Centenaria*; pero aquellos agentes concienzudos no pensaban en sí mismos, sino en cumplir con su deber. No tenían inconveniente en morir aunque fuese con Kin-Fo; pero había de ser después de las doce de la noche del día 30 de junio. Era necesario a toda costa salvar el millón de pesetas: esto era lo que deseaban y esto lo único su que pensaban.

Por su parte, Sun no sospechaba que el junco corriese ningún riesgo, o, mejor dicho, para él, el riesgo había empezado desde el momento que se habían embarcado sobre el pérfido elemento, aun con el tiempo más favorable.

-¡Ah, los pasajeros de la bodega, pensaba Sun, están en una situación menos deplorable! No sienten el cabeceo, ni los balances. ¡Ay, ay! Y el desgraciado Sun se preguntaba si en su lugar habría experimentado quizá dentro del ataúd el mareo que sentía entonces.

Durante tres horas el junco estuvo muy comprometido. Una desviación cualquiera en el manejo de la caña del timón

lo hubiera perdido, anegando su cubierta. Si no podía volcarse, podía, al menos, llenarse de agua y hundirse.

Por lo demás, ni se le podía mantener en una dirección constante en medio del oleaje agotado por el torbellino del ciclón, ni era posible pretender calcular el rumbo que seguía, ni el camino que había recorrido.

Una feliz casualidad hizo que el *Sam-Yep* llegue sin grandes averías al centro de aquel gigantesco circulo atmosférico que cubría un área de cien kilómetros. Allí se encontraba un espacio de dos a tres millas de mar tranquila y viento apenas sensible. Era como un lago pacífico en medio de un océano alterado.

Aquella fue la salvación del junco empujado hasta allí por el huracán a palo seco. Hacia las tres de la madrugada el furor del ciclón se apaciguó como por encanto, y las aguas furiosas tendieron a calmarse alrededor de aquel pequeño lago central.

Pero cuando vino el día, el *Sam-Yep* buscó en vano la tierra hacia los límites del horizonte. No había ninguna tierra a la vista; las aguas del golfo, extendiéndose hasta la línea circular del cielo, rodeaban el junco por todas partes.

CAPÍTULO XVIII

En el cual Craig y Fry, impulsados por la curiosidad, visitan la bodega del Sam-Yep.

-¿Dónde estamos, capitán Yin? Preguntó Kin-Fo cuando hubo pasado el peligro.

- No puedo saberlo con exactitud, respondió el capitán cuyo rostro había vuelto a presentar su acostumbrada jovialidad.

-¿En el golfo de Pe-Chi-Li?

- Puede ser.

-¿O en el golfo de Leao-Tong?

- Es posible.

-¿Pero a dónde vamos?

- A donde el viento nos lleve.

-¿Y cuándo tocaremos es tierra?

- Me es imposible decirlo.

- Un verdadero chino está siempre orientado dijo Kin-Fo con mal humor citando un proverbio muy a la moda en el Celeste Imperio.

- En la tierra sí, respondió el capitán Yin; pero en el mar no.

Y aquí se echó a reír hasta juntársele la boca con las orejas.

- No es caso este de risa, dijo Kin-Fo.

- Tampoco me he de poner a llorar por eso, contestó el capitán.

En efecto, si la situación no tenía nada de alarmante, en cambio era imposible al capitán Yin decir donde se encontraba el *Sam-Yep*. ¿Cómo calcular la dirección durante una tempestad giratoria sin brújula y bajo la dirección de un viento que se movía sobre las tres cuartas partes del horizonte? El junco, con las velas recogidas sin obedecer completamente a la influencia del timón, había sido juguete del huracán, y por eso las respuestas del capitán habían tenido que ser inciertas, aunque pudiera haberlas dado en un tono menos jovial.

De todos modos el *Sam-Yep*, ya estuviera en el golfo de Leao-Tong, ya en el de Pe-Chi-Li no podía vacilar en poner la proa al Noroeste, pues la tierra debía estar necesariamente en aquella dirección. La cuestión no era más que de distancia.

El capitán Yin, por consiguiente, hubiera desplegado sus velas y puesto la proa según el sol que brillaba entonces con vivo resplandor si aquella maniobra hubiera sido posible en tal momento.

Pero no lo era.

Después del tifón vino la calma chicha, sin una corriente en las capas atmosféricas y si un soplo de viento, con un mar sin arrugas, apenas hinchada por sordas y extensas ondulaciones, que causaban un simple balanceo, pero que no

producían ningún movimiento de traslación. El junco se levantaba y se bajaba impulsado por una fuerza regular, pero sin separarse de su sitio. Un vapor cálido pesaba sobre las aguas, y el cielo, tan profundamente turbado durante la noche, parecía entonces impropio para una lucha de los elementos. En una de esas calmas que hemos llamado chichas cuya duración es imposible calcular.

-¡Muy bien! Dijo Kin-Fo; después de la tempestad que nos ha arrastrado a alta mar, ahora falta el viento para impedirnos volver a tierra.

Después, dirigiéndose al capitán, preguntó:

-¿Cuánto puede durar esta calma?

- En la estación en que estamos ¿quién puede saberlo?

-¿Horas o días?

- Días y aún semanas, replicó Yin con una sonrisa de perfecta resignación que irritó más al pasajero.

-¡Semanas! Exclamó Kin-Fo. ¿Cree usted que puedo yo esperar aquí semanas?

- No habrá más remedio, a no ser que llevemos nosotros el junco a remolque.

-¡Al diablo el junco de usted con todo lo que lleva y yo el primero, que he tenido la mala idea de tomar pasaje a su bordo!

- Amigo mío, respondió el capitán, ¿quiere usted que le dé dos buenos consejos?

- Démelos usted.

- El primero es que vaya usted tranquilamente a dormir, como yo lo haré dentro de un momento, lo cual será muy juicioso después de una noche pasada sobre cubierta.

-¿Y el segundo? Preguntó Kin-Fo, a quien la calma del capitán exasperaba tanto como la del mar.

- El segundo, respondió el capitán; es que imite usted a mis pasajeros de la bodega que no se quejan jamás y toman el tiempo conforme viene.

Hecha esta observación filosófica, digna del mismo Wang, el capitán Yin se retiró a su cámara, dejando dos o tres hombres de la tripulación sobre cubierta.

Durante un cuarto de hora Kin-Fo se paseó de popa a proa con los brazos cruzados y silbando con impaciencia. Después, arrojando una última mirada a aquella triste inmensidad cuyo centro ocupaba el junco, se encogió de hombros y volvió a entrar en el alcázar de popa sin dirigir ni siquiera la palabra a Craig y Fry.

Sin embargo, los dos agentes estaban allí apoyados en la batayola y, siguiendo, su costumbre, conversaban por simpatía sin hablar. Habían oído la preguntas de Kin-Fo y las respuestas del capitán, pero sin tomar parte en la conversación. ¿De qué les habría servido mezclarse en ella y sobre todo por qué habían de quejarse de aquel retraso que ponía de tan mal humor a su cliente?

En efecto, lo que perdían en tiempo lo ganaban en seguridad. Kin-Fo no corría ningún peligro a bordo; allí la mano de Lao-Sen no podía alcanzarle; ¿qué mejor cosa podían pedir?

Además el plazo en que expiraba su responsabilidad se acercaba rápidamente. Cuarenta horas más y todo el ejército de los Tai-Ping podría haberse precipitado sobre el ex cliente de la *Centenaria* que ellos hubieran arriesgado un ca-

ballo por defenderle. ¡Son muy prácticos estos norteamericanos! Dispuestos a sacrificarse por Kin-Fo mientras valía 200.000 duros, pero absolutamente indiferentes a lo que lo sucediera desde el momento en que no valiese ya un zapeque.

Raciocinando, así almorzaron con buen apetito, porque sus provisiones eran de excelente calidad. Comieron en el mismo plato el mismo manjar, la misma cantidad de bocados de pan y de trozos de carne fría, y bebieron el mismo número de copas de excelente vino de Chao-Chin a la salud del ilustre William J. Bidulph. Fumaron cada uno media docena de cigarrillos y demostraron una vez más que dos personas pueden ser siamesas en usos y costumbres, aunque no lo sean de nacimiento.

¡Pobres yankees que creían hallarse ya al fin de sus trabajos!

El día transcurrió sin incidentes, ni accidentes. Siempre la misma calma de la atmósfera y el mismo aspecto del cielo; nada que hiciera prever un cambio en el estado meteorológico.

Las aguas del mar se habían inmovilizado como las de un lago.

Hacia las cuatro Sun se presentó sobre cubierta vacilante, titubeando, semejante a un borracho, aunque en toda su vida había bebido, menos que durante los últimos dias.

Su cara, después de haber tomado un color de violeta y luego índigo, después azul, luego verde, tendía a volverse de nuevo amarilla. Una vez en tierra cuando fuese anaranjada, que era su color habitual y en movimiento de cólera le hu-

biese puesto rojo, habría pasado sucesivamente, y en su orden natural por toda la escala de colores del espectro solar.

Sun llegó a ponerse entre los dos agentes con los ojos medio cerrados y sin atreverse a mirar más allá de la obra muerta del *Sam-Yep.*

-¿Hemos llegado?

- No, respondió Fry.

-¿Vamos a llegar?

- No, respondió, Craig.

-¡Ay, ay, ay! Dijo Sun.

Y desesperado, no teniendo fuerza para decir más, se fue a tender al pie del palo mayor, agitado de sobresaltos convulsivos que removían su coleta corta como un rabito de perro.

Entre tanto, por orden del capitán Yin se abrieron as escotillas para airear la bodega: precaución muy buena de hombre inteligente. El sol iba pronto a absorber la humedad que dos o tres olas, que habían penetrado a impulsos del tifón, introdujeron en el interior del junco.

Craig y Fry, paseándose por la cubierta, se detuvieron muchas veces delante de la escotilla principal. Un sentimiento de curiosidad les impulsó en breve a visitar aquella bodega funeraria, y bajaron al fin con este objeto.

El sol, formando un gran trapecio de luz, caía a plomo sobre la escotilla principal; pero la parte de proa y la de popa de la bodega estaban en una oscuridad profunda. Los ojos de Craig y de Fry se habituaron, sin embargo, pronto a aquellas tinieblas y pudieron observar el arrumaje de aquel cargamento especial del *Sam-Yep.*

La bodega no estaba dividida como en la mayor parte de los juncos de comercio por tabiques transversales. Se hallaba libre de un extremo a otro, enteramente reservada par el cargamento cualquiera que fuese, porque los alcázares de popa y proa bastaban para alojamiento de la tripulación.

De un lado a otro de aquella bodega, limpia como la antesala de un cenotafio, estaban colocados unos sobre otros los setenta y cinco ataúdes destinados a Fu-Ning. Sólidamente arrimados, no podían salirse de su sitio con el cabeceo, ni con los balances del buque, ni comprometer de modo alguno su seguridad.

Entre, la doble fila de ataúdes había un espacio libre que permitía pasar de un extremo a otro de la bodega, ya con la claridad que despedían les escotillas cuando estaban abiertas, ya en una oscuridad relativa.

Craig y Fry, silenciosos como si hubieran estado en un mausoleo, se adelantaron por aquel espacio mirando a una y otra parte con curiosidad.

Allí había ataúdes de todas formas, de todas dimensiones, unos ricos, otros pobres.

Entre aquellos emigrados a quienes las necesidades de la vida habían llevado al otro lado del Pacífico, unos habían hecho fortuna en los placeres californianos, en las minas de la Sierra Nevada o del Colorado, y éstos eran pocos.

Los demás, en gran número, habían llegado miserables a aquellas tierras y miserables volvían. Pero todos regresaban a su país natal ante la muerte.

Una docena de ataúdes de maderas preciosas adornadas con todas los caprichos del lujo chino; otros, hasta los se-

tenta y cinco, construidos simplemente de cuatro tablas groseramente ajustadas y pintadas de amarillo: tal era el cargamento del buque. Cada ataúd, rico o pobre, tenía un nombre. Craig y Fry pudieron leer al pasar: "Lien-Fu de Yaun-Ping-Fu, Nan-Lu de Fu-Ning, Chen-Kin de Lin-Kia, Luang de Qu-Li-Koa, etc." No había confusión posible. Cada cadáver con sus señas especiales debía ser enviado a su destino y esperar los huertos, en medio de los campos o en la superficie de la llanura, el momento de su sepultura definitiva.

- Bien comprendido, dijo Fry.

- Bien arreglado, dijo Craig.

No hubieran dicho más de los almacenes de un mercader y de los muelles de un consignatario de San Francisco o de Nueva York.

Al llegar al extremo de la bodega, hacia proa, en la parte más oscura, se detuvieron y miraron el espacio libre que se dibujaba claramente como una calle de un cementerio. Acabada su exploración, se disponían a volver sobre cubierta, cuando oyeron un ligero ruido que llamó su atención.

- Alguna rata, dijo Fry.

- Alguna rata, respondió Craig.

Mal cargamento para aquellos roedores.

Otro de mijo, de arroz o de maíz les habría convenido más.

El ruido continuaba y procedía de cierta altura como la de un hombre a estribor, y, por consiguiente, en la fila superior de los ataúdes. Si no era ruido de dientes, no podía ser sino de garras o de uñas.

-¡Frr, frr! Dijeron Craig y Fry.

El ruido no cesó. Los dos agentes, acercándose, escucharon deteniendo la respiración. Indudablemente, aquel ruido provenía del interior de uno de los ataúdes.

-¿Habrán puesto en alguna de estas cajas un chino aletargado y no muerto? ... Dijo Craig.

-¿Y que se despierte después de una semana de travesía? Añadió Fry.

Los dos agentes pusieron la mano sobre el ataúd sospechoso y observaron, sin género ninguno de duda, que había en el interior algún movimiento.

-¡Diablo! Dijo Craig.

-¡Diablo! Exclamó Fry.

La misma idea les había ocurrido a ambos, y era que su cliente estaba amenazado de algún próximo peligro.

Inmediatamente, retiraron la mano y enseguida sintieron que la tapa del ataúd se levantaba con alguna precaución.

Quedáronse inmóviles como hombres que de nada se sorprendían; y, no pudiendo ver nada en aquella oscuridad, escucharon con gran atención.

-¿Eres tú Cuo? Dijo una voz que parecía contenida por una gran prudencia.

Casi al mismo tiempo, otro de los ataúdes de babor se entreabrió y otra voz murmuró:

-¿Eres tú, Fa-Kien?

Y enseguida hubo esta conversación rápida:

-¿Es para esta noche?

- Para esta noche.

-¿Antes que salga la luna?

- A la segunda víspera.

-¿Y nuestros compañeros?

- Están prevenidos.

- Treinta y seis horas de ataúd son para cansar a cualquiera.

- Yo ya no puedo más.

- En fin, Lao-Sen lo ha querido.

- Silencio.

Al oír el nombre del célebre Tai-Ping, Craig y Fry, no obstante el dominio que tenían sobre sí mismos, no pudieron contener un movimiento.

Las tapas de los ataúdes habían caído sobre sus cajas oblongas, y un silencio completo reinaba en la bodega del *Sam-Yep*.

Fry y Craig, arrastrándose sobre las manos y las rodillas, llegaron a la parte iluminada y subieron por la escotilla principal. Un instante después se detenían en el alcázar de popa donde nadie podía oírlos.

- Muertos que hablan... dijo Craig.

- No están muertos... respondió Fry.

Un nombre les había revelado todo, el nombre de Lao-Sen.

Así, pues, algunos compañeros del temible Tai-Ping se habían introducido a bordo. ¿Podía dudarse de la complicidad del capitán Yin, de la de su tripulación, de los cargadores del puerto de Ta-Ku que habían embarcado el cargamento fúnebre? No; los ataúdes, después de haber sido desembarcados del buque americano que los había traído de San Francisco, habían permanecido en el muelle durante dos

noches y dos días. Sin duda diez, veinte, o mas quizá de los piratas afiliados a la partida de Lao-Sen, violando los ataúdes, habían sacado los cadáveres y habían tomado su lugar; más para intentar este golpe bajo la inspiración de su jefe ¿habían sabido que Kin-Fo iba a embarcarse en el *Sam-Yep*? ¿Pero como lo habían podido saber?

Punto absolutamente oscuro y que, por otra parte, era inoportuno tratar de esclarecer en aquel momento.

Lo cierto, sin embargo, era que desde la salida de Ta-Ku se hallaban bordo del junco varios chinos de la peor especie; que el nombre de Lao-Sen acababa de resonar en boca de uno de ellos y que la vida de Kin-Fo estaba directa y próximamente amenazada.

Aquella noche misma, aquella noche del 28 al 29 de junio, iba a costar 200.000 duros a la *Centenaria*, que cincuenta y cuatro horas después, no estando la póliza renovada, no tendría nada que pagar a los herederos de tan ruinoso cliente.

Sería, no conocer a Fry y a Craig imaginar que perdieran la cabeza ante aquellas graves circunstancias. Inmediatamente, tomaron su partido: era preciso obligar a Kin-Fo a salir del junco antes de la hora de la segunda víspera y huir con él.

¿Pero cómo escapar? ¿Apoderándose de la única embarcación que iba a bordo? Imposible.

Era una piragua pesada que exigía los esfuerzos de toda la tripulación para habilitarla y echarla a la mar. El capitán Yin y sus cómplices no se prestarían, a semejante maniobra

y era preciso acudir a otros medios, cualesquiera que fuesen, para evitar los peligros que se presentasen.

Eran entonces las siete de la tarde. El capitán, encerrado en su cámara, no es había vuelto a presentar. Esperaba, sin duda, la hora convenida con los compañeros de Lao-Sen.

- No hay un instante que perder, dijeron Craig y Fry.

Los dos agentes no se creían menos amenazados que si estuvieran a bordo de un brulote lanzado a alta mar y con mecha encendida.

El junco parecía a la sazón abandonado: un solo marinero dormía a proa.

Craig y Fry pasaron al camarote de Kin-Fo.

Kin-Fo dormía.

La presión de una mano le despertó.

-¿Qué me quieren? Dijo.

En pocas palabras, Kin-Fo fue puesto al corriente de la situación. Su valor y en serenidad no le abandonaron y exclamó:

- Arrojemos todos esos falsos cadáveres al mar.

- Magnífica idea; pero absolutamente impracticable dada la complicidad del capitán Yin con los pasajeros de la bodega.

-¿Qué hacer entonces?

- Ponerse esto, respondieron Craig y Fry.

Y abriendo uno de los bultos de su equipaje embarcado en Tong-Chen, presentaron a su cliente uno de esos maravillosos aparatos náuticos inventados por el capitán Boyton. La maleta contenía además tres aparatos semejantes con los

diferentes utensilios que los completaban y los convertían en máquinas de salvamento de primer orden.

- Adelante, dijo Kin-Fo; busquen ustedes a Sun.

Un instante después, Fry llevaba a Sun completamente estupefacto. Fue preciso vestirle y él dejó maquinalmente que hicieran lo que quisiesen, no estando su pensamiento sino con ayes que partían el alma.

A las ocho Kin-Fo y sus compañeros estaban prontos. Parecían cuatro focas del mar Glacial dispuestas a sumergirse, no obstante que la foca Sun hubiera dado al espectador una idea poco ventajosa de la admirable flexibilidad de estos mamíferos marinos: tan débil y blanduzco parecía en su vestido insumergible.

Ya comenzaba a extenderse la sombra de la noche hacia el Este, y el junco flotaba absolutamente silencioso sobre la tranquila superficie de las aguas.

Craig y Fry empujaron una de las ventanas que cerraban a popa el castillo y cuya claraboya es abría por encima del coronamiento del junco. Sun, levantando sin ceremonias, fue lanzado por aquella claraboya al mar. Kin-Fo le siguió inmediatamente, y después saltaron Craig y Fry con los aparatos que les eran necesarios.

Nadie podía sospechar que los pasajeros del *Sam-Yep* acababan de abandonar el buque.

CAPÍTULO XIX

Que no concluye bien para el Capitán Yin, comandante del Sam-Yep, ni para su tripulación.

Los aparatos del capitán Boyton consisten únicamente en un vestido de goma elástica que comprende pantalón, chaqueta y capote, y que por la naturaleza misma de la tela son impermeables; pero impermeables al agua, no lo habrían sido ciertamente al frío de una inmersión prolongada. Por esto, este traje se compone de dos telas unidas entre las cuales se puede introducir cierta cantidad de aire. Este aire sirve para dos fines: primero, para mantener el aparato suspensor en la superficie del agua; segundo, para impedir con su interposición todo contacto con ella, y, por consiguiente, evitar el resfriamiento. Un hombre así vestido, puede pasar en el agua indefinidamente.

Excusado es decir que era perfecta la unión de las costuras del aparato. El pantalón, cuyos pies terminaban en pesadas plantillas, se unía al cuerpo por un cinturón metálico, bastante ancho para dejar algún juego a los movimientos del cuerpo. La chaqueta, fijada en aquel cinturón, se unía, a su vez, a un sólido collar sobre el cual se adaptaba la capucha.

Ésta rodeando la cabeza, se aplicaba herméticamente a la frente, a las mejillas y la barba por medio de elásticos y de la cara no se veían más que la nariz los ojos y boca.

En la chaqueta iban fijados varios tubos de goma que servían para la introducción del aire y permitían arreglarle según el grado de densidad que se quería obtener. Podía, pues, a voluntad el hombre sumergirse hasta el cuello o solamente hasta la mitad del cuerpo y hasta tomar la posición horizontal. En suma, completa libertad de acción y de movimientos y seguridad garantida y absoluta.

Tal es el aparato que ha proporcionado tantos triunfos a su audaz inventor, y cuya utilidad práctica se ha manifestado en algunos accidentes de mar. Completábanle diversos accesorios: un saco impermeable que contenía varios utensilios y que se colgaba de un hombro a guisa de bandolera; un bastón sólido que se fijaba al pie en una cuja y llevaba una pequeña vela en forma de foque en el otro extremo, y un ligero canalete que servía de remo o de timón según las circunstancias.

Kin-Fo, Craig, Fry y Sun, así equipados, flotaban ya en la superficie de las olas. Sun, empujado por uno de los agentes, se dejaba conducir, y, después de algunos golpes de canalete, los cuatro se habían alejado del junco.

La noche era todavía oscura y favorecía la maniobra. En el caso que el capitán Yin o alguno de sus marineros hubiesen subido a cubierta, no habrían podido ver a los fugitivos. Nadie, por otra parte, debía suponer que hubiesen abandonado la embarcación en tales condiciones; y los tunantes

encerrados en bodega no lo sabrían sino en el último momento.

A la segunda víspera, había dicho el falso cadáver del último ataúd; es decir, a las doce de la noche.

Kin-Fo y compañeros tenían pues, algunas horas de respiro para huir y en este tiempo esperaban adelantarse una milla a sotavento del *Sam-yep*. En efecto, un aire fresco comenzó a arrugar la superficie unida de las aguas, pero tan ligero todavía, que no debía contarse más que con el canalete para alejarse del junco.

En algunos minutos Kin-Fo, Craig y Fry se habían habituado tanto a sus aparatos, que caminaban instintivamente sin vacilar jamás ni sobre el movimiento que había que producir, ni sobre la posición que hubieran de tomar en el blando elemento. El mismo Sun había recobrado pronto en valor y se encontraba incomparablemente más cómodo que a bordo del junco. Su mareo había cesado en el acto, porque es muy diferente, y Sun lo experimentaba con cierta satisfacción, sufrir el balance y cabeceo de un buque, que sufrir los movimientos de las olas cuando está uno metido en ellas hasta medio cuerpo.

Pero si Sun no estaba ya mareado, tenía un miedo horrible porque pensaba en los tiburones que acaso no se habrían acostado todavía e instintivamente replegaba las piernas como si hubiera temido que alguno le tirase algún bocado... Francamente, este temor no estaba en aquellas circunstancias demasiado fuera de su lugar.

Así, pues, Kin-Fo y sus compañeros, a quienes la mala fortuna continuaba poniendo en las situaciones más anor-

males, marchaban remando con su canalete y guardando una posición casi horizontal. Solamente cuando se detenían, tomaban la posición vertical.

Una hora después de haber abandonado el buque, éste se hallaba a medía milla a barlovento. Entonces se detuvieron, es apoyaron en su canaletes situados horizontalmente y celebraron consejo, teniendo cuidado de hablar en voz baja.

-¡Bribón de capitán exclamé! Exclamó Craig para entrar en materia,

-¡Tunante de Lao-Sen! Añadió Fry.

-¿Eso les admira a ustedes? Dijo Kin-Fo, como hombre a quien nada podía sorprender.

- Sí, respondió Craig, porque no puedo comprender como esos miserables han sabido que tomamos pasaje a bordo del junco.

- Es incomprensible, en efecto, añadió Fry.

- Poco importa, dijo Kin-Fo, pues que la han sabido y nos hemos escapado.

- Todavía no estamos, respondió Craig: mientras tengamos a la vista el *Sam-Yep* no estaremos fuera de peligro.

-¿Qué haremos preguntó Kin-Fo?

- Reponer las fuerzas, respondió Fry, y alejarnos lo bastante para que no nos vean cuando sea de día.

Fry, introduciendo cierta cantidad de aire en su aparato, se levantó sobre la superficie del agua hasta la mitad del cuerpo, recogió el saco que llevaba a la espalda hasta ponerle en el pecho, sacó un frasco y un vasito, que llenó de aguardiente muy confortante, y se lo dio a Kin-Fo.

Éste no se hizo rogar y vació el vaso hasta la última gota, Craig y Fry le imitaron, y Sun, no fue tampoco olvidado.

-¿Qué tal? Preguntó Craig.

- Estoy mejor, respondió Sun, después de haber bebido. Si pudiéramos tomar un bocado...

- Mañana, dijo Craig; mañana almorzaremos al amanecer, y con algunas tazas de té...

-¡Frío! Exclamó Sun, haciendo un gesto.

-¡Caliente! Exclamó Craig.

-¿Hará usted lumbre?

- La haré.

-¿Y por qué esperar a mañana? Preguntó Sun.

-¿Quieres que el fuego señale nuestra situación al capitán Yin y a sus cómplices?

- No, no.

- Entonces hasta mañana.

A la verdad aquella gente hablaba como en su casa. Sólo la ligera ondulación de las aguas les imprimió un movimiento de alto a bajo que tenía un aspecto singularmente cómico, porque subían y bajaban por turno al de la ondulación como las teclas de un piano por la mano de un pianista.

- La comienza a refrescar, observó Kin-Fo.

- Aparejemos, respondieron Craig y Fry.

Ya se preparaban a poner su bastón en forma de mástil y desplegar su pequeña vela, cuando Sun lanzó una exclamación de espanto.

- Te callarás, imbécil, dijo su amo. ¿Quieres que nos descubran?

- Me parece que he visto... murmuró Sun.

-¿Qué?

- Un enorme animal que se acercaba... algún tiburón

- No hay nada, Sun, dijo Craig después de haber observado atentamente la superficie del mar.

- Pero he creído sentir... repuso Sun.

-¡Te callarás, cobarde! Dijo, Kin-Fo, poniendo la mano sobre el hombro de su criado. Aunque sientas que te comen una pierna, te prohibo gritar, porque si no...

- Si no, añadió Fry, con una cuchillada en su aparato, le enviaremos al fondo, donde podrá gritar a su placer.

El desdichado Sun no estaba, como se ve, al término de sus tribulaciones. Tenía un miedo horrible, pero no se atrevía a decir una palabra; y si todavía no echaba de menos el junco, el mareo y los pasajeros de la bodega, no podría tardar el momento en que prefiriese estar entre ellos. Como había observado Kin-Fo, la brisa iba entablándose; pero no era más que una de esas brisas locas que con frecuencia se calman al salir del sol. Sin embargo, era preciso aprovecharla para alejarse lo posible del *Sam-Yep.* Cuando los compañeros de Lao-Sen no encontraron ya a Kin-Fo en el alcázar de popa, tratarían de encontrarle, y si se hallaba a la vista, la piragua la daría caza con facilidad. Importaba, pues, alejarse a toda costa antes del alba.

La brisa soplaba del Este. Cualesquiera que fuesen los parajes a donde el huracán había empujado el junco, ya fuera a cualquier punto del golfo de Leao-Tong del golfo de Pe-Chi-Li, o aunque fuera a las costas del mar Amarillo, navegar hacia el Oeste era, sin duda, acercarse al litoral. Allí podían encontrar algunos de los buques de comercio que se

dirigen a la embocadura del Pei-ho; y allí los barcos pescadores frecuentaban día y noche las inmediaciones de la costa, aumentándose grandemente las probabilidades de ser recogidos. Si, por el contrario, el viento hubiese venido del Oeste y el *Sam-Yep* hubiera sido empujado más al Sur que el litoral de la Corea, Kin-Fo y sus compañeros no hubieran tenido probabilidad alguna de salvación. Delante de ellos se hubiera tendido el inmenso mar, y en el caso que hubieran llegado a las costas del Japón, habría sido en estado de cadáveres flotando en su vaina insumergible de goma elástica.

Pero, como hemos dicho, la brisa debía caer probablemente al salir el sol, y era preciso utilizarla para alejarse prudentemente del buque. Eran las diez de la noche. La luna debía aparecer sobre el horizonte antes de las doce. No había, pues, un minuto que perder.

- A la vela, dijeron Fry y Craig.

Inmediatamente se aparejó la vela. Nada más fácil en suma: cada plantilla del pie derecho del aparato llevaba una cuja destinada a plantar en ella, el bastón que servía de mástil. Kin-Fo, Sun y los dos agentes se tendieron primero boca arriba, después plegaron la rodilla derecha y plantaron el bastón en la cuja, habiendo pasado a su extremo la driza de la pequeña vela. Luego que tomaron de nuevo la posición horizontal, el bastón, formando ángulo recto con la línea del cuerpo, se enderezó verticalmente.

-¡Iza! Dijeron Craig y Fry.

Y todos, tirando con la mano derecha, izaron, al extremo del mastelero, el ángulo superior de la vela que estaba cortada en forma de triángulo.

La driza fue amarrada al cinturón metálico, teniendo cada uno la escota en la mano, y la brisa, llenando los cuatro foques, empujó, en medio de un ligero remolino, la escuadrilla de escafandros.

Aquellos hombres-barcas, merecían, en efecto, el nombre de escafandros justamente que los trabajadores submarinos a quienes, ordinaria e impropiamente, se aplica este título.

Diez minutos después, cada cual, maniobrando con una seguridad y una facilidad perfectas, navegaban en conserva sin apartarse los unos de los otros. Parecían una bandada de gaviotas que con el ala tendida a la brisa, se deslizasen ligeramente sobre la superficie de las aguas.

La navegación era favorecida, por otra parte, por el estado del mar, cuya larga y tranquila ondulación no estaba turbada ni por el choque de las olas, ni por la resaca.

Dos o tres veces solamente el torpe Sun, olvidando las recomendaciones de Fry y de Craig, quiso volver la cabeza y tragó algunas bocanadas del amargo líquido; pero no tuvo más que una o dos náuseas sin consecuencias. No era aquello lo que le alarmaba, sino el temor de encontrar alguna banda de feroces tiburones. Sin embargo, lo hicieron comprender que corría menos riesgo en la posición horizontal que en la vertical; y, en efecto, la disposición de sus fauces obliga al tiburón a volverse para morder su presa, y este movimiento no le es fácil cuando quien coger un objeto que flota horizontalmente. Además se ha observado que si estos animales voraces se arrojan sobre los cuerpos inertes, vacilan antes de arrojarse sobre los que están dotados de movi-

miento. Sun debía, por consiguiente, moverse sin cesar y ya se comprende cuanto se movería.

Los escafandros navegaron de suerte durante una hora, que era ni más ni menos lo que Kin-Fo y sus compañeros necesitaban. Menos de una hora era poco para alejarse, del junco; y más los habría fatigado, tanto por la tensión dada a su pequeña vela, como por el choque de las olas que se iba aumentando más y más.

Craig y Fry dieron entonces la señal de alto. Se largaron las escotas, y la escuadrilla se detuvo.

- Cinco minutos de descanso si le parece a usted bien, dijo Craig dirigiéndose a Kin-Fo.

- Descansemos.

Todos, a excepción de Sun, que quiso permanecer tendido por prudencia y que continuaba gimiendo, recobraron su posición vertical.

-¿Quiere usted otra copita de aguardiente? Dijo Fry.

- Con mucho gusto, respondió Kin-Fo.

Algunos sorbos del licor reconfortante eran lo que en aquel momento necesitaban. Todavía no les atormentaba el hambre, porque habían comido una hora antes de abandonar el junco y podían esperar hasta la mañana siguiente. En cuanto a calentaras, era inútil, porque el colchón de aire interpuesto entre su cuerpo, y el agua les garantizaba contra el frío. La temperatura normal de sus cuerpos no había bajado ciertamente un grado desde su salida del buque.

¿Y el *Sam-Yep*? ¿ Estaba todavía a su vista?

Craig y Fry se volvieron. Fry sacó de su morral un anteojo de noche y le dirigió hasta el Este.

¡Nada! Ni una de esas sombras apenas visibles que dibujan los buques sobre el fondo oscuro del cielo.

Por lo demás, la noche era oscura, un poco brumosa y avara de estrellas.

Los planetas no formaban más que una especie de nebulosa en el firmamento; pero probablemente la luna, que no iba a tardar en mostrar su medio disco, disiparía aquellas brumas un poco opacas y aclararía en una gran extensión el espacio.

- El junco está lejos, dijo Fry.

- Esos tunantes duermen todavía, respondió Craig, y no se habrán aprovechado de la brisa.

-Cuando ustedes quieran, dijo Kin-Fo, que tiró de su escota y desplegó de nuevo la vela al viento.

Sus compañeros le imitaron y todos recobraron su primera dirección a impulsos de una brisa ya un poco más fuerte.

Iban de este modo con rumbo al Oeste.

Por consiguiente, la luna, levantándose hacia el Este, no debía darles en el rostro; pero iluminaría con sus primeros rayos el horizonte opuesto, y este era el horizonte que importaba observar con cuidado. Quizá en vez de una línea circular claramente trazada por el cielo y por el agua, presentaría un perfil accidentado, y franjeado de resplandores lunares. En tal caso no habría duda ninguna; sería el litoral del Celeste Imperio y, cualquiera que fuese el punto a donde llegaran, la salvación era segura. La costa estaba franca; la resaca apenas se sentía; el desembarco no podía ser, pues,

peligroso, y, una vez en tierra, allí decidirían lo que conviniera hacer en adelante.

Hacia las once y media, se dibujaron vagamente algunos puntos blancos sobre las brumas del cenit. El cuarto de luna comenzaba a presentarse sobre la línea del agua.

Ni Kin-Fo, ni ninguno de sus compañeros se volvieron. La brisa, que refrescaba mientras se disipaban los altos vapores, les llevaba entonces con cierta rapidez. Pero conocieron que el espacio se iba iluminando poco a poco.

Al mismo tiempo las constelaciones se presentaron más claramente. El viento barría las nubes y los escafandros formaban ya una estela bastante clara.

El disco de la luna, pasando del rojo cobre al blanco plata, iluminó bien pronto todo el horizonte. De repente, un juramento muy franco y muy americano, se escapó de los labios de Craig.

-¡El junco! Dijo.

Todos se detuvieron.

-¡Abajo las velas! Gritó Fry.

En un instante los cuatro foques fueron arriados y los bastones sacados de sus cujas.

Kin-Fo y sus compañeros, recobraron sus posiciones verticales y miraron detrás de sí. El *Sam-Yep* estaba ya a menos de una milla, proyectando en negro, sobre el horizonte iluminado, la sombra de todas sus velas desplegadas.

En efecto, era el junco. Había aparejado y se aprovechaba de la brisa. Sin duda, el capitán Yin, había notado la desaparición de Kin-Fo sin haber podido comprender como había logrado escaparse, y, a todo evento, se había puesto en

su persecución de acuerdo con sus cómplices de la bodega. Antes de un cuarto de hora Kin-Fo, Sun, Craig y Fry habrían vuelto a caer en sus manos.

¿Pero les habrían visto estando sus perseguidores en medio del haz luminoso con que les bañaba la luna? Quizá no.

-¡Abajo las cabezas! Dijo Craig que todavía tenía esta esperanza.

Todos le comprendieron.

Los tubos de los aparatos dejaron escapar un poco de aire, y los cuatro escafandros se hundieron hasta no dejar fuera del agua más que la cabeza con su capuchón. No había que hacer más que esperar en absoluto silencio y en la mayor inmovilidad.

El junco se acercaba con rapidez. Sus altas velas dibujaban dos grandes sombras sobre las aguas.

Cinco, minutos después el *Sam-Yep* estaba sólo a media milla. Sobre la obra muerta se veían sobresalir los marineros que iban y venían, y en la popa el capitán empuñaba la caña del timón.

¿Maniobraba para alcanzar a los fugitivos, o no hacía más que mantenerse en el rumbo del viento? No se sabía.

De repente, se oyeron gritos. Una masa de hombres apareció sobre la cubierta del *Sam-Yep* y redoblaron los clamores.

Evidentemente, había lucha entre falsos muertos que habían subido de la bodega y la tripulación del junco.

¿Pero por qué aquella lucha? Aquellos tunantes marineros y piratas ¿no estaban de acuerdo?

Kin-Fo y sus compañeros oyeron claramente, por una parte, horrible vociferaciones, por otra, gritos de dolor y de desesperación, que se extinguieron al cabo de pocos minutos; después, se oyeron violentos choques en el agua a lo largo el junco que indicaron que habían sido arrojados al mar varios de los tripulantes.

No; el capitán Yin y su tripulación no eran cómplices de los bandidos de Lao-Sen. Por el contrario, aquellos pobres marinos habían sido sorprendidos y asesinados. Los tunantes que se habían ocultado a bordo, sin duda con el auxilio de los cargadores de Ta-ku, no habían tenido más objeto que apoderarse del junco por cuenta del Tai-Ping y, ciertamente ignoraban que Kin-Fo fuese pasajero del *Sam-Yep*. Ahora bien, si le veían, si era cogido, ni él, ni Fry, ni Craig, ni Sun encontrarían misericordia en el corazón de aquellos miserables.

El junco seguía adelantando y los alcanzó; pero, por una casualidad inesperada, proyectó sobre ellos la sombra de sus velas. Todos se sumergieron en el agua por un instante.

Cuando volvieron salir, el junco había pasado, sin verlos y se alejaba dejando en pos de sí una profunda estela.

Un cadáver flotaba a popa y el remolino le acercó poco a poco a los escafandros. Era el cuerpo del capitán con un puñal en el costado. Los largos pliegues de su túnica le sostenían todavía sobre el agua.

Después se hundió y desapareció en las profundidades del mar.

Así pereció el alegre capitán Yin, comandante del *Sam-Yep*.

Dos minutos después, el junco se había perdido de vista hacia el Oeste, y Kin-Fo, Fry, Craig y Sun se encontraban en la superficie del mar.

CAPÍTULO XX

Donde se verá a lo que se exponen los que emplean los aparatos Boyton.

Tres horas después, los albores del alba se anunciaban ligeramente en el horizonte. Pronto se hizo de día y el mar pudo ser observado en toda su extensión.

El junco se había perdido de vista; pronto había dejado a larga distancia a los escafandros que no podían luchar en celeridad con él. Había seguido el mismo rumbo hacia el Oeste bajo el impulso de la misma brisa: pero el *Sam-Yep* debía encontrarse ya a más de nueve leguas de distancia. Así, pues, nada había que temer de sus tripulaciones.

Sin embargo, evitado este peligro, la situación no por eso es presentaba menos grave.

El mar estaba absolutamente desierto, sin un buque, sin una barca pescadora, sin apariencia de tierra ni al Norte, ni al Este, sin nada que indicase la proximidad de un litoral cualquiera. Aquellas aguas ¿eran las del golfo de Pe-Chi-Li o las del mar Amarillo? Nada se sabía, ni había indicio que pudiera darlo a conocer.

Algunas ráfagas movían todavía la superficie del agua y era preciso aprovecharlas. La dirección seguida por el junco demostraba que más menos próximamente aparecería la tierra al Oeste, y, en todo caso, allí era donde convenía buscarla.

Decidióse, por consiguiente, que los escafandros volverían a ponerse la vela después de haber comido. Los estómagos reclamaban su alimento y diez horas de travesía en aquellas condiciones hacían imperiosas sus exigencias.

- Almorcemos... dijo Craig.

- Copiosamente, añadió Fry.

Kin-Fo bizo una señal de asentimiento y Sun respondió haciendo chocar sus mandíbulas, signo que no podía dar lugar a duda. En aquel momento, el hambriento Sun no pensaba en ser devorado, sino en todo lo contrario.

Se abrió el saco impermeable del cual sacó Fry diferentes comestibles de buena calidad, como pan, conservas, algunos utensilios de mesa; en fin, todo el necesario para apagar el hambre y la sed. De los cien platos que figuraban en la lista ordinaria de una comida china, faltaban noventa y ocho; pero con los dos restantes había para restablecer las fuerzas de los cuatro comensales, que no estaban en circunstancias de mostrarse delicados.

Almorzaron con buen apetito. El saco contenía provisiones para dos días; y, antes de dos días, o debían haber llegado a tierra, o no llegarían nunca.

- Tenemos una buena esperanza, dijo Craig.

-¿Por qué? Preguntó Kin-Fo con cierta ironía.

- Porque la fortuna empieza a favorecernos.

-¿Cree usted?

- Sin duda el peligro mayor era el junco, y le hemos evitado.

- Nunca, dijo Fry, desde que tenemos el honor de acompañar a usted, se ha encontrado usted más seguro que aquí.

- Todos los Tai-Ping del mundo... dijo Craig.

- No podrían alcanzar a usted ahora... dijo Fry.

- Y flota usted lindamente... añadió Craig.

- Para ser hombre que pesa 200.000 duros, repuso Fry.

Kin-Fo no pudo menos de sonreírse.

- Si floto, respondió Kin-Fo, es por ustedes, señores; porque, sin su auxilio, estaría ahora donde está el pobre capitán Yin.

- Nosotros también, replicaron Craig y Fry.

-Y yo, exclamó Sun tragando, no sin esfuerzo, un enorme pedazo de pan que tenía en la boca.

- No importa, dijo Kin-Fo; yo sé lo que debo hacer.

- Usted no nos debe nada, respondió Fry porque es cliente de la *Centenaria*...

- Compañía de seguros contra la vida...

- Capital de garantía: 20.000.000 de duros...

- Y esperamos...

- Que nada tendrá que entregar a usted, ni a sus herederos.

En el fondo, Kin-Fo estaba muy agradecido a la adhesión que le habían mostrado los dos agentes, cualquiera que fuese el motivo que les hubiera impulsado, y no les ocultó sus sentimientos en éste punto.

-Ya hablaremos de todo eso, añadió, cuando Lao-Sen me haya devuelto la carta que tan imprudentemente le entregó Wang.

Craig y Fry se miraron uno a otro y se dibujó en que labios una sonrisa imperceptible.

Evidentemente, les había ocurrido el mismo pensamiento.

-¡Sun! Dijo Kin-Fo.

-¡Señor! Respondió el criado.

- El té.

- Aquí está, respondió Fry.

Y Fry tenía razón para responder, porque Sun habría respondido que imposible hacer té en aquel momento y en aquellas condiciones.

Pero creer que los dos agentes encontraran dificultades por cosa tan pequeña, habría sido no conocerles.

Fry sacó del morral un pequeño utensilio que es el complemento indispensable de los aparatos Boyton, porque puede servir de farol cuando es de noche, de hogar cuando hace frío y de hornilla cuando se quiere obtener alguna bebida caliente. Nada más sencillo en verdad: es un tubo de cinco a seis pulgadas, unido a un recipiente metálico provisto de un grifo superior y de otro inferior, el todo encajado en una caja de corcho, a la manera de esos termómetros flotantes que es usan en las casas de baños.

Fry colocó este utensilio en la superficie del agua que estaba perfectamente unida y tranquila.

Con una mano abrió el grifo superior y con la otra el inferior, adaptado el recipiente que estaba sumergido. Inme-

diatamente se levantó al extremo una hermosa llama desprendiendo un calor bastante grande.

- Ya tenemos el fuego, dijo Fry.

Sun no podía creer a sus ojos.

-¿Hace usted fuego con agua? Exclamó.

- Con agua y fosfuro de calcio, respondió Craig.

En efecto, el aparato estaba construido de manera que pudiera utilizarse usa propiedad singular del fosfuro, de calcio, que es u compuesto de fósforo que al contacto con el agua produce hidrógeno fosforado. Este gas arde espontáneamente al aire, y ni el viento, ni la lluvia, ni el mar pueden apagarlo. Por eso se lo emplea para iluminar las boyas de salvamento perfeccionado. La caída de la boya pone el agua en contacto con el fosfuro de calcio e inmediatamente surge una llama que permite al hombre que ha caído al mar encontrar la boya durante la noche, y al buque de donde ha caído, acudir directamente a su socorro [10] [*]

Mientras el hidrógeno ardía en la punta del tubo, Craig conservaba aplicada a la llama una tetera llena de agua dulce que había tomado de un tonelito en el saco.

En pocos minutos el liquido llegó a hervir; Craig le echó en las tazas, que contenían cada una un puñadito de té ex-

---

[10] El señor Seyferth y el señor Silas, archivero de al embajada de Francia en Viena, son los inventores de esta boya de salvamento que se usa en todos los buques de guerra.

[*] El señor Holmes ha inventado en Inglaterra, hace algún tiempo, un aparato que produce una luz intensísima que ilumina a mas de una milla de distancia. Se han hecho pruebas de esta luz en Cartagena, en Cádiz y en Mahon para determinar si debe usarse en los buques españoles, que todavía no llevan a bordo ningún aparato de este género; pero no se ha adoptado hasta la fecha, porque se aguarda la última moda en esta materia.

celente, y Kin-Fo y Sun lo bebieron aquella ves a la americana, lo cual no produjo reclamación de su parte.

Aquella bebida caliente puso buen término al almuerzo servido en la superficie del mar, a tantos de latitud y tantos de longitud. No faltaba más que un sextante y un cronómetro para determinar la posición con diferencia de pocos segundos. Estos instrumentos completarán un día sacos de los aparatos Boyton y lo náufragos ya no correrán riesgo de perderse en el océano.

Kin-Fo y su compañeros, descansados y confortados, desplegaron entonces sus velas y tomaron de nuevo el rumbo del Oeste.

La brisa se mantuvo todavía durante doce horas, y los escafandros hicieron buen rumbo viento en popa. Apenas tenían necesidad de rectificarle de cuando en cuando con un ligero golpe de canalete. En aquella posición horizontal, reclinados y suavemente arrastrados, tenían cierta tendencia a dormirse. Pero el sueño hubiera sido muy inoportuno en aquellas circunstancias. De aquí la necesidad de resistirlo, y, para ello, Craig y Fry, encendiendo sus cigarros, iban fumando como los bañistas elegantes en el recinto de natación.

Varías veces los escafandros fueron conmovidos por los saltos de algunos animales marinos que causaron al desdichado Sun grandes temores.

Por fortuna, no eran sino focas inofensivas, payasos del mar que acudían buenamente a reconocer quienes eran aquellos seres singulares que flotaban en su elemento: mamíferos como ellos; pero de ningún modo marinos. ¡Curioso

espectáculo! Aquellas focas se acercaban en tropel, se deslizaban como flechas, matizando las capas líquidas con sus colores de esmeralda, lanzándose cinco o seis pies por encima de las olas con una especie de salto mortal que demostraba la flexibilidad y el vigor de sus músculos. ¡Ah, si los escafandros hubieran podido hendir el agua con aquella rapidez que es superior a la de los mejores buques, no hubieran tardado en llegar a tierra! Dábales gana de amarrarse a uno de aquellos animales y hacerse remolcar por ellos. ¡Pero qué saltos y qué chapuzones!

Más valía contentarse con la brisa para seguir su rumbo que sería más lento, pero mucho más práctico.

Hacia el medio día el viento se calmó de repente y acabó por no soplar sino de cuando en cuando ráfagas caprichosas, que hinchaban un instante las pequeñas velas y después las dejaba caer inertes. La escota no obedecía ya la mano que la llevaba y la estela no murmuraba ya ni a los pies, ni a la cabeza de los escafandros.

- Una complicación... dijo Craig.

- Grave, añadió Fry.

Se detuvieron un instante; se quitaron los mástiles, se rizaron las velas y, poniéndose todos de nuevo en posición vertical, observaron el horizonte. El mar estaba desierto, sin una vela a la vista, ni el humo de un vapor levantándose hasta el cielo. Un sol ardiente había, absorbido todos los vapores y rarificado las corrientes atmosféricas. La temperatura del agua hubiera parecido cálida a una persona que no hubiera estado vestida de la doble envoltura de goma elástica.

Por tranquilos que se hubieran mostrado Craig y Fry acerca del éxito de aquella aventura, no dejaban de estar un poco alarmados. No podían estimar la distancia recorrida en dieciséis horas; pero como nada anunciaba la proximidad del litoral, ni buque de comercio, ni barca pescadora, aquello les parecía cada vez más inexplicable.

Por fortuna, Kin-Fo, Craig y Fry no eran, hombres que se desesperasen antes del momento oportuno, si tal momento debiera llegar para ellos. Tenían todavía provisiones para un día y nada indicaba que de sobrevenir temporal alguno.

- Manejemos el canalete, dijo Kin-Fo.

Aquella fue la señal de la partida; y unas veces tendiéndose de espaldas, otras boca abajo, los escafandros siguieron su rumbo al Oeste.

Iban despacio porque la obra del canalete fatigó pronto sus brazos que no tenían costumbre de manejarlo. Era preciso detenerse con frecuencia para esperar a Sun que se quedaba atrás y que había vuelto a sus jeremiadas. Su amo le interpelaba y le amenazaba; pero Sun no temía nada por el resto de su coleta, que estaba protegida por el espeso capuchón de goma, y le dejaba decir por lo demás, el temor de ser abandonado bastaba para que se mantuviese por sí propio a corta distancia de los demás.

Hacia las dos de la tarde observaron algunas aves. Eran goelands; pero estos ligeros volátiles se aventuran muy lejos dentro de mar y no se puede deducir de su presencia la proximidad de la costa. Con todo, aquel indicio fue considerado como muy favorable.

Una hora después, los escafandros entraban en una especie de red espesa de sargazos que con trabajo pudieron librarse. Tropezaban en ellos como los peces en una malla de un esparacel y fue preciso sacar los cuchillos y toda aquella maleza marina. En esto perdieron más de media hora, y gastaron fuerzas que hubieran podido utilizarse mejor.

A las cuatro la pequeña caravana flotante se detuvo de nuevo muy fatigada. Acababa de levantarse una brisa fresca; pero entonces soplaba del Sur, circunstancia alarmante, porque los escafandros no podían navegar contra el viento como una embarcación cuya quilla la sostiene contra la corriente. Si desplegaban las velas corrían el riesgo de ser empujados hacia el Norte y perder una parte de lo que habían ganado hacia el Oeste. Además, las oleadas iban siendo mayores; fuertes ondulaciones agitaron el mar e hicieron la situación más penosa

Hicieron por consiguiente, un alto bastante largo y le emplearon, no solamente en tomar descanso y fuerzas, sino también en confortar los estómagos atacando de nuevo las provisiones. La comida fue menos alegre que el almuerzo. Iba a hacerse de noche dentro de pocas horas y el viento refrescaba... ¿Qué partido tomar?

Kin-Fo, apoyado en su canalete, con el ceño fruncido, y más irritado que temeroso de aquel encarnizamiento de la mala suerte, no pronunciaba una palabra. Sun gemía continuamente y estornudaba como si estuviera amenazado de la terrible coriza.

Craig y Fry se sentían mútuamente interrogados; pero no sabían qué responder.

En fin, una casualidad feliz les dio respuesta.

Un poco antes de las cinco, Craig y Fry tendiendo simultáneamente la mano hacia el Sur, exclamaron:

-¡Vela!

En efecto, a 3 millas a barlovento se mostraba una embarcación que caminaba a fuerza de velas; y que, si continuaba en la dirección que seguía viento en popa, debía probablemente pasar a poca distancia del sitio donde se habían detenido Kin-Fo y sus compañeros.

No había, pues, que hacer más que cortar el rumbo de la embarcación, siguiendo una línea perpendicular a este rumbo.

Los escafandros, maniobraron en tal sentido.

La esperanza les hizo recobrar fuerzas, y temiendo, por decirlo así, la salvación en sus manos, se dispusieron a no dejarla escapar.

La dirección del viento no permitía desplegar las velas; pero los canaletes debían bastar, porque la distancia del buque era relativamente corta.

La embarcación seguía avanzando rápidamente a impulsos de la brisa que refrescaba. Era una barca pescadora y su presencia anunciaba evidentemente que la costa no debía estar lejos, porque los pescadores chinos raras veces se aventuran en alta mar.

-¡Adelante, adelante! Gritaron Fry y Craig, manejando con vigor el canalete.

No tenían que excitar el ardor de sus compañeros. Kin-Fo, tendido sobre la superficie del agua, se deslizaba como un esquife de carrera. Sun se excedía verdaderamente

a sí mismo navegando a la cabeza del convoy, tanto temía quedarse atrás.

No les faltaba más que media milla de camino para llegar a las aguas de la barca. Además, era todavía de día y si los escafandros no llegaban a ponerse a la vista, por lo menos podrían hacerse oír. Pero los pescadores, al ver aquellos animales marinos tan extraños que les hablaban en su lengua, ¿no tomarían la fuga? Ésta era una eventualidad bastante grave.

De todos modos era preciso no perder un solo instante. Las velas se desplegaban, los canaletes herían rápidamente la cresta de las pequeñas olas y la distancia se iba disminuyendo sensiblemente, mudo Sun, que continuaba a la cabeza del convoy, dio un grito terrible de espanto, diciendo:

-¡Un tiburón, un tiburón!

Y aquella vez Sun no se equivocaba.

A una distancia de 20 pies, poco más o menos, se veían salir dos apéndices, que eran las aletas de un animal voraz propio de aquellos mares, el tiburón tigre, muy digno de su nombre porque la naturaleza le ha dotado de la doble ferocidad del tiburón y de la fiera.

-¡Los cuchillos! Dijeron Fry y Craig.

Eran las únicas armas que tenían a su disposición, armas quizá insuficientes.

Sun, como puede creerse juego, desde luego, se había detenido bruscamente y dirigido después con rapidez a tomar la retaguardia de la escuadrilla.

El tiburón reparó en los escafandros y se dirigió hacia ellos. Por un instante su enorme cuerpo apareció entre las

aguas trasparentes rayado y moteado de verde. Medía 16 a 18 pies de longitud. Era un monstruo.

Precipitóse desde luego sobre Kin-Fo, volviéndose un poco boca arriba para morderle.

Kin-Fo no perdió su serenidad, y en el momento ea que el tiburón iba a hacer presa en él, le apoyó el canalete en el dorso, y con un vigoroso empujón le apartó a algunas varas de distancia.

Craig y Fry se habían acercado dispuestos al ataque y a la defensa.

El tiburón se sumergió un instante y después volvió con la boca abierta, especie de gran tenaza erizada de cuatro filas de dientes

Kin-Fo quiso comenzar de nuevo la maniobra que antes había tenido tan buen éxito; pero su canalete encontró la mandíbula del animal, que lo cortó como si fuera una paja; y, volviéndose a inclinar sobre el costado se lanzó sobre su presa.

El aquel momento, grandes chorros de sangre salieron con ímpetu y la mar se tiñó de rojo.

Craig y Fry acababan de acometer al animal con redoblados golpes, y, por dura que fuese su piel, sus cuchillos americanos de largas hojas penetraron en el cuerpo del tiburón bastante profundamente.

Las fauces del monstruo se abrieron entonces y se cerraron con ruido horrible, mientras su aleta batía el agua de una manera formidable. Fry recibió un coletazo que, tomándole de costado, le arroyó a 10 pies de distancia.

-¡Fry! Gritó Craig con acento del más vivo dolor, como si hubiera recibido él mismo la sacudida.

-¡No hay cuidado! Respondió Fry volviendo a la carga.

En efecto, no estaba herido. Su coraza de goma elástica había amortiguado la violencia del coletazo.

El tiburón fue de nuevo atacado con verdadero furor. Se volvía y revolvía. Kin-Fo había logrado introducirle en la órbita del ojo el extremo roto del canalete, y, a riesgo de ser dividido por medio, trataba de mantener inmóvil al monstruo, mientras Fry y Craig procuraban herirle en el corazón.

Sin duda, los dos agentes consiguieron su objeto, porque el tiburón, después de una suprema sacudida, se hundió, en medio de un mar de sangre.

-¡Victoria, victoria! Exclamaron Fry y Craig a una voz agitando sus cuchillos.

- Gracias, dijo Kin-Fo.

- No hay de qué, contestó Craig. Un bocado de 200.000 duros no era para la boca de ese pez.

- Jamás añadió Fry.

-¿Y Sun? ¿Dónde está Sun?

Aquella vez se había puesto a vanguardia y se hallaba ya muy cerca de la barca, que no distaba sino tres cables. El cobarde había huido a fuerza de remo y aquello estuvo a punto de causar su pérdida.

En efecto, los pescadores lo habían visto; pero no podían imaginar que, bajo aquel traje de perro marino hubiese una criatura humana. Se prepararon, pues, a pescarle como hubieran pescado un delfín o una foca. Así, luego que el supuesto animal se halló en jurisdicción, le echaron del bar-

co una cuerda larga con un gancho. El gancho dio en el cinturón de su traje e, introduciéndose en él, le desgarró desde la espalda hasta la nuca.

Sun, no estando ya sostenido por el aire contenido en la doble envoltura, cayó cabeza abajo en el agua, haciendo salir las piernas al aire.

Kin-Fo, Craig y Fry llegaron entonces y tuvieron la precaución de interpelar a los pescadores en lengua china.

Los, pescadores se asustaron mucho al ver focas que hablaban, e iban a dar as velas al viento y a huir a toda prisa, cuando Kin-Fo les tranquilizó dándoles a conocer que eran hombres, compañeros suyos y chinos como ellos.

Un instante después, los tres mamíferos terrestres estaban a bordo.

Faltaba Sun. Le atrajeron con una espadilla, le levantaron le levantaron la cabeza por encima del agua y uno de los pescadores, cogiéndole por el extremo de la coleta, le levantó.

Pero la coleta de Sun se quedó toda entera en las manos del pescador, y el pobre diablo tomó un nuevo chapuzón.

Los pescadores entonces le ataron una cuerda y lograron, no sin trabajo, subirle a la barca... Apenas estuvo sobre cubierta y hubo devuelto el agua del mar que había tragado, Kin-Fo se acercó a él y, con tono severo, exclamó:

-¡Es decir, que tu coleta era postiza!

- Sin eso, respondió Sun, yo, que conocía las costumbres de usted, ¿habría entrado nunca a su servicio?

Esta salida hizo soltar la carcajada a todos.

Los pescadores eran de Fu-Ning cuyo puerto se hallaba a menos de dos leguas de distancia.

Por consiguiente, aquella noche, hacia las ocho, desembarcaron Kin-Fo y u compañeros, y, quitándose los aparatos del capitán Boyton, volvieron a tomar la apariencia de criaturas humanas.

CAPÍTULO XXI

En el cual Craig y Fry ven con gran satisfacción salir la luna.

- Ahora en busca del Tai-Ping.

Tales fueron las primeras palabras que pronunció Kin-Fo al día siguiente, 30 de junio por la mañana después de una noche de descanso que tenían bien merecido los héroes de tan singulares aventuras.

Se hallaban en fin en el teatro de las hazañas de Lao-Sen e iba a empeñarse la lucha definitiva.

¿Saldría Kin-Fo vencedor?

Si, sin duda alguna, con tal que pudiera sorprender al Tai-Ping, porque le pagaría su carta al precio que quisiera pedirle. No ciertamente si Kin-Fo se dejaba sorprender y recibía una puñalada en el corazón antes de haber podido entrar en tratos con el feroz mandatario de Wang.

- En busca del Tai-Ping, respondieron Fry y Craig después de haberse consultado mútuamente con una mirada.

La llegada de Kin-Fo, de Fry, y Sun en tan singular atavío, la manera con que los pescadores les habían recogido en el mar, todo era muy a propósito para excitar cierta emoción en el puerto de Fu-Ning. Difícil hubiera sido librarse de la

curiosidad pública, por lo cual no es de extrañar que fueran escoltados hasta la posada donde, gracias al dinero que Kin-Fo había conservado en su cinturón, y Fry y Craig en el saco, se habían proporcionado vestidos más convenientes. Si Kin-Fo y sus compañeros hubiesen ido a la posada menos acompañados habrían notado cierto chino que les seguía los pasos muy de cerca; y en sorpresa se habría aumentado si le hubieran visto hacer centinela durante toda la noche a la puerta de la posada, y aparecer en el mismo sitio a la mañana siguiente.

Pero nada vieron, nada sospecharon y no extrañaron por tanto que el mismo personaje sospechoso les ofreciera sus servicios como guía, en el momento en que salían de la casa.

Era un hombre de unos treinta años, y que parecía muy honrado. Sin embargo, los recelosos Craig y Fry le interrogaron diciendo.

-¿Por qué se ofrece usted a servirnos de guía, y a dónde pretende guiarnos?

Nada más natural que estas dos preguntas; pero tampoco había nada más natural que las dos respuestas que dio el Chino.

- Supongo, dijo, que tienen ustedes la intención de visitar la Gran Muralla, porque eso quieren hacer todos los viajeros que llegan a Fu-Ning. Conozco el país y me ofrezco a llevar a ustedes allá.

- Amigo mío, dijo Kin-Fo tomando parte en la conversación; ante todo, quisiera saber si la provincia es segura.

- Muy segura, respondió el guía.

-¿No se habla en el país de un tal Lao-Sen? Preguntó Kin-Fo.

¿Lao-Sen el Tai-Ping? Sí, en efecto, respondió el guía; pero no hay nada que temer en la parte de acá, de la Gran Muralla, porque no se atrevería a penetrar en el territorio imperial. A la parte de allá, es donde está, recorriendo las provincias mogolas.

-¿Se sabe dónde reside actualmente? Preguntó Kin-Fo.

- En esto últimos días lo han visto en Chin-Tang-Ro, a pocos lis de la Gran Muralla.

-¿Y qué distancia hay desde Fu-Ning a Chin-Tang-Ro?

- Unos 50 lis. [11]

- Pues bien, acepto los servicios de usted.

-¿Para llevarlos a la Gran Muralla?

- Para llevarnos hasta el campamento de Lao-Sen.

El guía no pudo contener cierto movimiento de sorpresa.

- Se la pagará a usted bien, añadió Kin-Fo.

El guía movió la cabeza, como hombre que no tenía forma de pasar la frontera, y después dijo:

- Hasta la Gran Muralla serviré a ustedes; pero más allá no, porque sería arriesgar la vida.

- Ponga usted el precio que quiera por la suya. La pagaré.

- Entonces adelante, respondió el guía.

Kin-Fo, volviéndose a los dos agentes, añadió:

- Señores, ustedes son libres, y, si no quieren acompañarme, pueden volverse.

- A donde usted vaya, dijo Craig.

[11] Diez leguas.

- Iremos nosotros, añadió Fry.

El cliente de la *Centenaria* no había dejado de valer para ellos 200.000 duros.

Por lo demás, después de esta conversación, los agentes quedaron tranquilos al parecer, respecto de las indicaciones del guía. Según este, sin embargo, al otro lado de la barrera que los chinos levantaron contra las excursiones de las hordas mogolas, era de temer, cualquier suceso desagradable.

Inmediatamente se hicieron los preparativos de marcha, sin preguntar a Sun si le convenía o no hacer el viaje.

Faltaban absolutamente medios de transporte, tales como coches o carros, en Fu-Ning; tampoco había caballos ni mulas; pero había cierto número de esos camellos que sirven para el comercio de los mogoles, traficantes aventureros que marchan por caravanas, camino de Pekín a Kiatak, llevando delante de sí innumerables rebaños de carneros de larga cola, y que han establecido comunicaciones entre la Rusia asiática el Celeste Imperio.

Sin embargo, estos traficantes no se aventuran por aquellas largas estepas sino muy bien armados y acompañados. Son gente feroz dice el señor de Beauvoir, que desprecian soberanamente a los chinos.

Cinco camellos, con sus jaeces muy primitivos fueron comprados y cargados de provisiones. Se compraron también armas, y la caravana se puso en marcha bajo la dirección del guía.

Pero estos preparativos habían exigido algún tiempo, y la marcha no pudo emprenderse hasta la una de la tarde, a pesar de cuyo retraso el guía creía poder llegar antes de las

doce de la noche al pie de la Gran Muralla. Allí organizaría el campamento; y, al día siguiente, si Kin-Fo perseveraba en su imprudente resolución, pasarían la frontera.

El país, en los alrededores de Fu-Ning, era bastante accidentado. Nubes de arena amarilla se levantaban en espesos remolinos por encima del camino que pasaba entre, campos cultivados; conocíase que caminaban todavía por territorio de Celeste Imperio. El guía procedía a Kin-Fo y a sus compañeros, encajonados entre las dos jorobas de su cabalgadura. Sun aprobaba tal modo de viajar, y, en tales condiciones, hubiera ido hasta el fin del mundo. Si el camino no era fatigoso, en cambio el calor era grande. A través de las capas atmosféricas, muy caldeadas por la reverberación del suelo, sólo se presentaban los más curiosos efectos de espejismo; vastas llanuras liquidas grandes como un mar, aparecían al extremo del horizonte, y desaparecían enseguida con gran satisfacción de Sun, que todavía se cría amenazado de nueva navegación.

Aunque la provincia estaba situada en los límites de la China, no hay que pensar que estuviese desierta. El Celeste Imperio, aunque muy vasto, es todavía pequeño para la población densa que cubre su superficie. Así, hasta en los límites del desierto asiático, hay muchos habitantes.

Los hombres trabajaban en los campos. Las, mujeres tártaras, que podían conocerse por los colores rosados y azules de sus vestidos, trabajaban también en la agricultura. Rebaños de carneros amarillos de larga cola (cola que Sun miraba no sin envidia) pacían acá y allá bajo las ávidas miradas del águila negra. ¡Desdichado el rumiante que se aparta-

ba del rebaño! Estas, águilas son, en efecto, muy temibles y hacen una guerra terrible a los carneros, a los gamos y a los jóvenes antílopes, y hasta sirven como si fueran perros de caza a kirguicios de las estepas del Asia Central.

Bandadas de aves se levantaban también de todas partes, y un fusil no abría permanecido inactivo en aquella parte del territorio; pero el verdadero cazador no habría mirado con buenos ojos las redes, los lazos y otras máquinas de destrucción, dignas a lo más de un cazador furtivo, que cubrían el suelo entre los surcos de trigo, de mijo o de maíz.

Entre aquellos campos y entre aquellos torbellinos de polvo mogol, caminaban Kin-Fo y sus compañeros sin detenerse a la sombra del camino, ni en las granjas aisladas de la provincia, ni ea las aldeas que de distancia en distancia, anunciaban las torres funerarias levantadas a la memoria de algunos héroes de la leyenda budística. Caminaban en fila dejándose guiar por los camellos que tienen la costumbre de ir unos detrás de otros, y cuyo paso lento se regula por un cencerro encarnado que llevan al cuello.

En estas condiciones no era posible conversación ninguna. El guía poco hablador de suyo, iba siempre a la cabeza de la caravana, observando la campiña según podía, en medio del polvo espeso que disminuía considerablemente el círculo de observación. Pero no vacilaba jamás acerca del camino que debía seguir, ni siquiera cuando llegaba a ciertos cruces que no tenían poste indicador. Fry y Craig, no sospechando nada de aquel guía, concentraban toda su vigilancia en el precioso cliente de la *Centenaria*, y, por un sentimiento

muy natural, se aumentaba su inquietud a medida que se acercaban al objeto del viaje. A cada instante, y sin estar prevenidos, podrían encontrarse en presencia de un hombre que de una puñalada bien dirigida podría hacerles perder 200.000 duros.

Por su parte, Kin-Fo hallaba en esa disposición de ánimo en la cual el recuerdo de lo pasado domina la ansiedad de lo presente y de lo porvenir. Recordaba su vida durante los últimos dos meses; la constancia de la mala suerte no dejaba de alarmarle seriamente, porque desde el día en que su corresponsal de San Francisco le había enviado la noticia de su supuesta ruina, había entrado en un período de desgracias verdaderamente extraordinario. ¿No se establecería una compensación entre la segunda parte de su vida y la primera, cuyas ventajas había tenido la locura de desconocer? Aquella serie de circunstancias adversas, ¿concluiría con recobro de la carta que en manos de Lao-Sen, supuesto que pudiera, llegar hasta él sin lucha? La amable Le-u con su presencia, cuidados y ternura, ¿conseguiría conjurar a los malos espíritus que contra él se habían encarnizado? Toda su vida pasada se le presentaba entonces a la memoria, y caminaba pensativo e inquieto. ¿Y Wang? No, podía acusarle de no haber querido cumplir la promesa que le había hecho; pero Wang, el filósofo, el huésped asiduo del yamen de Shanghai, no estaría allí para enseñarle filosofía.

-¡Se va usted a caer! Gritó en aquel momento el guía, con cuyo camello había tropezado el de Kin-Fo, que, absorto en sus pensamientos, no había cuidado de él.

-¿Hemos llegado? Preguntó Kin-Fo.

- Son las ocho, respondió el guía, y propongo que hagamos alto para comer.

- ¿Y después?

- Después nos volveremos a poner en camino.

-¿Ya será bien de noche?

- No teman ustedes que les pierda. La Gran Muralla está a 20 lis de aquí, y conviene dar descanso a nuestras cabalgaduras.

-¡Sea! Respondió Kin-Fo.

A un lado del camino se levantaba un edificio abandonado, cerca del cual corría un arroyuelo por un sinuoso barranco, donde los camellos acudieron a apagar la sed.

Entre tanto, antes que se hiciera de noche Kin-Fo y sus compañeros se instalaron en aquel edificio, y allí comieron con buen apetito, porque a lo largo del camino les había abierto las ganas.

La conversación no fue, sin embargo, animada. Una o dos veces Kin-Fo habló de Lao-Sen, preguntando al guía quien era el Tai-Ping, y si le conocía; pero el guía volvió la cabeza con temor y evitó en lo posible dar respuestas concretas.

-¿Y viene alguna vez a esta provincia? Preguntó Kin-Fo.

- No, respondió el guía; pero los Tai-Ping de su partida han pasado muchas veces la Gran Muralla, y no sería bueno encontrarles. ¡Buda nos guarde de los Tai-Ping!

Al oír estas respuestas que daba el guía sin comprender la importancia que tenían para Kin-Fo, Craig y Fry se miraban frunciendo el entrecejo, sacaban sus relojes, los consultaban y por último movían la cabeza de arriba a abajo.

-¿Por qué no nos quedamos allí tranquilamente hasta que venga o día? Preguntaron al fin los dos agentes.

-¡En estas ruinas! Exclamó el guía. Prefiero estar a campo raso, porque allí se corren menos peligros de ser sorprendidos.

- Hemos convenido en que llegaremos esta noche a la Gran Muralla, respondió Kin-Fo. Quiero llegar esta noche y llegaré.

- Estas palabras fueron pronunciadas en tono que no admitía discusión; y Sun mismo, a pesar del mucho miedo que tenía, no se atrevió a protestar.

- Concluida la comida, y siendo cerca de las nueve, el guía se levantó y dio la señal de la partida.

Kin-Fo se dirigió hacia su camello, y Craig y Fry corrieron tras él.

- Señor, dijeron, ¿está usted decidido a ponerse en manos de Lao-Sen?

- Absolutamente decidido, respondió Kin-Fo.

- Quiero recobrar mi carta a cualquier precio.

- Juega usted una partida peligrosa, respondieron, yendo al campamento del Tai-Ping.

- No he venido hasta aquí para retroceder, contestó Kin-Fo. Ustedes pueden seguirme o dejarme.

El guía había encendido una linterna de bolsillo y a ella se acercaron los agentes y consultaron por segunda vez sus relojes.

- Sería mucho más prudente esperar a mañana, dijeron al fin.

-¿Por qué? Preguntó Kin-Fo. Lao-Sen será tan peligroso mañana o pasado mañana como puede serlo hoy. En marcha.

- En marcha, repitieron Craig y Fry.

El guía había oído aquella conversación. Muchas veces ya durante el viaje, cuando los dos agentes habían querido disuadir a Kin-Fo de pasar mas adelante, se había notado en su rostro un movimiento de despecho; y en aquel mismo instante no pudo contener otro de impaciencia, cuando, les vio volver a la carga.

Kin-Fo lo había notado; sin embargo, estaba decidido a no retroceder un punto. Su sorpresa fue grande cuando en el momento en que el guía le ayudaba a subir sobre el camello, le dijo al oído estas palabras:

- Desconfíe usted de esos dos hombre.

Kin-Fo iba a pedir la explicación de aquellas palabras; pero el guía, haciéndole señas que callase, dio la señal de la marcha, y la caravana comenzó a caminar por el campo.

¿Había penetrado un poco de desconfianza en el ánimo del cliente respecto de Fry y Craig? Las palabras inesperadas e inexplicables del guía, ¿podían contrabalancear los dos meses de adhesión que los agentes le habían mostrado? No, en verdad. Sin embargo, se preguntaba por qué razón Fry y Craig le habían aconsejado que aplazase su presentación en el campamento del Tai-Ping o renunciase completamente a ella. ¿No habían salido de Pekín precisamente para buscar a Lao-Sen? ¿No estaba en el interés mismo de los agentes de la *Centenaria* que en cliente recobrase su absurda carta, que le comprometía? Su insistencia parecía incompresible.

Kin-Fo no manifestó los sentimientos que le agitaban. Había vuelto a tomar su sitio detrás del guía; Craig y Fry le siguieron y así caminaron durante dos horas largas.

Debían ser cerca de las doce de la noche cuando el guía, deteniéndose, señaló al Norte una larga línea negra, que se dibujaba vagamente sobre el fondo un poco más claro del cielo. Detrás de aquella línea blanqueaban algunas cimas ya iluminadas por los primeros rayos de la luna, próxima a asomar por el horizonte.

-¡La Gran Muralla dijo el guía!

-¿Podemos atravesarla esta misma noche? Preguntó Kin-Fo.

- Sí, usted lo quiere.

- Lo quiero.

Los camellos se habían detenido.

-Voy a reconocer el pago, dijo entonces el guía. Quédense ustedes aquí, que pronto vuelvo.

Diciendo esto, se alejó.

En aquel momento, Craig y Fry se aproximaron a Kin-Fo.

- Señor Kin-Fo... dijo Craig.

- Señor Kin-Fo... dijo Fry.

Y ambos añadieron:

-¿Está usted satisfecho de nuestros servicios durante los dos meses que han transcurrido desde que el ilustre William J. Bidulph nos agregó a su
persona?

- Muy satisfecho.

-¿Tendría usted la bondad de firmarnos este papelito, en el cual certificará que no tiene más que elogios que darnos por nuestros buenos servicios?

-¡Ese papel! Dijo Kin-Fo bastante sorprendido a la vista de una hoja que le presentaba Craig.

- Es un certificado, añadió Craig, que quizá nos valdrá algún elogio de parte de nuestro director...

- Y sin dada, alguna gratificación extraordinaria, prosiguió Fry

- Mi espalda servirá a usted de pupitre, dijo Craig encorvándose.

- Y aquí tengo la tinta necesaria para que pueda usted darnos esa prueba de bondad dijo Fry.

Kin-Fo es echó a reír y firmó. Después preguntó:

-¿A qué viene esa ceremonia en este sitio y a esta hora?

- En este sitio, respondió Fry, porque nuestra intención es no acompañar a usted más lejos...

- Y a esta hora, añadió porque dentro de algunos minutos serán las doce de la noche.

-¿Y qué les importa a ustedes la hora?

- Señor Kin-Fo, dijo Craig, el interés que tenía por usted nuestra compañía de seguros...

- Va a concluir dentro de algunos instantes, añadió Fry.

-Y puede usted matarse...

- O hacerse matar...

Kin-Fo miraba sin comprender a los dos agentes, que le hablaban en el tono más amable. En aquel momento, la luna es presento hacia el Oriente lanzando hasta ellos sus primeros rayos.

-¡La luna! Exclamó Fry.

- Y estamos a 30 de junio... añadió Craig.

- Hoy sale la luna a las doce de la noche...

- Y no estando renovada su póliza de usted...

- No es usted ya cliente de la *Centenaria*.

- Buenas noches, señor Kin-Fo; dijo Craig.

- Buenas noches, señor Kin-Fo, dijo Fry.

Y los dos agentes, volviendo la cabeza de su cabalgadura, desaparecieron en breve, dejando a su cliente estupefacto.

Apenas había cesado de oírse el ruido de los pasos de los dos camellos que se llevaban a los dos americanos, quizá hombres demasiado prácticos, una multitud de soldados, conducidos por el guía, se arrojó sobre Kin-Fo, que en vano trató de defenderse, y sobre Sun, que trató en vano de huir.

Un instante después el amo y el criado fueron llevados a una sala baja de uno de los torreones abandonados de la Gran Muralla, cuya puerta se cerró cuidadosamente detrás de ellos.

CAPÍTULO XXII

Que hubiera podido ser escrito por el mismo lector, tal es la manera inesperada conque concluye.

La Gran Muralla, especie de biombo chino, de 400 leguas de longitud, construida en el siglo tercero por el emperador Tsi-Chi-Wang-Ti se extiende desde el golfo de Leao-Tong, que baña dos de sus torres, hasta el Kan-Su, donde se reduce a las proporciones de una simple tapia. Es una sucesión interrumpida de dobles parapetos defendidos por bastiones y torres de 50 pies de altura y de 20 de anchura, con base de granito y ladrillo en el revestimiento superior, y que siguen audazmente el perfil caprichoso de las montañas de la frontera ruso-china.

Del lado del Celeste Imperio el muro se encuentra en muy mal estado; pero del lado de la Manchuria presenta un aspecto más, tranquilizador, y sus almenas le forman una magnifica orla de piedras. No hay defensores en esta larga línea de fortificaciones, ni tampoco existen cañones. El ruso como el tártaro, el kirghicio como el Hijo del Cielo pueden pasar libremente a través de sus puertas. La mampara no preserva ya la frontera septentrional del Imperio, ni siquiera

del polvo fino mogol que el viento del Sur lleva en ocasiones hasta la misma capital.

Bajo la poterna de uno de aquellos bastiones desiertos, después de una noche muy mala pasada sobre la paja, tuvieron que entrar al día siguiente Kin-Fo y Sun, escoltados por una docena de hombre que no podían pertenecer más que a la partida de Lao-Sen.

El guía había desaparecido; pero Kin-Fo no podía ya hacerse ilusión ninguna. No era la casualidad la que había puesto al traidor en su camino; su vacilación al proponerle pasar la Gran Muralla no era más que un medio astuto de evitar sospechas; pertenecía, sin duda, a la partida del Tai-Ping y había obedecido sus ordenes.

Por lo demás, Kin-Fo se cercioró de todo, cuando interrogó a uno de los hombres que parecía dirigir la escolta.

-¿Me conducen ustedes al campamento de Lao-Sen su jefe? Preguntó.

- Allí estaremos antes de una hora, contestó el hombre.

En suma, ¿qué había ido a buscar el discípulo de Wang? Buscaba al mandatario del filósofo, y, por consiguiente, le conducían a donde él mismo quería ir. Que fuese por su voluntad o por fuerza, importaba poco. De esto solamente se cuidaba Sun, cuyos dientes chocaban unos con otros, sintiendo vacilar su cabeza sobre los hombros.

Kin-Fo, sin perder su flema, había tomado su partido y se dejaba conducir. Iba a tratar del negocio del rescate de su carta, que era precisamente lo que deseaba. No podía, por siguiente, quejarse.

Después de haber pasado la Gran Muralla, siguieron, no el camino general de la Mogolia, sino senderos escarpados que penetraban hacia la derecha en la parte montañosa de la provincia. Así marcharon durante una hora con toda la celeridad que permitía la inclinación del suelo. Kin-Fo y Sun, estrechamente vigilados, no hubieran podido huir, y, por otra parte, no pensaban en hacerlo.

Hora y media después, los presos y sus guardias, al dar vuelta a un contrafuerte, observaron un edificio medio arruinado.

Era un antiguo convento de bonzos levantado en un cerro; curioso monumento de la arquitectura budistica. En aquel sitio perdido de la frontera ruso-china, y en aquel país desierto, no era posible figurarse qué especie de fieles se atreverían a frecuentar aquel templo, pues que aventurándose en tales desfiladeros, muy propios para loa asaltos y emboscadas, no podrían menos de arriesgar sus vidas.

Si el Tai-Ping Lao-Sen había establecido su campamento en aquella parte montañosa de la provincia, indudablemente, había sabido escoger una posición digna de sus hazañas.

El jefe de la escolta preguntado, por Kin-Fo, respondió que, en efecto, Lao-Sen residía en aquel edificio que había sido convento de bonzos.

- Deseo verle al instante, dijo Kin-Fo.

- Al momento, respondió el jefe.

Kin-Fo y Sun, a quienes previamente se había desarmado, fueron introducidos en un gran vestíbulo que formaba el atrio del templo. Allí había unos veinte hombres armados, con sus trajes pintorescos de salteadores de caminos, y cuyas

caras feroces no eran muy a propósito para tranquilizar a nadie.

Kin-Fo pasó resueltamente entre las dos filas de los Tai-Ping. Pero Sun tuvo que ser empujado con vigor por la espalda para que pasase.

El vestíbulo conducía a una escalera abierta entre dos espesas paredes, cuyos escalones bajaban introduciéndose profundamente en las entrañas del monte.

Aquello indicaba que bajo el edificio principal había una especie de cripta a la cual habría sido difícil, por no decir imposible, que llegase el que no tuviera el hilo de aquel laberinto subterráneo.

Después de haber bajado unos treinta escalones y de haber andado unos cien pasos al resplandor fuliginoso de las antorchas que llevaban los hombres de la escolta, llegaron los presos al centro de una gran sala iluminada a medias por otras antorchas de la misma especie. Era aquella, en efecto, una cripta. Pilares macizos adornados de cabezas feísimas de monstruos que pertenecen a la fauna grotesca de la mitología china, sostenían arcos cuyas molduras se unían a la clave de pesadas bóvedas.

A la llegada de los presos se oyó un sordo murmullo en aquella sala subterránea.

La sala no estaba desierta. Hasta en sus sombrías profundidades se encontraba llena de multitud de gente.

Allí estaba toda la partida de los Tai-Ping, reunida para alguna ceremonia sospechosa.

Al extremo de la cripta, sobre un ancho estrado de piedra, se hallaba en pie un hombre de alta estatura que parecía

el presidente de un tribunal secreto. Tres o cuatro de sus compañeros, inmóviles a su lado, parecían servirle de asesores.

Aquel hombre hizo una seña, y entonces la multitud abrió paso a los dos prisioneros.

- Lao-Sen, tienes en tu poder una carta que te ha enviado tu antiguo compañero Wang.

Esa carta es ya inútil y vengo a pedirte que me la devuelvas.

Kin-Fo pronunció estas palabras con voz firme: pero el Tai-Ping no hizo movimiento ninguno, ni siquiera con la cabeza. Hubiérase dicho que era de bronce.

-¿Qué exiges por la devolución de esa carta? Preguntó Kin-Fo.

Esperó algún rato la respuesta, perono la obtuvo.

- Lao-sen, dijo Kin-Fo, te daré una letra a cargo del banquero que te convenga, en la ciudad que tú elijas. Esa letra será pagada íntegramente y a la vista, sin que el hombre de confianza a quien envíes para cobrarla pueda ser molestado bajo este concepto.

Continuó el mismo silencio glacial del Tai-Ping, silencio que no era de buen agüero.

Kin-Fo continuó, recalcando sus palabras.

-¿De qué suma quieres que te firme la letra? Te ofrezco 5000 taeles.

No obtuvo respuesta.

- Diez mil taeles.

Lao-Sen y sus compañeros continuaban tan mudos como las estátuas del extraño convento.

Kin-Fo empezó a sentir los impulsos de la cólera y de la impaciencia. Sus ofertas merecían que se les diera una contestación cualquiera que fuese.

-¿No me oyes? Dijo al Tai-Ping.

Lao-Sen entonces, dignándose bajar la cabeza, indicó que lo había oído todo perfectamente.

-¡Veinte mil taeles! ¡Treinta mil taeles! Exclamó Kin-Fo. Te ofrezco lo que te pagaría la *Centenaria* si yo hubiese muerto; te ofrezco el doble... el triple. Habla. ¿No te parece bastante?

Continuando el mismo silencio, Kin-Fo, a quien el mutismo de Lao-Sen ponía fuera de sí, se acercó al grupo taciturno, y, cruzando los brazos, exclamó:

-¿A qué precio quieres, en fin, venderme esa carta?

- A ninguno, respondió al fin el Tai-Ping. Has ofendido a Buda despreciando la vida que te había dado, y Buda pide venganza. Ante la muerte conocerás al cabo lo que valía el favor de existir en el mundo, favor que por tan largo tiempo has desconocido.

Dicho en tono que no admitía réplica. Lao-Sen hizo un ademan, e inmediatamente Kin-Fo fue sujetado sin que pudiera defenderse, atado, llevado fuera de aquel sitio y encerrado en una especie de jaula herméticamente cerrada, que podía servir también de silla de mano. Sun, el desgraciado Sun, a pesar de sus gritos y de sus súplicas, tuvo que someterse al mismo tratamiento.

- Me llevan a la muerte, dijo para sí Kin-Fo. No importa: el que ha despreciado la vida merece, en efecto, morir.

Sin embargo, la muerte, si le parecía inevitable, no estaba tan cercana como lo suponía. No era posible imaginar a qué espantoso suplicio le reservaba el cruel Tai-Ping. Pasaron así algunas horas, al cabo de las cuales Kin-Fo sintió que le levantaban con la jaula en que le habían encerrado y que le llevaban en un vehículo cualquiera. Los tumbos que el vehículo hacia dar a la jaula por el camino, el ruido de los caballos y el de las armas de su escolta, no le dejaron duda ninguna de que le llevaban lejos, pero en vano hubiera tratado de averiguar a donde.

Siete u ocho horas después de su encierro, sintió que la silla se detenía, y que lo llevaban a brazos de hombres. En breve observó un movimiento de su jaula menos brusco que sucedió a las sacudidas del camino terrestre.

- Estoy, sin duda, en un buque, dijo para sí.

Los movimientos notables de cabeceo y de balance y el ruido de la hélice le confirmaron en la idea que iba en un vapor.

- Me van a matar tirándome al agua, pensó. ¡Bueno! Así me evitarán nuevos tormentos. ¡Gracias, Lao-Sen!

Sin embargo, transcurrieron todavía dos días y cada día por una pequeña trampa que tenía la jaula le introducían un poco de alimento, sin que el preso pudiera ver la mano de quien se lo llevaba, ni pudiera obtener ninguna respuesta a sus preguntas.

Kin-Fo, antes de abandonar la existencia que el cielo le había proporcionado tan felizmente, había querido recibir emociones. Había deseado no morir sin que su corazón

latiese siquiera una vez. Pues bien, sus votos se habían cumplido, y mas allá de lo que podía desear.

Aunque había hecho el sacrificio de su vida, habría preferido morir a la luz del día. Parecíale horrible el pensamiento que pudiera ser precipitado de un momento a otro en las olas dentro de aquella jaula en que lo llevaban encerrado. Morir sin haber vuelto a ver la luz ni a la pobre Le-u, cuyo recuerdo ocupaba enteramente su imaginación, le parecía espantoso.

En fin, después de cierto tiempo, cuya extensión no pudo calcular, le pareció que cesaba de repente aquella larga navegación. Ya no se sentía el ruido de la hélice; el buque que llevaba su jaula se detenía, y la jaula misma era levantada y transportada de nuevo a otro sitio.

Sin duda, había llegado el momento supremo y el sentenciado no tenía que hacer otra cosa más que pedir perdón por los errores de su vida

Transcurrieron algunos minutos, que para Kin-Fo fueron años y aun siglos. Con gran admiración observó desde luego que la jaula descansaba otra vez sobre terreno sólido.

De repente, se abrió su prisión, se sintió asido, por brazos vigorosos; cayó inmediatamente sobre sus ojos una venda y se sintió sacado bruscamente de la jaula y obligado a dar algunos pasos, al cabo de los cuales sus guardias le hicieron detener.

- Sí, al fin voy a morir, exclamó, no os pido que me dejéis una vida de la cual no he sabido qué hacer, sino al menos que me concedáis la gracia de morir a la luz del día, como hombre que no teme mirar a la muerte cara a cara.

- Sea, dijo una voz muy grave. Hágase lo que pide el reo.

Entonces le quitaron súbitamente la venda de los ojos.

Kin-Fo dirigió una mirada ávida en torno suyo.

¿Era juguete de un sueño? Lo primero que vio fue una mesa suntuosamente servida y sentadas a ella cinco personas que con aire risueño parecían esperarle para comenzar el banquete.

-¡Son ustedes, amigos míos, mis queridos amigos! ¡Son ustedes los que veo! Exclamó Kin-Fo con acento imposible de describir.

Pero no, no se engañaba. El uno era Wang el filósofo, y los otros eran Yin-Pang, Hual, Lao-Sen-Tsin, sus amigos de Canton, aquellos mismos a quienes dos meses antes había dado una comida en uno de los barcos-flores del río de las Perlas, sus compañeros de juventud los testigos de su despedida de la vida de soltero

No podía creer a sus ojos. Estaba en su casa, en el comedor de su yamen de Shanghai.

-¿Eres tú, exclamó dirigiéndose a Wang o eres tu sombra? Habla.

- Soy yo mismo, respondió el filósofo. ¿Perdonarás a tu antiguo maestro la última lección, no poco dura, de filosofía que que ha tenido que darte?

-¿Cómo? Exclamó Kin-Fo. ¿Serias tú Wang?...

-Yo, respondió Wang; yo, que me encargué de quitarte la vida, para que otro menos escrupuloso no es encargase de ello. Yo, que supe antes que tú que no estabas arruinado y que llegaría un momento en que no querrías morir. Mi antiguo compañero Lao-Sen, que acaba de someterse al Imperio

y que será en adelante su más firme columna, ha tenido la bondad de ayudarme a hacerte comprender, en presencia de la muerte, lo que vale la vida. Si te he abandonado en medio de terribles angustias, y lo que es peor, si a pesar de la compasión que sentía hacia ti, te he hecho correr aun más de lo que debía, es porque tenía la certidumbre que corrías en pos de la felicidad y que acabarías por alcanzarla en la carrera.

Kin-Fo estaba en los brazos de Wang, que le estrechaba fuertemente contra su pecho.

-¡Mi pobre Wang! Decía Kin-Fo muy conmovido. ¡Si al fin hubiera corrido yo sólo! Pero ¡qué trabajos te he hecho pasar! También tú has tenido mucho que correr. ¡Y qué baño te obligué a tomar en el puente de Pali-kao!

-¡Ah! Respondió Wang; mucho miedo me causó aquel baile, porque era demasiado para un filósofo de cincuenta y cinco años. Tenía mucho calor y el agua estaba muy fría. Pero al fin escapé del peligro. Nunca se corre ni se nada mejor que cuando se hacen estas cosas por el bien de los demás.

- Si, por los demás, dijo Kin-Fo con aire grave. Es preciso saber hacerlo todo en beneficio de los demás. Ahí está el secreto de la felicidad

Sun entró entonces, pálido, cómo hombre que ha sufrido el mareo durante cuarenta y ocho horas mortales. Lo mismo que su amo, el desgraciado criado había tenido que hacer la travesía de Fu-Ning a Shanghai; y en qué condiciones la había hecho podía juzgarse por su cuerpo.

Kin-Fo, después de haberse separado de los brazos de Wang, estrechó la mano de sus amigos.

- Decididamente, dijo, es preferible vivir. He sido un loco hasta ahora.

- Y puedes de aquí en adelante ser un hombre juicioso, respondió el filósofo.

- Trataré de serlo, dijo Kin-Fo, y para empezar quiero poner en orden mis asuntos. Corre todavía por el mundo el papelucho que ha sido para mí la causa de grandes tribulaciones y, por consiguiente, no lo puedo olvidar ¿Qué ha sido al fin de esa carta maldita que te di, mi querido Wang? ¿Salió verdaderamente de tus manos? Me alegraría mucho volverla a ver, porque, al fin, ¡si se perdiese de nuevo! Lao-Sen, si la tiene todavía, no puede dar gran importancia a ese pedazo de papel, y yo sentiría que cayese en manos... poco delicadas.

Todos los circunstantes se echaron a reír.

- Amigos míos, dijo Wang: Kin-Fo se ha mejorado mucho en sus desgracias y se ha convertido en un hombre ordenado y metódico. Ya no es el indiferente de otro tiempo, piensa vivir como hombre arreglado.

- Todo eso no me vuelve mi carta, dijo Kin-Fo, mi absurda carta. Confieso sin rubor que no estaré tranquilo hasta que la haya quemado y haya visto sus cenizas esparcidas a todos los vientos.

-¿De veras quieres recobrar tu carta?...Preguntó Wang.

- Sin duda ninguna, respondió Kin-Fo. ¿Tendrías la crueldad de querer conservarla como garantía contra algún acceso de locura por mi parte?

- No.

-¿Y entonces?

- Es, mi querido discípulo, que hay un obstáculo a tu deseo, obstáculo que desgraciadamente no procede de mí. Ni Lao-Sen, ni yo tenemos tu carta.

-¡Qué no la tenéis!

- ¡No!

-¿La habéis destruido?

-¡No!

-¡Ah, no! ¿Habéis tenido la imprudencia de confiarla a otras manos?

- Sí.

-¿A quién, a quién? Preguntó vivamente Kin-Fo, cuya paciencia se iba concluyendo. Sí, ¿a quién?

- A una persona que se ha obligado a no entregarla a nadie más que ti.

En aquel momento la hermosa Le-u, que estaba oculta detrás de una mampara y no había perdido una palabra de la escena, se presentó llevando en su pequeñita mano la famosa carta y agitándola en señaal de desafío.

Kn-Fo le abrió los brazos.

- No, todavía no, un poco de paciencia, dijo la amable joven, haciendo ademan de retirarse detrás de la mampara. Los negocios antes que todo, mí sabio marido.

Y poniendo la carta a la vista, preguntó:

-¿Mi hermanito mayor reconoce su obra?

- Sí, la reconozco, dijo Kin-Fo. ¿Quién otro podría haber escrito esa carta tan absurda?

- Pues bien, respondió Le-u, ante todo satisface el legítimo deseo que tenías. Rasga, quema y aniquila esa carta imprudente. Que no quede nada del Kin-Fo que la escribió.

- Así lo haré, dijo Kin-Fo acercando a la luz de la bujía el ligero papel; pero ahora, corazón, mío, permite a tu marido que abrace tiernamente a su mujer y le suplique que presida este dichoso banquete. Me siento en posición de hacer honor a los manjares.

- Y nosotros también, exclamaron los cinco convidados. La alegría abre el apetito.

Pocos días después, habiendo terminado el entre dicho imperial, se verificó el matrimonio.

Los dos esposos se amaban y debían amarse siempre. Mil y diez mil felicidades los espera han en la vida.

Para ver eso es preciso ir a la China.

FIN